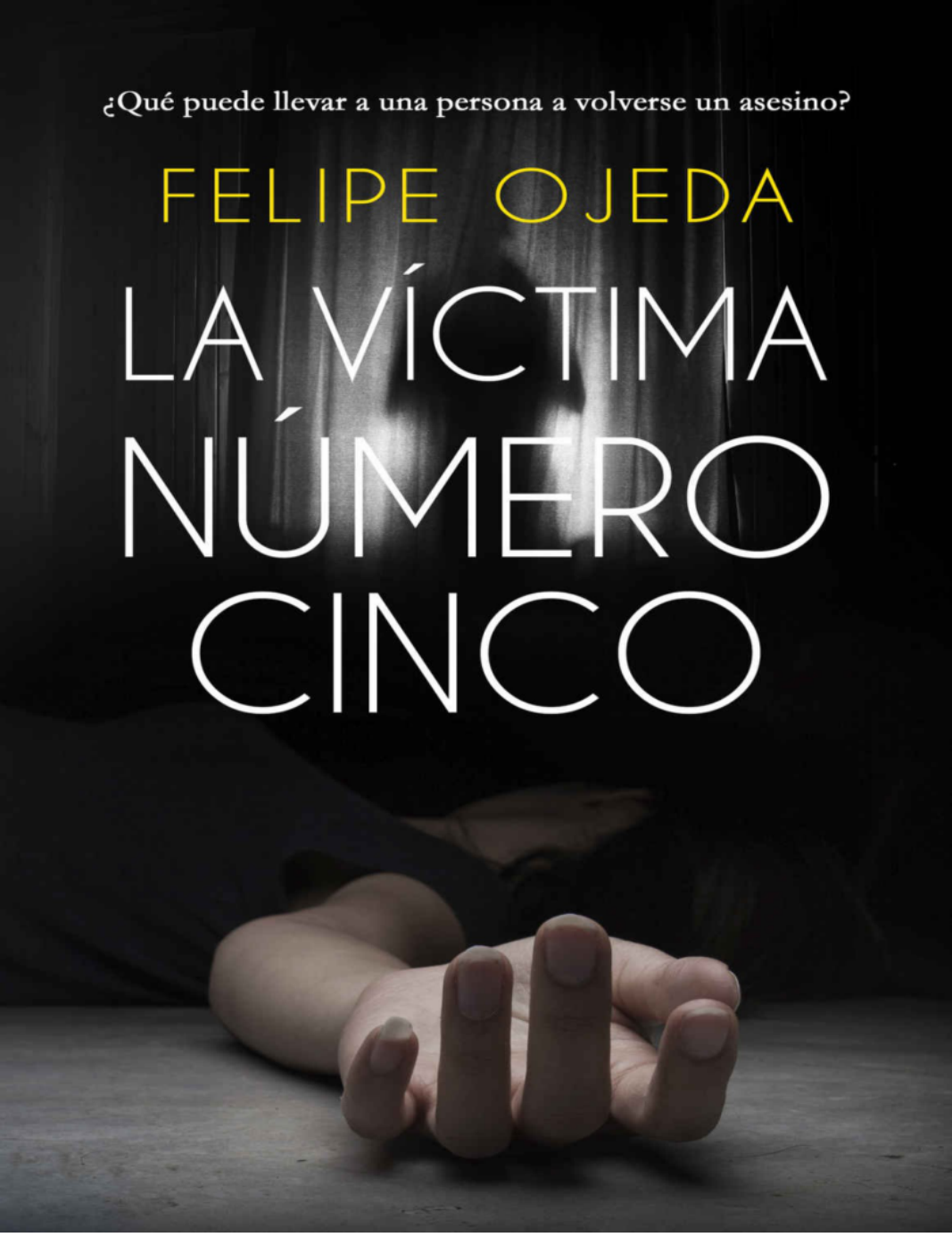
¿Qué puede llevar a una persona a volverse un asesino?

FELIPE OJEDA

LA VÍCTIMA NÚMERO CINCO



¿Qué puede llevar a una persona a volverse un asesino?

FELIPE OJEDA

LA VÍCTIMA NÚMERO CINCO

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: La víctima número cinco.
©Felipe Ojeda, 2022.
Imágenes de la cubierta: Adobe Stock.
Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

ÍNDICE

La victima nª 5
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Agradecimientos

LA VICTIMA Nº 5

Maribel salió del hotel pensando que las cosas no podían empeorar más de lo que ya estaban. Permaneció en Barcelona cuatro días, visitando algunos clientes. Entre reuniones, comidas y cenas se pasaron los días sin conseguir su objetivo: convencerlos para que invirtieran en el mercado de valores. Lo único que consiguió fue que uno de ellos intentara llevarla a la cama.

Minutos más tarde, llegó a la estación de Sanz. Llamó por teléfono a su socia para decirle que sus malos augurios no se esquivaban, todo salió como el culo. Al no recibir respuesta, le mandó un mensaje: «Nos vemos en la oficina sobre las dos para comer juntas».

Cuando se disponía a tomar el café, anunciaron por los altavoces que el tren con destino a Madrid sufriría un retraso de cuarenta minutos por una avería. Maribel puso cara de resignación, «estoy gafada», pensó. Se tomo el café y para hacer tiempo se compró una revista del corazón para ponerse al día con los cotilleos de los famosos. Le divertía leer cómo se ponían verdes los unos con los otros y todo lo referente a la infidelidad de sus parejas.

De nuevo, anunciaron que el tren con destino a Madrid sufriría un retraso de una hora. Era el segundo en menos de diez minutos. Maribel maldijo su mala suerte y lo aceptó con malas ganas, pues no le quedaba más remedio que esperar. Pensó en alquilar un coche y salir lo antes posible de Barcelona, pero no le hacía gracia conducir tantas horas. Además, con esa mala racha, seguro que el coche se averiaría o pincharía en mitad de la autovía y en un lugar donde no hubiese cobertura.

Sobre las nueve de la mañana, se anunció que el tren saldría en treinta minutos por el arcén número siete. Por fin. Le envió un mensaje a su socia para avisarla de que saldría de Barcelona en treinta minutos por un retraso.

Subió al segundo vagón y se sentó en su asiento.

—Gracias a Dios —dijo cuando al fin el tren se puso en marcha.

Entonces se dio cuenta de que un hombre sentado dos asientos más adelante la observaba fijamente e incluso le hizo un gesto obsceno con la lengua. «El tonto del tren», pensó. Se cambió de asiento para darle la espalda, no tenía el cuerpo para aguantar tonterías.

Durante el trayecto, se levantó para ir al baño. Al volver, observó que el hombre que la incomodó seguía mirándola con una sonrisa maliciosa. Cuando llegó a su sitio, se colocó los auriculares y se puso música relajante. No creyó que la música hiciese su efecto tan pronto,

y es que después de dar dos cabezazos se quedó dormida. Cuando despertó, el tren entraba en la estación de atocha. Se había pasado todo el trayecto dormida.

Maribel miró el reloj y vio que tenía tiempo suficiente para ir a su casa, dejar el equipaje y darse una ducha. Cuando se incorporó del asiento, se dio cuenta de que el hombre que la había incomodado no estaba. Miró a ambos lados del vagón y al no verlo se quedó más tranquila. Bajaría en alguna parada durante el camino.

Salió de la estación y se dirigió a la parada de taxis. Tuvo que esperar unos minutos hasta que llegó uno.

—A Encina del Rey, número treinta y siete —le dijo al taxista.

Treinta minutos más tarde ya se encontraba en la puerta de su casa. Lo primero que hizo fue abrir el buzón y sacar la correspondencia que se había acumulado durante los días que estuvo en Barcelona. Echó un vistazo por la casa, le tranquilizó que todo estaba como ella lo había dejado. Le preocupaba que hubiesen entrado para robar, como sucedió días atrás en la urbanización.

Cogió la maleta y subió a la planta superior. Entró a su habitación, la dejó sobre la cama y se preparó la ducha. Dejó la ropa interior en el canasto de la ropa sucia y se metió. Cerró los ojos mientras el agua corría por su cuerpo, algo que la hizo sentir muy relajada. Salió, se puso el albornoz y cuando se disponía a deshacer la maleta, sonó el timbre de la puerta.

CAPÍTULO 1

Tess esperaba la llegada de Maribel. El reloj de la oficina marcaba las dos y media de la tarde y, viendo que Maribel no respondía al teléfono, se preocupó. No se dio cuenta de que le había enviado un mensaje a las nueve de la mañana. La llamó varias veces, el teléfono daba señal, pero no obtuvo repuesta. Espero hasta las tres y cuarto y decidió ir a su casa.

Maribel vivía en la urbanización Encina del Rey. La vivienda se la dejaron en herencia sus padres hacía unos años, la reformó y dejó su piso que tenía alquilado. Se trasladó a la urbanización hacía apenas un año.

Tess recordó que le dejó unas llaves de la vivienda porque tenían que llevarle unos sofás y Maribel se encontraba de viaje. Fue al coche y miró en la guantera. Las llaves estaban ahí. Puso el coche en marcha y, sin perder tiempo, se desplazó hasta su casa. Antes de entrar, llamó varias veces al timbre. Esperó unos segundos y abrió. Le sorprendió ver que el teléfono de Maribel y las llaves estaban encima del mueble de la entraba. Le extrañó mucho, puesto que Maribel no dejaba el móvil ni para ir al baño. Pensó que se habría quedado dormida después de ducharse. como en alguna ocasión le había ocurrido.

Subió las escaleras llamándola en voz alta. Era imposible que no la oyese. La embargó un mal presentimiento, la sensación de que algo le había sucedido. La puerta de su habitación se encontraba cerrada, la golpeó varias veces. Al no tener respuesta, la abrió muy despacio, temiéndose lo peor.

Tess se quedó petrificada en el umbral al descubrir a Maribel sobre la cama en medio de un gran charco de sangre. Dio un grito desgarrador que hizo tambalear los cuadros de la pared. Retrocedió lentamente, sin poder quitar la mirada del cuerpo de su amiga. Bajó la escalera tan rápido que estuvo a punto de caerse dos veces y cogió el teléfono. Estaba tan nerviosa que apenas acertó a marcar los números.

—Urgencias, dígame.

—Está en la cama cubierta de sangre. —Sus lloros apenas la dejaban hablar.

—Cálmese y dígame qué ha sucedido.

—¡Está muerta, está muerta!

—¿Dónde se encuentra?

—En la urbanización Encina del Rey, número treinta y siete. —No se podía quitar la imagen de su amiga de la cabeza.

—Salga de la vivienda y no toque nada, espere a que llegue la

policía.

Tess salió de la vivienda en medio de un mar de lágrimas.

Estaba sentada en una silla del porche cuando la policía llegó. Les indicó dónde se encontraba su amiga en medio de un ataque de nervios. Un agente intentó calmarla mientras el otro subió a la planta superior. Andrés vio el cuerpo de Maribel sobre la cama, la horrible escena hizo que se detuviese y no entrase a la habitación. No podía contaminar el escenario del crimen, así que llamó a la comisaría para informar de lo sucedido y pedir que inviaran una ambulancia lo más rápido posible.

Los sanitarios llegaron acompañados de dos unidades de la Policía Nacional. Subieron los escalones en dos en dos hasta al llegar al pasillo donde se encontraron con el agente.

—No hace falta que corráis, ya no se puede hacer nada por ella. Si tenéis que entrar, poneros protecciones en los pies para no contaminar la escena del crimen —indicó Andrés con la voz algo entrecortada.

Los sanitarios se quedaron a un metro de la cama. Al ver la cantidad de sangre que Maribel había perdido y el cuello prácticamente seccionado, confirmaron que era inútil hacer nada.

CAPÍTULO 2

Hacía pocas horas que Martín se había incorporado al trabajo después de unos días de vacaciones. La primera llamada que recibió fue la de su abogado, su mujer había presentado la demanda de separación. La noticia le sorprendió. A pesar de que llevaban nueve meses separados, no había perdido la esperanza de tener una segunda oportunidad, no entendía la reacción de su ex y eso le cabreó mucho. Una hora más tarde se encontraba en el despacho de su abogado.

—Martín, ¿has tenido algún problema con Marta? —le preguntó.

—No, antes de irme de vacaciones estuve comiendo con ella y con mi hija, no entiendo lo que ha sucedido —respondió Martín desconcertado.

—¿La manutención le llega todos los meses?

—El banco le hace la trasferencia el día uno de cada mes, incluso alguna vez habíamos hablado de volver a intentarlo… —dijo dolido.

Trató de asimilarlo. «¿Por qué no me dijo nada cuando estuvimos comiendo?», se preguntó. El sonido del teléfono le hizo volver a la realidad.

—Martín, se ha cometido un homicidio en la urbanización Encina del Rey, Eduardo y Lucia ya están de camino. Es preciso que llegues lo antes posible.

Martín se quedó pensativo, sus compañeros se podían hacer cargo de la investigación sin ningún problema y no entendía la urgencia.

—Pascual, me tengo que ir. Se ha cometido un homicidio, empezamos bien mi vuelta al trabajo —comentó.

—No te preocupes, Martín, me pondré en contacto con el abogado de Marta y a ver qué me dice.

No podía haber empezado peor la reincorporación. Su mujer se había encargado de amargarle el día, sobre todo con los problemas de la custodia de su hija. No tenía la cabeza para hacerse cargo de un homicidio.

Treinta minutos más tarde, Martín llegó a la vivienda donde se había cometido el crimen. Tenía que centrarse en la investigación y aparcar de momento el problema de su mujer. Varias unidades se encontraban en el exterior de la vivienda. Habían cortado la calle para evitar las miradas de los curiosos.

Subió la escalera sin pronunciar palabra, paró en el umbral de la puerta y vio que una científica estaba fotografiando la escena del asesinato. Adriana se encontraba al frente del equipo forense. Se

saludaron con un movimiento de cabeza. Martín se puso unas protecciones y entró en la habitación, observó de cerca el cuerpo encharcado de sangre. La víctima tenía las manos atadas con una media de nailon de color beis, llevaba puesto un camisón de seda blanco. Aquello le resultó familiar y cuando vio el corte en el cuello, no dio crédito. Algo se le removió por dentro y su cambio de humor se hizo notar enseguida.

Eduardo, después de inspeccionar el resto de la vivienda, subió a la habitación. Al ver la expresión de Martín, supo que tenía que ir con mucho tacto.

—Eduardo, ¿qué pasa con el forense, que no está aquí? —su voz aguda se hizo notar.

—Están en camino. —Desvió la mirada.

—¿Has comprobado si forzaron la puerta o alguna ventana? —preguntó Martín con el ceño fruncido.

—La puerta no está forzada y las ventanas tienen intacto el cierre de seguridad.

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Su amiga Tess, se encuentra sentada en la cocina con un ataque de ansiedad.

Martín y Eduardo bajaron y entraron a la cocina. Lucia intentaba calmar a Tess, que no dejaba de llorar.

—Tess, ¿cuándo fue la última vez que hablaste con Maribel? —preguntó Martín algo más relajado.

—Me llamó esta mañana sobre las ocho desde Barcelona. Estaba algo decepcionada por cómo le habían salido las reuniones con los clientes, habíamos quedado a las dos para ir a comer. Sobre las nueve me envió un mensaje diciéndome que se había retrasado el tren —respondió Tess con la voz temblorosa.

—Aparte de su amistad, ¿tenían alguna relación laboral?

—Sí, éramos socias de una empresa de valores. —Apenas podía hablar.

—Exactamente, ¿cuál era el trabajo de Maribel? —inquirió Eduardo.

—Maribel se encargaba de visitar a los clientes, en esta ocasión fue él quien llamó a Maribel para que se desplazará a Barcelona.

—Intente tranquilizarse, mañana se pasará Eduardo por la oficina para que le dé la relación de los clientes que Maribel visitó.

Desde la cocina, Martín vio cómo el forense entraba a la vivienda. Le recriminó la tardanza y lo acompañó a la habitación.

Adriana estaba terminando de inspeccionar el cuerpo de la víctima cuando aparecieron Martín y el forense. Al cabo de un rato, el olor a sangre se hizo insoportable. Martín se encontró algo indispuesto, así que salió de la habitación y bajó al porche a fumar un cigarro. Hacía

tiempo que no veía a Adriana y le vino a la memoria el tiempo que pasaron juntos. Se conocieron en un coloquio de criminología en Gijón. A los pocos días, tuvieron un pequeño tonteo que apenas duró un par de meses. En aquel tiempo, Martín pasaba una mala racha con su mujer y conocer a Adriana fue como soplo de aire fresco.

Adriana salió de la vivienda con su maletín, vio a Martín fumando y supo por las colillas que había en el suelo que no era el primero.

—Si sigues así, conseguirás que te dé un infarto. —Adriana se puso las gafas de sol.

—De algo tenemos que morir —repuso Martín—. Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿cómo estás?

—Viéndote, mejor que tu —respondió con una pequeña sonrisa.

Martín la miro en silencio y con cara de preocupación.

—Te resulta familiar la puesta en escena, ¿verdad? —Adriana adivinó sus pensamientos.

—Sí, fue en el coloquio de criminología donde expusieron el mismo método.

—¿Crees que se trata de un imitador?

—Espero que no, quiero pensar que es una casualidad. De lo contrario, más mujeres morirán.

—Te enviaré una copia de mi informe junto al del forense. —Adriana abandonó el porche.

CAPÍTULO 3

El hombre de la cicatriz se desplomó en la cama. La tensión acumulada del asesinato le pasó factura. Conforme pasaron los minutos, su estado pasó de la euforia a un agotamiento extremo. Sintió como si le hubiesen absorbido toda la energía.

Horas más tarde, sonó el despertador. Había dormido seis horas seguidas, pero parecieron ser solo veinte minutos. Se encontraba algo cansado, pero no podía permanecer más tiempo en la cama, en pocas horas tendría que entrar en acción de nuevo. Rubén era un hombre muy meticuloso y no dejaba nada al azar, como todos los asesinos en serie. Era frío y calculador, y eso hacía que se controlara, el dolor sería menor. Descargó las fotografías en el ordenador y las observó durante casi una hora.

La mujer yacía desnuda sobre la cama con la boca tapada con cinta americana. El labio inferior le sangraba, fue el resultado de negarse a cumplir las órdenes que le dio. Sus ojos se convirtieron en dos cascadas incapaces de controlar. Rubén abrió un cajón de la cómoda y sacó un viso blanco y un par de medias de nailon sin usar. Ella estaba aterrorizada imaginando lo que le podía suceder. Él acarició su cuerpo de arriba abajo durante varios minutos. Le dio el viso para que se lo pusiera. Mientras la mujer obedecía, él le tomó varias fotos.

Al rato, puso a Maribel de rodillas en la cama y le ató las manos por detrás de la espalda con las medias color beis. Rubén se puso por detrás, estaba tan cerca que podía notar el latido de su corazón. Mientras sujetaba su cara con la mano izquierda, con la derecha le seccionó la tráquea con un cuchillo muy afilado.

No paraba de manar sangre. En décimas de segundo, el viso blanco se volvió rojo y las sábanas se inundaron de sangre. El cuerpo de la víctima quedó dispuesto sobre la cama en forma fetal.

Colocó las fotografías en el orden como sucedieron los hechos. Trece, ni una más ni una menos. Durante muchos minutos, observó las imágenes de su primera víctima con una pequeña sonrisa. Más tarde, cogió la bolsa de deporte, sacó una bolsa de plástico donde llevaba el mono blanco —igual a los que usa la policía científica— manchado de rojo. Dentro de la bolsa, enrollado con tela, se encontraba el cuchillo cubierto de sangre seca. Entró en el baño, abrió el agua caliente y dejó el cuchillo bajo el chorro para que se fuese lavando. Metió el mono en un cubo de agua y vació en él media botella de lejía. Terminó de

limpiar el arma con un desengrasante y un estropajo, después lo metió en el lavavajillas. Finalmente, sacó el mono del cubo, lo dejó secar y lo cortó con las tijeras en trozos muy pequeños para tirarlo a la bolsa de basura.

Sobre las siete de la tarde, bajó a la calle y metió la bolsa en el contenedor. Entró en un bar que se encontraba a escasos metros de su casa, se sentó en un taburete de la barra y pidió una cerveza. Tras echar un vistazo a su alrededor, descubrió a una mujer rubia tomándose un café. Por la expresión de su cara, no parecían irle bien las cosas.

Pagó la bebida y se levantó para irse pero antes volvió a mirarla y se dio cuenta de que ella también lo miraba. Le molestó que lo hiciese de aquella forma, como si se fijara en la cicatriz de su cara. Cuando se alejó unos metros, se giró de nuevo y se sorprendió al ver que la mujer lo saludaba con la mano.

CAPÍTULO 4

Adriana nació en Zamora y era hija de padres militares, tenía un hermano tres años mayor que ella que murió con dieciocho años en extrañas circunstancias. Fue uno de esos casos en los que el asesinato se queda sin resolver. Aquel suceso fue el detonante que la ánimo a ingresar en la academia de la Policía Nacional. Su objetivo era la policía científica, así que estudió anatomía forense y después de muchos meses de estudio y trabajo, consiguió una plaza. No quería que ningún crimen se quedara sin resolver.

El romance que tuvo con Martín duró hasta que Adriana se enteró de que estaba casado. Rompió toda relación con él. Martín intento por todos los medios ponerse en contacto con ella para darle una explicación, pero ella lo bloqueó. Al principio, le costó retomar su vida porque estaba enamorada; sin embargo, Adriana no quiso entrometerse en medio de un matrimonio. No estaba por la labor de perdonar el engaño, así que, con el tiempo, la relación pasó a ser simplemente laboral.

Adriana estaba muy bien considerada por sus compañeros, en el trabajo era muy minuciosa y nunca dejaba detalle por investigar. El tiempo libre lo dedicaba a revisar los casos de asesinatos que quedaron sin resolver. Gracias a su empeño y constancia, se habían resuelto algunos casos que sucedieron años atrás.

Adriana acudió a un homicidio en una calle céntrica de Madrid. La víctima, una mujer de treinta y tres años, tenía puesto un pantalón de chándal y una camisa blanca desabrochada con signos de violencia. Tras analizar la escena del crimen y hacer un estudio fotográfico de la habitación, descubrió un pelo entre los dedos de la mano derecha y dos uñas rotas. Clara señal de que la mujer se resistió.

Habían forzado la puerta por dentro y la vivienda se encontraba toda revuelta, como si se tratase de un robo y la muerte de la mujer fuese casual. Adriana comprobó que en la vivienda había artículos de valor como una pulsera de oro, un reloj y un par de juegos de pendientes. Descartó el robo, ningún ladrón fuerza una puerta por dentro. Ese fue el primer error del asesino. Su compañero encontró un tanga roto de color negro debajo de la cama. Se trataba de una violación y no un robo, el desorden fue un intento de engañar a la policía. El forense examinó el cuerpo y confirmó sus sospechas.

—Javier, ¿cuánto tiempo hace de la muerte? —preguntó Adriana.

—Por el *rigor mortis*, lleva muerta entre tres y seis horas. Cuando le

hagamos la autopsia, sabremos la causa y la hora. Parece que fue asfixiada.

Al día siguiente, Adriana se encontraba en la comisaría cuando recibió por email el informe forense donde se confirmaba la muerte por asfixia y la violación. Ocurrió sobre las tres de la mañana. Los pelos encontrados y los restos de semen fueron enviados al laboratorio, donde confirmaron que correspondían a la misma persona.

El caso pasó a manos la unidad de Homicidios. Martín interrogó a los vecinos de la víctima, que no aportaron nada interesante para la investigación. Luego declararon los amigos y las personas más allegadas, el resultado fue mismo. Los familiares y amigos de la víctima se hicieron voluntariamente las pruebas de A.D.N. y el resultado fue negativo.

—Fátima, comprueba en la base de datos para cotejar el A.D.N. del asesino con los delincuentes que están fichado por si diera coincidencia —pidió Martín.

Después de varios minutos, no se encontró nada.

Pasaron dos días y no había por dónde encaminar la investigación, lo único que tenían claro era que no se trató de un robo.

Martín se reunió con el resto de la unidad de homicidio. En la sala había una mesa ovalada con seis sillas. Encima de esta, dos botellas de agua y seis vasos. En la pared tenían una pizarra forrada de corcho donde colocaban las fotografías de los casos que se estaban investigando. Del techo colgaba un proyector de fotogramas. Era una sala que daba al exterior con grandes ventanales, las cortinas estaban descorridas y dejaban entrar la luz del exterior.

Mientras Eduardo y Lucia colocaban las fotos de la víctima sobre la pizarra, Félix y Fátima hacían lo propio con los documentos y fotografías encontradas en la vivienda. Se encontraban en un callejón sin salida. Adriana golpeó la puerta de la entrada dos veces y abrió, Martín se quedó extrañado al verla.

—¿Puedo pasar?

—No hay nada que te lo impida —contestó Martín con el ceño fruncido.

Todos observaron cómo Adriana dejó el teléfono de la víctima y repartió por la mesa las fotografías que extrajo de la memoria. Señaló una en concreto. Salía la víctima con unos amigos, fue tomada a las once y media de la noche en un restaurante.

—La persona que sacó la foto posiblemente sea el asesino. Si os fijáis bien, sale su imagen reflejada en el cristal —comentó Adriana.

En la sala se hizo el silencio por unos segundos hasta Martín lo rompió con una sonrisa forzada:

—Gracias, Adriana.

—Solo te pido que me tengas informada —dijo ella antes de salir de la sala.

—Así será, Eduardo te tendrá al tanto del progreso de la investigación.

—No tengo nada en contra de Eduardo, pero prefiero que lo hagas tú, si no tienes ningún impedimento —repuso con tono un poco seco.

Martín accedió con un movimiento de cabeza. Era evidente la tensión que se había creado, los miembros de la unidad se quedaron mirando, preguntándose qué era lo que Martín y Adriana se llevaban entre manos.

—Averiguad dónde se hizo la fotografía. No quiero una negativa por respuesta —les dijo Martín al mismo tiempo que se reclinaba en el respaldo de la silla.

Eduardo, Félix y Lucia cogieron la fotografía y salieron, Fátima se quedó recogiendo el resto de imágenes que Adriana dejó sobre la mesa. Martín salió algo estresado y se fue a su despacho, necesitaba algo de tranquilidad. No estaba pasando por uno de sus mejores momentos, hacía pocos días que se había separado de su mujer.

Después de horas de investigación, dieron con el hombre que salía reflejado en la fotografía y la investigación dio un giro positivo. Lo detuvieron y fue llevado a la comisaría. Después de cogerle las huellas dactilares, fue llevado a la sala de interrogación. Martín entró con él y durante unos segundos, lo miró fijamente. Al rato, dejó las fotos de la víctima en la mesa para que el sospechoso las viese.

—No tengo nada que ver con esto. —El detenido intentó hacerse el desentendido.

—Fíjate bien en esta fotografía, sales reflejado en el cristal. Estoy convencido de que tú la mastate después de violarla. Tenemos el A.D.N. recogido de la escena del crimen, si lo comparamos con el tuyo, seguro que coincidirá.

Solo pasaron unos segundos hasta que el hombre se derrumbó y confesó.

—Fue un accidente, no quise matarla —repetía una y otra vez entre lloros.

—¿Qué ocurrió? —Martín se sentó en la silla en frente del detenido.

—Se encontraba con unos amigos y me comentó si le podía hacer una foto. Me dejó el teléfono y se la hice. Tras mirarla, le pareció bien y me invitó a una cerveza. Después de unos minutos hablado con ella, me di cuenta de que me estaban esquivando y me fui a la barra a terminarme la cerveza. —Hizo una pausa y miró a Martín—. Cuando terminaron, ella fue a la barra a pagar y se le cayó el carnet al suelo.

Yo me levanté del taburete y lo pisé. Cuando se fueron, lo cogí del suelo… Pensé que si se lo llevaba a su casa, me lo agradecería. Se quedó sorprendida al verme. Sonreí y le devolví el carnet. Le pregunté si me podía dar un vaso de agua. Me dejó pasar y una vez dentro no sé lo que me pasó…

Aquello cerró el caso. La confesión del detenido era, en gran parte, gracias a Adriana y la fotografía que sacó del móvil de la víctima.

La unidad de la Policía Científica se encontraba dos pisos por debajo de Homicidios. A pesar de lo cerca que estaban, Martín y Adriana hacían todo lo posible para no verse, a no ser que fuese necesario. Adriana no había perdonado que Martín le mintiese y jugase con sus sentimientos.

Ella apenas tenía vida fuera de la comisaría, su casa se encontraba a setecientos metros y el recorrido lo hacía a pie. Vivía en un tercer piso con unas buenas vistas, dos habitaciones, dos aseos, cocina con galería y salón. La habitación pequeña la utilizaba como despacho, allí se pasaba las horas muertas repasando algunos casos sin resolver. La ropa sucia la acumulaba durante tres de días y hacía la colada dos veces a la semana; normalmente, los miércoles y los sábados, si no tenía que trabajar.

CAPÍTULO 5

El hombre de la cicatriz se encontraba en su siniestra casa sin apenas luz, la necesaria para ver. Tenía las ventanas permanentemente cerradas, solo las abría cuando el ambiente era insostenible. Cogió la bolsa de deporte y caminó hasta la cocina, sacó el cuchillo del lavavajillas, lo enrolló en un trozo de tela negra y lo metió en una bolsa.

Comprobó que llevaba todo lo necesario para su nueva víctima. Su tranquilidad era sorprendente; su ritmo cardíaco, idóneo, sin alteraciones. Dado que era diabético, antes de salir de su casa siempre comprobaba el nivel de azúcar en sangre. Se pinchó en el dedo índice de la mano izquierda con una aguja, recogió una muestra del líquido con una tira reactiva y la introdujo en el controlador. A los pocos segundos, la pequeña pantalla le mostró el resultado del test. Marcaba ciento veinte. Perfecto, estaba todo controlado para actuar de nuevo.

...

Raquel era una mujer separada, su marido la abandonó cuando se quedó embarazada, sin darle ninguna explicación. Trabajaba de secretaria en una oficina, su turno de trabajo era de ocho a tres de la tarde.

Aparte de su trabajo, se quejaba de que la vida que le tocó vivir no había sido muy agraciada con ella. Se quedó embarazada con apenas diecisiete años, sus padres adoptivos tuvieron que hacerse cargo del niño mientras ella terminaba los estudios. Compartió la vivienda con su hijo hasta que este cumplió los dieciocho años.

Dos días atrás, Emilio metió su ropa en una pequeña maleta y esperó hasta que su madre llegó del trabajo para decirle que se iba de casa. Se iba a Francia a trabajar con un amigo. No le dejó tiempo a Raquel para reaccionar, le cerró la puerta en las narices. Era el tercer abandono que sufría. Primero, sus padres; segundo, su marido y ahora su hijo. Eso le hizo caer en depresión.

En la adolescencia fue modelo, le gustaba desfilar por las pasarelas a pesar de las exigencias. Dos veces al mes, a ella y a sus compañeras las pesaban por si habían engordado más de lo normal. El control y la presión a las que estaban sometidas eran insoportables. Algunas chicas cayeron en la anorexia. Raquel tuvo que ser ingresada en el hospital por su delgadez extrema. No podía ejercer sin poner en riesgo su vida, así que prefirió dejarlo y llevar una vida sana a pesar de las secuelas

que le quedaron.

Nunca olvidó el mundo de la moda. Cuando podía presenciar un pase de modelos, nunca se lo perdía. Su afición por la ropa era notoria, casi todos los meses se compraba algún vestido. Llegó un día en que en el armario ya no cabían más.

Un día tuvo la idea de hacer de modelo para sí misma, vestidos no le faltaban. Al llegar del trabajo, lo primero que hizo fue ducharse. Le llevó bastante tiempo encontrar el peinado ideal para su pase. Se hidrató bien la piel, no quería que le se le resecara con el roce de la ropa al quitársela y ponérsela.

Salió del baño con una sonrisa de oreja a oreja, se puso un albornoz de color beis, abrió la puerta del armario, sacó todos los vestidos y los dejó sobre la cama. Entonces se quitó el albornoz y se quedó desnuda delante del espejo del armario, observó su cuerpo durante unos minutos. Tenía los pechos un poco caídos, aunque para ella eran perfectos.

Se puso el primer vestido, era algo ceñido. Tras calzarse los zapatos de aguja, desfiló por el pasillo como si fuese una pasarela. En el recibidor tenía un espejo que ocupaba casi toda la pared, así que se paró delante e hizo algunas poses después de mirarse. Volvió a la habitación para cambiarse. Durante unas horas, no paró de probarse los vestidos y andar por el pasillo hasta el recibidor, donde se miraba sonriente al espejo.

Por último, se puso un vestido de color negro que no recordaba haber comprado. No se podía creer lo bien que le sentaba. Tenía un escote un poco escandaloso que enseñaba medio pecho. No podía dejar de mirarse con una pequeña sonrisa, ese vestido era especial y le sentaba como un guante. Encendió todas las luces de la casa y se imaginó en una pasarela inmensa donde no paraban de hacerle fotos.

De pronto, el timbre de la puerta sonó dos veces. Raquel se quedó pensativa, ¿quién podía ser? No esperaba visita. Pensó en ir a la habitación a cambiarse y ponerse el albornoz, pero se lo pensó mejor y se dijo a sí misma que así verían lo atractiva que era.

Echó un vistazo por la mirilla de la puerta y vio a un hombre con una gorra que le ocultaba la cara, llevaba un paquete en las manos. Dio la casualidad de que Raquel esperaba recibir algo y pensó que sería eso.

Abrió la puerta luciendo su vestido negro. El hombre, al verla, se quedó mirándola de arriba abajo. Raquel sonrió al comprobar el efecto que le había creado.

—Buenas tardes, le traigo un paquete. Se me ha olvidado coger el bolígrafo, ¿me puede dejar uno para que me firme la entrega?

Sin atisbo de sospecha, Raquel se dio la vuelta para coger un bolígrafo que tenía en la cocina cuando recibió un fuerte golpe en la

cabeza que la dejó inconsciente. El hombre de la cicatriz cerró la puerta y se aseguró de que nadie más estuviese en la casa. Arrastró el cuerpo de Raquel hasta la habitación y la dejó encima de la cama.

CAPÍTULO 6

Hacía cinco minutos que Martín había llegado a su apartamento, dejó las llaves en una pequeña bandeja de cristal en el mueble de la entrada. Fue a la habitación que utilizaba como despacho, en ella había un sillón de piel negro y una mesa de robre oscura. En la pared de la derecha, una estantería contenía las carpetas con las copias de los informes de los casos de asesinato que había investigado y los que tenía en curso. En la pared de enfrente, una pequeña tabla de corcho mostraba las fotografías de las víctimas recientes.

Martín tenía sus propias manías. No tenía bastante con las horas que pasaba en la comisaría, sino que también se llevaba trabajo a casa. Cogió la carpeta que le dieron en Gijón cuando asistieron al coloquio de criminología y revisó los apuntes que tomó. Permaneció sentado cerca de una hora hasta que sus piernas se entumecieron. Se levantó del sillón y anduvo por la casa. Fue cuando se dio cuenta lo desastrosa que la tenía: la ropa sucia estaba acumulada encima de una silla; en la cocina, los platos y los vasos usados de días atrás deprendían aromas no muy agradables y en los restos de comida algunos visitantes diminutos hacían su agosto. Se había despreocupado totalmente de la vivienda, se convenció a sí mismo de que no podía seguir de esa manera. Aquello parecía un estercolero.

Puso la ropa en la lavadora, daba igual que fuese blanca o de color, para Martín no había diferencia. Mientras esta hacía su trabajo, limpió los restos de comida de la mesa y lavó los platos y los vasos que sobresalían de la pila. Pensó en lo bien que le hubiese venido un lavavajillas.

Dos horas más tarde, la casa ya tenía un aspecto aceptable. Martín reconoció el buen trabajo que acababa de realizar y para celebrarlo se abrió una botella de vino tinto de Rivera del Duero que le regaló un amigo.

Entonces llamaron a la puerta. Miró el reloj, no era una hora muy apropiada para visitas. Se acercó a la puerta y miró por la mirilla, se quedó de piedra al ver a la persona que se encontraba al otro lado de la puerta.

—¿Sorprendido? —preguntó Adriana.

—La verdad es que sí, no esperaba visita a estas horas y menos que fueses tú.

—¿Me vas a invitar a que pase o me tengo que quedar en la puerta?

—Perdona, pasa, por favor. —Martín estaba estupefacto, debía de

ser algo importante para que Adriana fuese a su casa.

—Pensé en llamarte por teléfono, pero es mejor decírtelo en persona. —Adriana no podía disimular los nervios.

Martín se alegró de haber ordenado la casa, no quería pensar en qué impresión se hubiese llevado Adriana si llega a verla hecha una porquería. Entraron en la habitación donde Martín tenía medio despacho ocupado con documentación de la comisaría.

—Veo que no descansas —comentó Adriana, no era la única que estaba obsesionada con el trabajo.

—No puedo dormir bien pensando que puede haber más víctimas.

—Quiero que me incorpores a la unidad de Homicidios. Quiero ser partícipe en la investigación. Lo sucedido no ha sido un crimen casual y me temo que habrá más.

Adriana se quitó las gafas, esperando una respuesta. Martín se quedó por unos segundos en silencio.

—Para mí sería un placer que formases parte de la unidad de Homicidios, sé lo valiosa que eres y lo que nos podrías ayudar —dijo al fin—. Primero, tengo que saber la opinión de los miembros, no quiero que piensen que es una imposición mía.

Martín no quería malos rollos dentro de la unidad.

—Me parece bien.

—Mañana te llamaré para decirte la decisión que se tome, también llamaré a Germán para que firme tu traslado si fuese necesario. —Tener a Adriana en el departamento sería todo un lujo—. Estaba a punto de servirme una copa de vino cuando llamaste a la puerta, ¿te apetece?

—Gracias, pero no, ya es un poco tarde. Mañana nos vemos en la comisaría.

—Te advierto de que es un Rivera del Duero. —Martín intentó por todos los medios que se quedara un rato más.

Sin embargo, Adriana salió del apartamento con una sonrisa forzada. Apretó el botón del ascensor; mientras se abría la puerta, tuvo la intención de girarse y ver si Martín permanecía en la puerta. Sabía que si lo hacía sería un síntoma de que aún sentía algo por él y eso no lo podía permitir.

De regreso a su casa, miró el reloj y comprobó que era un poco tarde para ponerse hacer la cena, así que no se lo pensó dos veces cuando pasó por delante de un restaurante y vio que aún servían las cenas en varias mesas. Entró y le preguntó al camarero si podía sentarse para cenar. Este la acompañó a la mesa, que se encontraba cerca de la puerta de la salida.

—¿Qué le pongo para beber?

—Una copa de vino. Si puede ser, que sea un Rivera del Duero. —No quiso pensar en si Martín entrase por casualidad y la viese

bebiendo una copa de vino cuando hacía escasos minutos que se la había despreciado.

El camarero le acercó la carta para que eligiera la cena y el vino.

—Le aconsejo un Carmelo Rodero de Gran Reserva. De primero, tenemos el revuelto de la casa y de segundo, un solomillo trinchado con ajetes y setas.

—Me parece prefecto. —Adriana tenía la boca hecha agua.

Al cabo de unos minutos, el camarero le sirvió el vino. Estaba delicioso. Adriana rechazó la invitación de Martín porque la última vez que la aceptó acabaron juntos en la cama y no quería cometer el mismo error dos veces.

En el restaurante había una mesa con varios hombres que no le quitaron el ojo a Adriana desde que entró. Apenas los separan tres mesas y cualquier comentario que hacían sobre ella lo escuchaba a la perfección.

Terminó de cenar y cuando se disponía a tomarse el café, vio que un hombre se levantó de aquella mesa y se dirigió hacia ella. Adriana no tenía el chirri para farolillos, y menos de ese estilo. Cuando el tipo quiso decir algo, sacó la placa de policía y la puso sobre la mesa. Su reacción fue darse la vuelta y regresar a la mesa con el rabo entre las piernas.

Al rato, pidió la cuenta y dejó unos euros de propina para agradecer la cena que le habían servido.

El camino de vuelta se podía hacer muy largo hasta a su casa. No eran aconsejable andar sola a esas horas, no eran seguras ni siquiera para una policía. Por ello, decidió llamar a un taxi.

Al día siguiente, Martín fue el primero en llegar a la comisaría. Esperó a que estuviesen todos los miembros de la unidad para hablar con ellos. No había pasado ni media hora y ya había recibido dos mensajes de Adriana pidiéndole la respuesta. Martín le pidió cinco minutos. Acabó de tomarse el café y se aclaró la garganta con un poco de agua.

—Estoy considerando la posibilidad de incorporar a Adriana al equipo para que nos ayude en la investigación.

El silencio se hizo en la sala. Lucia y Fátima intercambiaron una mirada bastante expresiva.

—Estoy esperando vuestra opinión al respecto —añadió Martín.

—A mí me parece genial —comentó Félix.

Eduardo se recostó en la silla con una pequeña sonrisa y preguntó:

—¿Qué opinan Lucia y Fátima?

—Me puedo imaginar lo que piensan al respecto —dijo Martín—. No lo propondría si no pensara que es beneficioso para la investigación.

Fátima tuvo intención de hablar, pero Martín la interrumpió.

—No tiene que cambiar nuestra forma de trabajar, el hecho de que Adriana se incorpore es para sumar y no para restar, lo importante es la unidad del grupo.

—Si no estamos de acuerdo con tu proposición, ¿qué pasará? —inquirió Lucia.

—No se incorporaría —no le tembló la voz al decir esto.

Hubo un silencio incómodo, Lucia y Fátima volvieron a cruzar miraras. Las dos sabían lo importante de su opinión y que Martín actuaría con responsabilidad y antepondría la unidad de grupo ante cualquier persona.

—Por mí no hay ningún problema —dijo Lucia.

—Me parece bien —secundó Fátima—. Es la mejor en su trabajo y todo sea por sumar.

Martín iba a enviarle un mensaje a Adriana cuando una llamada de Germán lo interrumpió. No era sobre la incorporación de Adriana a la unidad de Homicidios, Martín ya sabía lo que opinaba su superior al respecto.

—Martín, se ha cometido un homicidio en una barriada de Vallecas. Puede que se trate del mismo asesino. La ubicación la tienes en tu teléfono —informó cabreado.

Martín se levantó bruscamente de la silla, derramando la poca agua que quedaba en el vaso por la mesa. Su aire comprensivo y benevolente había desaparecido por completo, estaba hecho una furia. Tenía el convencimiento de que el asesino volvería actuar, pero no se imaginó que lo haría tan pronto. Al ver la reacción de Martín, el resto se imaginó lo que había sucedido. Los teléfonos empezaron a sonar con la ubicación donde se había cometido el homicidio.

—Otro asesinato. Tenéis la dirección en vuestros teléfonos, coged el equipo y no perdáis más tiempo, Adriana y yo llegaremos en unos minutos.

Martín salió y bajó a la segunda planta, donde se encontraba la unidad de la Policía Científica. Adriana estaba examinando unas fotografías cuando Martín le puso la mano en el hombro. Se sorprendió al verlo y por la expresión de su cara, enseguida supo lo que había sucedido.

—Lo ha vuelto hacer —confirmó Martín.

Adriana no perdió tiempo. Cogió su equipo y salieron corriendo por las escaleras.

Esta vez, la víctima no vivía en una urbanización aislada de Madrid, sino en un barrio de Vallecas. En un edificio de cuarenta viviendas.

Félix y Fátima fueron los primeros en llegar, el resto llegó unos

minutos más tarde. La Policía Municipal ya había acordonado la zona, no dejaron entrar ni salir a nadie del edificio hasta que los de homicidios llegaron. Subieron los escalones de en dos en dos hasta llegar a la segunda planta, en la puerta de la vivienda había dos policías custodiándola. Se identificaron y uno de los agentes les informó de que la víctima se encontraba en la habitación del fondo.

—¿Ha entrado alguien a la vivienda? —preguntó Félix.

—Sí. Al ver la sangre por el suelo, entré con cuidado de no pisar, tenía que asegurarme de si seguía con vida.

—¿Quién dio el aviso? —inquirió Fátima.

—El vecino de enfrente. Vio la puerta abierta y al descubrir la sangre en el suelo, nos llamó.

Antes de entrar, Félix y Fátima se pusieron los guantes de látex y una protección en los pies para no contaminar la escena del crimen. Al llegar a la habitación indicada, encontraron a la víctima sobre un gran charco de sangre. Félix decidió no entrar hasta la llegada de Martín y Adriana.

Pocos minutos después, estos llegaron al edificio. Era un bloque con muchas viviendas y bastante concurrido. Cualquiera pudo entrar en el edificio, cometer el asesinato y salir sin llamar la atención.

Adriana dejó su maletín en el rellano, se puso el mono blanco, los guantes y protectores en los pies, cogió la cámara y unos conos pequeños enumerados. Quiso adelantar el trabajo de sus compañeros de la científica. Martín se quedó detrás de ella e hizo lo que le decía. Solo les bastó echar un rápido vistazo a la habitación para confirmar que se trataba del mismo asesino.

La víctima se encontraba en la cama, en un gran charco de sangre, con las manos y los pies atados con medias de seda de color beis. La puesta en escena se repetía. Le habían seccionado la tráquea, la herida del cuello se encontraba abierta y había dejado de sangrar. Estaba desnuda y las bragas de color negro yacían al lado de la cama.

Adriana inspeccionó el cuerpo. Tenía la boca tapada con un calcetín para que nadie pudiese escuchar sus gritos y la cara manchada del rímel corrido por las lágrimas que brotaron de sus ojos. Adriana ayudó al equipo de la científica a analizar toda la escena del crimen. Bajaron todas las persianas y cerraron la puerta de la calle, quedándose totalmente a oscuras. Con la luz de la linterna violeta comprobaron si había salpicaduras de sangre por las paredes.

Adriana observó que había pequeñas gotas de sangre en la pared del pasillo, justo enfrente de la puerta de entrada. Eran tan pequeñas que a la luz natural no se apreciaban. En el suelo había un pequeño regadío de sangre que llevaba a la habitación. La moqueta lo había absorbido.

Una vez terminada la inspección ocular, subieron las persianas.

Entraron el forense y la jueza para proceder al acta de levantamiento del cadáver.

Martín se encontraba en el comedor a la espera de que Adriana le informase.

—La víctima recibió un golpe en la cabeza que la dejó inconsciente, fue arrastrada hasta la habitación. El resto ya lo sabes —le dijo mientras se quitaba el mono blanco.

—Me toca los cojones reconocer que se trata de un imitador, la puesta en escena es igual a las que se expusieron en el coloquio de policía en Gijón. —A Martín se le notaba bastante preocupado.

—¿Quieres decir que se trata de un policía?

—Puede ser un policía que participara en el coloquio, el hombre de la limpieza o hasta el médico forense, yo qué sé. De lo que estoy seguro es que habrá más víctimas.

Adriana retrocedió en el tiempo y recordó lo que dijo el criminólogo y psiquiatra sobre los asesinos en serie.

«La mayoría de los imitadores suelen actuar con más agresividad; aunque copien al milímetro los asesinatos, siempre dejan su firma. Quieren que se hable de él y que su obra salga en primera página de los informativos, lo contrario de los asesinos en serie, que actúan con normalidad y se mantienen al margen de cualquier problema. Su fachada será la de una persona normal e íntegra en la sociedad. Los imitadores son diferentes, casi siempre han tenido problemas en su niñez».

—La víctima podía conocer al asesino, la puerta no está forzada —comentó Félix.

—Te equivocas —repuso Adriana—. La víctima fue engañada, abrió la puerta pensando que le traían un paquete, ese fue el motivo de que le abriese la puerta.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Félix mientras Martín se quitaba las protecciones de los pies.

—Por la herida que tiene detrás de la cabeza y las gotas de sangre que hay en la pared de la entrada —se dirigió a Félix—. Normalmente, cuando un conocido llama a la puerta de tu casa, lo dejas entrar y después cierra la puerta, pero nunca le das la espalda. Fuiste el primero en entrar y no te diste cuenta del paquete que había en la entrada.

Martín no pudo ocultar una pequeña sonrisa e inclinó la cabeza mientras Félix salía de la casa con el rabo entre las piernas, como los perros cuando tienen miedo.

—No debes ser tan dura, ellos no tienen la misma preparación que tu —comentó Martín mientras se encendía un cigarro.

—Que no saquen conclusiones anticipadas y tú no deberías fumar aquí. —Adriana metió su herramienta en el maletín.

Martín sabía que Adriana tenía razón y salió fuera a fumarse el cigarro. Bajó la escalera pensando qué relación tenía la primera víctima con esta. Encontró a Félix apoyado sobre el coche, fumándose. Estaba molesto por el comentario de Adriana. Martín intentó que no se lo tuviese en cuenta y le pidió un cigarro.

—Perdona si he sido un poco grosera. —Adriana le dio una palmadita en la espalda.

—No pasa nada, todos estamos un poco nerviosos con estos asesinatos —respondió Félix mientras daba la última calada.

El resto del equipo estaba hablando con los vecinos por si alguien había visto o escuchado algo fuera de lo normal. Pero, como siempre ocurre en estas ocasiones, nadie había visto ni oído nada. El equipo de Martín poco más podía hacer en escena del crimen, así que recogieron sus equipos y regresaron a la comisaría. La Policía Local se encargó de precintar la vivienda.

Martín y Adriana hicieron un alto en el camino antes de volver a la comisaría, se pusieron de acuerdo en enfocar la investigación de forma diferente. Adriana estaba convencida de que se trataba de un imitador de lo sucedido cuarenta años atrás; en esa ocasión, fueron asesinadas seis prostitutas. Cuando llegaron, fueron directamente a hablar con el superior, pero Germán estaba ocupado al teléfono y decidieron esperar. Cuando colgó, golpeo el cristal para que entraran.

—¿Se trata del mismo asesino? —Arqueó las cejas.

—Todo indica que sí —respondió Adriana mientras Martín sacaba un cigarro para fumárselo, pero la mirada de Germán hizo que desistiera.

—¿Tenemos alguna pista o indicio por donde podamos encauzar la investigación? —El superior se levantó del sillón de cuero negro.

—De momento, no tenemos nada. Actúa con mucha precisión y es metódico, se asegura de no dejar ninguna pista. Su forma de actuar no es del todo desconocida para nosotros.

Germán se aflojó la corbata tras escuchar las palabras de Martín y le pidió un cigarro.

—¿Qué quieres decir?

—Hace unos años, Adriana y yo coincidimos en un coloquio de criminología en Gijón; lo dirigía Vicente Soler, si no mal recuerdo, criminólogo y psiquiatra. Expuso la forma de actuar de algunos asesinos y el motivo que los llevaba actuar. Entre ellos, había un asesino en serie que cometió seis asesinatos antes de que lo detuviesen, todas las víctimas fueron mujeres. Proyectaron las fotografías de los asesinatos y la puesta en escena. Cuando vimos a la primera víctima, pensamos que podía ser casualidad, pero lo de hoy confirma que se trata de un imitador.

Martín se levantó de la silla y dio unos pasos por el despacho. Adriana lo observó de reojo.

—¿Cómo se llama ese mal nacido? —preguntó Germán mientras apagaba el cigarro en el marco de la ventana.

—Ezequiel Atenko. La última noticia que tenemos de él es que está encerrado en la cárcel de Teixeiro en la Coruña. Estamos seguros de que es un imitador.

Germán se mostró sorprendido, nunca había escuchado hablar de esos asesinatos. Miró a la científica:

—¿Qué opinas, Adriana?

—Pienso que deberíamos ir al centro penitenciario y mantener una conversación con Ezequiel. Él no ha podido hacerlo, pero tengo la extraña sensación de que nos podrá ayudar de alguna manera. Si no es así, tendremos que pensar que el asesino sea una de las personas que también asistió al coloquio en Gijón.

—¿Quieres decir que el asesino puede ser un policía? —Germán se escandalizó.

—Puede ser. De todas formas, sabemos que tiene conocimientos anatómicos, su corte es preciso y limpio, desde arriba y en diagonal. No todos los asesinos saben hacer ese tipo de cortes —añadió Adriana.

—Preparad el equipaje, mañana a primera hora salís para la Coruña. Os prepararé los permisos para que veáis al tal Ezequiel.

CAPÍTULO 7

Rubén estaba tomándose una cerveza bien fría en su casa, se sentía orgulloso del trabajo que acababa de realizar. Dejó la bolsa de viaje sobre la lavadora, se quitó la ropa y la metió dentro, programó un lavado largo. Sacó el cuchillo de la bolsa de plástico y lo dejo en la pila, lo lavó con legía y lo metió en el lavavajillas para eliminar cualquier rastro de sangre.

Cogió el teléfono y descargó en su ordenador las fotografías de la víctima, las enumeró según sucedieron los hechos. En la primera imagen salía la mujer desnuda tumbada bocabajo y atada de pies y manos. Revisó las imagines una a una hasta el final, donde aparecía degollada en un gran charco de sangre.

Abrió la nevera y sacó una manzana. Después de comérsela, se dejó caer sobre la cama y a los pocos minutos se quedó dormido.

Horas más tarde, se levantó algo confuso. Escuchó unos golpes muy fuertes y se imaginó que la policía había derribado la puerta de la vivienda. Salió al pasillo todo agobiado y vio que la puerta estaba en perfecto estado. Respiró aliviado al recordar que en la planta superior estaban de reformas y de ahí venían los golpes. Pensó que lo mejor que podía hacer era no actuar durante un tiempo.

Puso la televisión por si daban noticias sobre los asesinatos, pero apenas hablaron de ellos. Lo alegró que apenas le daban importancia a sus actos, el pasar desapercibido lo tranquilizaba.

Al siguiente, se levantó de la cama con una tranquilidad pasmosa. Desayunó una tostada de mermelada y un café con leche, cuando terminó, encendió el ordenador. Confirmó la dirección de su próxima víctima. Su maestro le enseñó a perfeccionar el método, la forma de manejar el cuchillo. Sabía practicar un corte limpio en diagonal, seccionando todo lo que se encontraba por medio mientras observaba a la víctima apagarse. Estaba a la altura de muy pocas personas. Pero aquel día se sintió bondadoso, le concedió unos días más de vida a su próxima víctima.

¿Por qué las asesinaba con tanta agresividad? ¿Por qué ese empeño en hacerles sufrir? ¿Qué justificación tenía para actuar de esa manera? Le hacía feliz, se sentía eufórico por el poder que lo embargaba cuando les quitaba la vida.

Mientras se duchaba, observó las cicatrices de su cuerpo. No le producían dolor físico, pero el tormento que sentía al recordar lo que

sucedió le partía en dos el corazón.

Sobre la siete de la tarde, cogió la bolsa de basura y bajó para tirarla al contenedor. Luego, se dirigió al bar a tomarse una cerveza. Al abrir la puerta, vio a la mujer rubia de la otra vez. Estaba tomándose un café. Los dos se miraron y se saludaron con un gesto de la mano.

¿Quién era esa mujer que lo miraba con tanta intensidad?, ¿o era la cicatriz de su cara la que llamaba su atención? Se dio cuenta de que tenía un pequeño moratón en el ojo derecho que intentaba disimular con maquillaje. No tenía que ser un lumbreras para darse cuenta de que se encontraba en problemas. No es que Rubén fuese muy sociable, pero había algo en aquella mujer que llamó su atención. Parecía pedir ayuda con la mirada…, o quizás era un alma solitaria como él.

CAPÍTULO 8

Martín salió de su casa sobre las siete de la mañana con una pequeña maleta, el taxi lo esperaba en la puerta del edificio. De camino al aeropuerto recogieron a Adriana, que los esperaba sentada en un banco de madera que había en la zona común de su casa. Se dieron un saludo frío. Minutos más tarde, el taxista los dejó en el aeropuerto de Madrid Adolfo Suárez. Parecían una pareja enfadada y no dos compañeros de trabajo.

Mientras el resto de pasajeros esperaba para pasar por el control de seguridad, Martín y Adriana lo hicieron por el acceso restringido para la policía, presentaron sus credenciales y se dirigieron a la sala de espera.

—¿Te apetece un café? —sugirió Martín.

—Sí, me sentará bien para despejarme, apenas he dormido un par de horas. —Sus ojeras daban fe.

—¿No será porque has estado pensando en mí? —comentó Martín con una sonrisa irónica.

Adriana lo miró como perdonándole la vida, con las cejas arqueadas. No estaba para escuchar tonterías.

—Vamos a estar muchas horas juntos y lo único que te pido es que te comportes.

—¿Por qué estás tan arisca? Fuiste tú quien pidió estar en Homicidios. —Martín echó el azúcar en el café—. No hagas que me arrepienta antes de lo previsto.

Adriana lo ignoró y se terminó el café, solo habían pasados unos minutos juntos y ya habían tenido diferencias. Sacó de su mochila el expediente de Ezequiel Atenko y lo leyó para hacer tiempo hasta coger el avión.

Al cabo del rato, anunciaron la salida del vuelo Iberia 514 con destino a la Coruña por la salida 44. Adriana guardó los documentos en la mochila y se dirigió al control de pasajeros mientras Martín terminaba su segundo café.

Fueron los primeros en subir al avión, sus asientos eran en primera clase, bastante cómodos. Adriana sacó de nuevo el expediente de Ezequiel y revisó la declaración que hizo cuando fue detenido y llevado a comisaría. En ella, relataba cómo las asesinó y el motivo. Tuvo la sensación de que la confesión fue dictada, detallaba hasta el más mínimo detalle. Le extrañaba que el hombre recordara tantas cosas de sus víctimas. O tal vez le obligaron a confesar algo que no hizo. Algunos asesinos se regodeaban hablando de sus hazañas, pero

lo de Ezequiel rozaba la perfección. Un asesino tan estricto no se dejaría coger tan fácilmente.

A Martín le sorprendió el gesto inquieto de Adriana mientras leía y releía el expediente. Los motores del avión rugieron al iniciar el despegue.

—¿Qué te preocupa? —Se recostó en el asiento de piel.

—¿Has leído las declaraciones de Ezequiel cuando fue detenido?

—La verdad es que no. Lo único que sé de Ezequiel es lo que se comentó en el coloquio. ¿Por qué lo dices?

—Cuando lleguemos a la Coruña te lo explicaré. —Adriana sacó unos auriculares, cerró los ojos y escuchó música durante el vuelo.

Martín no pudo con la curiosidad y cogió el expediente, quería saber lo que había llamado su atención. Adriana había subrayado parte de la declaración, rodeó con un círculo los rasgos físicos, la altura, el peso y una pequeña minusvalía que tenía en el pulgar de la mano derecha. Martín no tardo en comprender lo que Adriana quería decir. Le dio con el codo para llamar su atención. La mujer abrió los ojos, lo vio con el expediente y se quitó los auriculares.

—¿Crees que Ezequiel no es el asesino? —inquirió Martín, incorporándose del asiento.

—No has podido esperar, tu curiosidad no te ha dejado. —Adriana se recogió el pelo con una goma y se hizo una coleta—. Tengo mis dudas de que fuera él.

—¿Lo has deducido simplemente leyendo su expediente? —Martín arqueó las cejas.

Por los altavoces anunciaron que en breves minutos aterrizarían en el aeropuerto de la Coruña. Adriana se ajustó el cinturón de seguridad y se puso los auriculares para seguir escuchando música. El aterrizaje fue perfecto, apenas se notó cuando tomaron tierra. Tras unos minutos en la zona de maletas, cogieron los equipajes y salieron en busca de un taxi que los llevara al hotel NH en el Paseo del Parrote n.2-4. Estaba al lado del casco antiguo y cerca del puerto.

El taxista los dejo en la misma puerta del hotel, Martín se encargó del equipaje mientras Adriana se dirigió a la recepción.

—Buenos días, tenemos una reserva a nombre de Martín y Adriana. —Presentó la documentación.

Después de consultar el registro de entrada, la recepcionista comprobó que había dos reservas en habitaciones separadas.

—Efectivamente, hay dos reservas a nombre de Martín y Adriana. Las habitaciones se encuentran en la séptima planta, la cuarenta y seis y la cuarenta y ocho. En la reserva se especifica que son ustedes policías, les daré las llaves de la caja fuerte para que depositen sus armas.

—Gracias —respondió Adriana al tiempo que cogía las tarjetas de

las habitaciones.

—Nos da tiempo de dejar el equipaje y tomar algo antes de ir a la penitenciaria —propuso Martín mientras esperaban el ascensor. Era el segundo aviso de su estómago, que reclamaba su ración de comida

—Nos vemos en diez minutos en el comedor. Necesito darme una ducha, me siento toda pegajosa.

Ya en la séptima planta, se dirigieron a sus habitaciones, se encontraban una en frente de la otra. Martín entro en la habitación, echó un vistazo, dejó la maleta sobre la cama y se bajó al comedor, su estómago rugía de hambre. Adriana deshizo las maletas y metió la ropa en el armario, luego se desvistió y se dio una ducha rápida. Cuando bajó al comedor, vio a Martín devorando el jamón y el queso de una bandeja.

—Sí que tenías hambre.

—Te aconsejo que pruebes el jamón, está muy bueno.

—Gracias, pero prefiero un café con leche y unas tostadas.

Con el estómago lleno y las pilas recargadas, alquilaron un coche en el mismo hotel y se dirigieron al pueblo de Teixeiro, donde se encontraba el centro penitenciario. Una hora y veinte minutos más tarde, hablaban con la secretaria del director.

—Buenos días, somos el teniente Martín y la suboficial Adriana de la Policía Nacional. Queríamos hablar con el director sobre un preso. —Martín no pudo evitar fijarse en los pechos de la secretaria.

—Esperen un momento, que aviso al director.

Se levantó de la silla y entró en el despacho del director, Martín la siguió con la mirada. Después de unos minutos, se abrió la puerta y salió la secretaria con una sonrisa.

—Pasen, por favor.

Santiago se encontraba de pie al lado de su mesa. Los saludó y les indicó que se sentaran mientras él hacía lo propio en su sillón de cuero negro.

—Recibí la documentación de la comandancia de la policía de Madrid solicitando una reunión con el preso Ezequiel Atenko por una investigación —empezó Santiago.

—Así es, necesitamos hablar con él, tenemos que hacerle algunas preguntas sobre unos homicidios. —Martín observó la cara de pánfilo del director.

—Ezequiel quedó en libertad hace una semana después cumplir con su codena de cuarenta años. Respondimos inmediatamente para comunicarlo.

Martín y Adriana se miraron perplejos.

—¿Usted conocía a Ezequiel? —inquirió Martín.

—Poca información os puedo dar, llevo un año en el cargo y hablé una sola vez con él. Pero hay un funcionario que lo conocía bien. —

Santiago llamó a su secretaria y le dijo que lo avisara para que subiese al despacho.

Minutos más tarde, Raúl llamaba a la puerta. Era un hombre de sesenta años con el pelo canoso y, por la expresión de su cara, con ganas de jubilarse.

—Siéntese, Raúl, le presento a Martín y Adriana. Son policías y vienen de Madrid, querían hablar con Ezequiel. Les he comentado que si alguien lo conocía bien, eras tú. —Los botones de la camisa de Santiago estaban a punto de saltar por aires por la presión que ejercía su barriga.

—¿En qué les puedo ayudar? —dijo Raúl algo tímido.

—¿Cuánto tiempo conociste a Ezequiel y cómo fue? —preguntó Adriana.

—Yo llevaba unos meses en Teixeiro cuando nos reunieron a todos los funcionarios para informarnos de que en unos días vendría un preso muy peligroso que había matado a varias mujeres y que debíamos tener mucho cuidado con él. Dos días más tarde, lo trasladaron de otra prisión. Yo le llevé la comida por primera vez cuando llevaba una semana en la celda de aislamiento. Cuando lo vi, me quedé sorprendido. Yo me esperaba a un hombre grande y musculoso, y fue todo lo contrario. Era más bien pequeño y delgado. Recuerdo que mi compañero Ramón me dijo que ese hombre no podría matar ni a una mosca.

—¿Cómo fue su comportamiento mientras estuvo encerrado? —prosiguió Adriana, era la encargada de hacer las preguntas y tomar anotaciones.

—Que yo recuerde, nunca estuvo implicado en reyertas entre presos, siempre evitaba meterse en jaleos. Durante los primeros seis meses, estuvo en una celda de aislamiento. Salía hora y media por la mañana y una hora por la tarde a un patio reservado para los aislados.

—¿Te llegó a comentar el motivo de su encierro?

—No, nunca preguntamos a los presos por los delitos que han cometido. De todas formas, conocemos sus expedientes. Pero sí le puedo decir que he tratado con algunos asesinos y Ezequiel no daba el perfil.

—Raúl, tu opinión resérvala para ti —saltó el director molesto.

—¿No sabrás dónde se encuentra? Es normal que después de tantos años en el mismo sitio, se cree algo de confianza. Siempre se suele comentar algo. «Cuando salga, me voy a ir a tal sitio», por decir algo —intervino Martín, que había permanecido observando.

—Ahora que lo menciona, recuerdo escucharle decir, unos días antes de su puesta en libertad, que tenía una casa en el pueblo de Redes —dijo Raúl.

—Muchas gracias, Raúl, nos has sido de mucha ayuda. —Adriana

le estrechó la mano.

Los policías se levantaron de las sillas y le agradecieron a Santiago su amabilidad. Después de todo, el viaje había valido la pena. Habían descubierto algo más de Ezequiel. Conforme pasaron los minutos, las sospechas de Adriana sobre el caso Ezequiel se afianzaban. No era la única que pensaba que, por los motivos que fuesen, quisieron cerrar pronto aquella investigación y cogieron al primer sospechoso que se encontraron por el camino. Para Adriana, Ezequiel no cometió los atroces asesinatos, pero sí estuvo relacionado con algunas de las víctimas para que lo incriminaran.

Salieron del centro penitenciario y se dirigieron al *parking* donde tenían el coche, los dos caminaban pensativos. Un metro antes de llegar al coche, Martín se detuvo y miró a Adriana.

—Si Ezequiel no cometió los asesinatos, el culpable aún sigue libre aunque no siguió matando. Puede que Ezequiel encubriera al verdadero asesino.

—Estoy convencida de que no conocía al asesino. Después de pasarse los primeros años en la cárcel hubiese hablado, pero sí tuvo relación con algunas de las víctimas.

—Regresemos al hotel y descansemos, mañana iremos al pueblo de Redes —propuso Martín al mismo tiempo que abría la puerta del coche.

CAPÍTULO 9

Mientras que Martín y Adriana se encontraban en la Coruña, el resto del equipo continuaba con la investigación de los homicidios. Lucia era la encargada de dirigirla. Dividió el equipo en dos grupos: ella y Eduardo se encargaban del primer asesinato mientras Fátima y Félix investigaron el segundo.

Lucia y Eduardo se dirigieron a las oficinas donde trabajó Maribel. Observaron a través de los cristales que no había actividad y las luces apagadas estaban apagadas. Eduardo llamó al timbre. A los pocos segundos, el interior se iluminó. Tess les abrió la puerta para que entraran, en sus ojos se apreciaba que no hacía mucho que había estado llorando.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó Lucia.

—Mal, aún no me hago a la idea de que ya no volveré a ver a Maribel. Les he preparado el listado de los últimos clientes que visitó, como me pidieron. —En su rostro se reflejaba el dolor.

—¿Te comentó si tuvo problemas con algún cliente? Sabemos que en el mercado de las inversiones las cosas no siempre salen como uno espera y se pierde mucho dinero —comentó Eduardo mientras echaba un vistazo a la hoja.

—Nunca tuvimos problemas en ese aspecto, Maribel aconsejaba a los clientes que invirtieran en productos donde el riesgo fuese menor. En el peor de los casos, la cantidad no rebasaba el veinticinco por cien —respondió Tess algo nerviosa.

Lucia y Eduardo le agradecieron su colaboración y salieron de la oficina con el listado que les había proporcionado. Eran conscientes de que les llevaría unos días comprobar todas las coartadas de los clientes de Maribel.

Cuando llegaron a la comisaría, Fátima revisaba las fotografías de las víctimas y Félix leía el informe del forense. Por sus caras, se deducía que se encontraban como al principio, o sea, no tenían nada para encauzar la investigación.

Lucia estaba molesta, quitó las fotografías de las víctimas de la pizarra y las dejó encima de la mesa antes de hablar:

—Tenemos que averiguar si las dos víctimas coincidieron en algún sitio, si iban al mismo gimnasio, si compraban en el mismo supermercado… Tenemos que encontrar un hilo del que tirar.

—Dudo que las víctimas se conocieran, vivían a mucha distancia para coincidir en algún sitio. Adriana comentó que la segunda abrió la puerta con toda la confianza del mundo, que fingiera ser un repartidor

o un cartero tiene lógica —repuso Eduardo mientras volvía a poner las fotografías en la pizarra.

—¿Quieres decir que tenemos que investigar a todos los carteros y repartidores de Madrid? —inquirió Félix mientras se recostaba sobre la silla.

—Sabemos que trabajan por zonas, no podemos hacer otra cosa. Averigüemos qué empresas trabajan por las zonas donde se cometieron los asesinatos y si algún trabajador de correos estuvo por la zona. Tenemos que empezar a descartar a personas, si no, nos volveremos locos —zanjó Lucia apoyando las manos sobre la mesa.

No había tiempo que perder, los teléfonos echaron humo. Pasaron unas horas y ya sabían qué empresas habían repartido por las zonas donde se cometieron los asesinatos. Al principio, la delegación de correos puso pegas para dar los nombres de los trabajadores, amparándose en la protección de datos, pero, tras algunas llamadas, accedieron bajo la amenaza de que podían ser acusados cómplices.

Con toda la información sobre la mesa, se pusieron a investigar. Los primeros en ser descartados fueron los de correos, pues aquellos turnos fueron trabajados por mujeres. Quedaban diecinueve empresas de reparto por investigar. Una hora y media más tarde habían descartado quince porque no repartieron aquellos días. La investigación se centró en cuatro empresas: Tipsa Embajadores, Empresa de Mensajería Madrid, Mensajería y Transportes Risbal y Nacex. Las cuatro tenían entregas por las zonas el mismo día en el que se cometieron los asesinatos.

Fueron empresa por empresa y hablaron con todos los repartidores. Comprobaron los itinerarios de reparto y, aunque trabajaron por las zonas, ninguno se acercó a las viviendas de las víctimas. Fueron horas de investigación que solo sirvieron para hacer el abanico de posibles sospechosos más pequeño. De nuevo, se hallaban en el punto de salida, no podían hacer más, así que solo les quedaba esperar que Martín y Adriana hubiesen tenido más suerte.

En los informativos de varios canales de televisión y algunos periódicos dieron la noticia de las dos mujeres asesinadas. A partir de ese momento, la presión sobre la unidad de Homicidios se acentuó. Por otra parte, el asesino consiguió que se hablase de él cómo una persona fría y calculadora.

CAPÍTULO 10

El despertador del teléfono sonó a las siete y media de la mañana. Martín maldijo el sonido, apenas había dormido unas horas y cuando mejor estaba, se tenía que levantar. Lo primero que hizo fue salir al balcón, la fría brisa del mar hizo que se le pusiese piel de gallina. Tuvo la tentación de meterse de nuevo en la cama y arroparse con las sábanas, pero sabía que si no salía pronto de la habitación, Adriana golpearía la puerta hasta que la abriese.

Se metió en el baño y se dio una ducha rápida. Quince minutos más tarde, salía hacia el ascensor. Dentro olió el perfume de Adriana y eso le hizo sonreír. Al llegar a la recepción, buscó la prensa. Sobre el mostrador se encontraba el periódico *La Opinión A Coruña* y en la portada, con letras grandes, destacaban los asesinatos de dos mujeres en Madrid. Al leer la noticia, le dio una punzada en el estómago. Cogió el periódico y entró en el comedor para desayunar. Vio a Adriana sentada al lado de un gran ventanal desde donde se divisaba el puerto. Saludó a su compañera, dejó el periódico sobre la mesa y se preparó el desayuno. Minutos más tarde, regresó con dos platos: uno con huevos y beicon y el otro con jamón y queso.

—Hoy también te levantas con hambre —observó Adriana mientras se terminaba el café.

—Ha sido al leer la noticia del periódico. Ha hecho que se me abriese el estómago —respondió Martín, cualquier excusa era buena para disfrutar de un desayuno como dios manda.

Adriana lo cogió y leyó la portada, sabía que la noticia de los asesinatos no tardaría en hacerse pública. Dentro de lo malo, se alegró de que no se describiese cómo fueron asesinadas. De momento, no relacionaban las muertes y eso era buena noticia.

—¿De qué te extraña? —le dijo—. Era obvio que los asesinatos saldrían a la luz. Lo bueno es que no han dado detalles y creen que son hechos independientes.

—¿Cómo vamos a averiguar el paradero de Ezequiel? —inquirió Martín mientras acababa con el ultimo trozo de beicon.

—Por el paradero de Ezequiel no te preocupes, está viviendo en la Calle de los Pescadores, en el número treinta y tres.

Martín la miró sorprendido.

—¿Cómo has conseguido su dirección?

—Llamando a la Policía Local del pueblo de Ares —respondió Adriana.

Al poco, se levantaron y salieron a la terraza para que Martín

llenase sus pulmones con el humo del cigarro. Minutos más tarde, se encontraban en el coche con dirección al pueblo de Redes a cuarenta y cuatro kilómetros. Esta ocasión conducía Adriana, Martín se encontraba un poco incómodo por el atracón del desayuno. El teniente estaba indeciso, quería decirle a Adriana que cuando se conocieron, no la engañó y que sus sentimientos por ella eran ciertos. Intentó darle una explicación varias veces, pero Adriana no lo escuchó.

—Adriana, tengo que comentarte algo que llevo mucho tiempo intentando decirte, pero nunca me has dado la oportunidad de hacerlo.

—Sea lo que sea, no es el momento, estamos en medio de una investigación y tenemos que estar centrados —respondió Adriana de forma cortante.

Martín se quedó un poco desconcertado con su fría respuesta.

Segundos después, la mujer se arrepintió, no tenía que haber sido tan brusca. Se sintió mal por no haberle dado la oportunidad de explicarse, pero tenía claro que no se debían mezclar los sentimientos con el trabajo. Conocía a Martín muy bien y sabía de su lado zalamero.

La carretera los llevo hasta la misma plaza de Pedregal, en el centro de Redes. Estaba rodeada en parte por algunas casas indianas en diversos tonos de azul, y por otra parte daba al puerto. Al salir del coche, Martín se quedó fascinado por las vistas.

—El día que me jubile, no me importaría perderme en un pueblo como este.

Adriana sacó su libreta del bolsillo y miró la dirección que tenía apuntada.

—Estamos a cuatrocientos metros de donde vive Ezequiel —comentó.

Cuando se disponía a andar, un hombre se le acercó para decirle que no podía dejar el coche ahí. Martín sacó un logotipo de la policía y lo dejó delante del volante para que se viese bien, con eso quedó todo zanjado.

Caminaron hasta llegar al número treinta y tres, Al ver la fachada, se quedaron sorprendidos por el aspecto deteriorado. La puerta de madera de color verde hacía años que necesitaba una mano de pintura, al igual que las ventanas, que casi se caían a pedazos. Las paredes, que en su día fueron blancas, tenían un color ennegrecido por el moho.

Golpearon la puerta varias veces hasta que escucharon una voz. Pocos segundos después, un hombre envejecido, sin apenas dientes y con cuatro pelos en la cabeza les abrió. El primer pensamiento que cruzó sus cabezas fue que se habían equivocado de casa, no podían imaginarse que la persona que tenían en frente fuese Ezequiel.

—¿Qué desean? —preguntó el esqueleto andante.

—Somos de la policía y queríamos hablar con Ezequiel Atenko —respondió Adriana algo confusa.

—Soy yo, ¿de qué quieren hablar? Yo no he hecho nada —dijo Ezequiel con voz temblorosa.

—¿Podemos pasar? —pidió Martín.

—Sí, pasen y siéntense.

Martín y Adriana entraron en la casa, que más bien parecía una cueva. Al ver el aspecto del interior, prefirieron quedarse de pie.

—No se preocupe, solo hemos venido a hablar. Sabemos que hace poco salió del centro penitenciario. Queremos que nos diga el motivo por el que lo detuvieron y fue condenado a cuarenta años de cárcel —explicó Martín al mismo tiempo que le ofrecía un cigarro.

Ezequiel lo miró con ojos tristes y lágrimas en los ojos, permaneció en silencio algunos segundos, después tomó aire y habló con voz débil y temblorosa:

—Les repetí varias veces que era inocente y que no había matado a ninguna mujer.

—Pero firmaste la confesión y describiste cómo se cometieron los asesinatos —objetó Adriana.

Ezequiel la miró fijamente.

—Después de recibir varias palizas que me rompieron dos costillas y sin apenas dormir en tres días, ¿qué quería que hiciese? Dije lo que ellos me dijeron, apenas tenía fuerzas para firmar la confesión. Solo quería que me dejaran dormir y descansar.

Adriana y Martín se quedaron callados, apenas pudieron tragar saliva.

—Según pone en tu expediente, conocías a una de las víctimas. —Adriana se dio cuenta en ese instante de que Ezequiel tenía una minusvalía en la mano derecha.

—María y yo compartíamos una habitación. Con el poco dinero que ganábamos, no nos daba para alquilar un piso entero. Todo iba bien hasta que yo me quedé sin trabajo y me di a la bebida, ella odiaba verme en ese estado. —Hizo una pausa para coger aire—. El día que la mataron tuvimos una pelea unas horas antes y me fui de la habitación. Pasé dos días borracho y durmiendo por las calles hasta que me detuvieron.

—¿Cómo te hiciste lo de la mano? —preguntó Adriana, convencida de que se había cometido una imprudencia acusándolo de asesino.

—De niño me caí sobre un cristal y me corté los tendones, tuve suerte de que no fue la mano izquierda. —Ezequiel mostró los dos dientes que le quedaban al sonreír.

—¿Por qué dices que tuviste suerte? —Martín observó su mano derecha.

—Porque soy zurdo.

Martín y Adriana se miraron.

—No te molestamos más, Ezequiel, gracias por todo.

Antes de salir de la casa, Martín le dejó el paquete de cigarros y cien euros para que se comprara comida. El hombre le abrazó en señal de su gratitud, aquello fue lo único bueno que había vivido en cuarenta años.

Adriana y Martín se alejaron de allí pensando en cómo se hicieron las cosas tan mal. Tenían claro que el asesino estaba libre y que durante cuarenta años, un inocente pagó por él. Adriana estaba muy cabreada, no entendía cómo se cometieron tantos errores. El causante de las muertes era diestro por la forma de actuar, ningún policía al cargo de la investigación se dio cuenta de que Ezequiel era zurdo y tenía una minusvalía en la mano derecha. Lo detuvieron y acusaron de los asesinatos por el simple hecho de haber mantenido una relación con una de las víctimas. Estaban a punto de subir al coche cuando Martín se detuvo.

—Espera un momento, volvamos a la casa de Ezequiel. Quiero saber quién fue el abogado que llevó su caso.

Cuando Ezequiel les abrió, vieron las lágrimas derramarse de sus ojos.

—¿Por qué llora? —preguntó Adriana con algo de rabia contenida.

—Sois las dos únicas personas que habéis creído en mi inocencia —respondió Ezequiel voz queda.

—Se ha cometido una injusticia contigo y haremos todo lo que esté en nuestras manos para que la verdad salga a la luz. Pero antes quiero saber cómo se llama el abogado que llevó tu defensa —explicó Martín.

—Ese mal nacido se llama Ricardo Sigüenza Fuentes —dijo Ezequiel con rabia.

De camino al coche, Adriana no tuvo que esforzarse mucho para darse cuenta de lo que intentaba hacer Martín.

—Por mucho que te empeñes, no vas a conseguir que te den los nombres de los policías que llevaron la investigación y menos reabrir un caso después de cuarenta años —dijo Adriana mientras abría la puerta del vehículo.

—Pero sí podemos hablar con el abogado y que nos dé una explicación —repuso Martín mientras hacía una llamada a su superior.

Le informó de toda la mierda que habían descubierto. Germán no daba crédito, pero se puso en marcha para darles a Martín y Adriana una autorización para desplazarse a Gijón y seguir con la investigación sin que les perjudicara.

—Sin la autorización de un juez no podemos actuar en Gijón ni investigar algo de hace tanto tiempo —comentó Germán.

—Si queremos resolver el caso de Madrid, es precisó indagar qué

sucedió realmente cuando se cometieron los asesinatos en Gijón. De lo contrario, nos volveremos locos y no conseguiremos nada. Morirán más mujeres y no quiero llevar más muertes en mi conciencia por culpa de unos incompetentes. —El tono de Martín era bastante arisco.

—Martín, no te olvides de con quién estás hablando si no quieres terminar archivando papeles. Volved al hotel y no hagáis nada hasta que yo te llame.

El teniente guardó el móvil y Adriana lo miró de reojo.

—Debes ir con un poco de cuidado cuando hables con Germán, por mucha amistad que tengas con él.

—Salgamos del coche y demos una vuelta por el pueblo, necesito estirar las piernas. Total, no podemos hacer nada hasta que recibamos la llamada de Germán.

Caminaron durante unos minutos por calles que aún retenían la esencia de los tiempos en los que todos sus habitantes se dedicaban a lo que sabían: la pesca. Se sentaron en el único bar que había en el pueblo. La llamada que esperaban se hacía de rogar, así que se tomaron el segundo un café del día con vistas a las aguas tranquilas que bañaban la costa.

Por un momento, se olvidaron del motivo que los había llevado al pueblo. Mantuvieron una conversación tan amena como la de una pareja que está de vacaciones sin ninguna preocupación.

La llamada no llegaba, de modo que se fueron a la playa y anduvieron descalzos por la arena. La poca gente que había se sorprendió al ver a dos personas vestidas con pantalones largos recogidos hasta la rodilla, andando por la orilla de la playa y mojándose los pies. Martín y Adriana estaban ajenos a lo que sucedía en el resto del mundo, sus risas rememoraban tiempos atrás. De vez en cuando se cogían de las manos para no caerse cuando el agua arrastraba la arena que tenían debajo de los pies. De pronto, sonó el teléfono. Los dos se miraron sin saber qué decir por el bochorno.

—Martín, ya hemos enviado la notificación a la comisaría superior de Gijón comunicándoles vuestra presencia. Espero que no me metáis en problemas.

—Gracias, Germán, pasaremos por el hotel a recoger las cosas y nos iremos a Gijón, te tendré informado si hay alguna novedad —respondió Martín mientras se quitaba la arena de los pies.

—Ya se han acabado las vacaciones —comentó Adriana con una pequeña sonrisa.

—¿Cuántos kilómetros hay hasta Gijón? —preguntó Martín poniéndose al mando del volante.

—Doscientos ochenta y dos kilómetros, dos horas y media, más menos.

—Pasaremos por el hotel y cogeremos el equipaje. Si no hay

ningún contratiempo, estaremos en Gijón sobre las dos y media. —Martín aceleró sin perder tiempo.

En la unidad de Homicidios recibieron una llamada que les dejó un poco desconcertados. La Policía Nacional de Navalcarnero había detenido a un hombre que escondía en una bolsa un cuchillo de grandes dimensiones y que podría ser el presunto asesino de las dos mujeres.

El equipo se miró sin dar crédito a lo que acababan de escuchar. Lucia y Eduardo tomaron la decisión de desplazarse a Navalcarnero. Antes de salir, Eduardo envió un mensaje que no obtuvo respuesta y eso le dio qué pensar. Lucia estaba convencida de que el hombre que estaban a punto de ver no era el que buscaban. El asesino era una persona metódica y bien preparada que no dejaba nada al azar, hasta el momento no había cometido ningún error. No se creía que lo hubiesen detenido llevando encima el arma homicida.

Cuarenta minutos más tarde, llegaron a su destino. Lucia presentía que iba a ser una pérdida de tiempo, pero tenían que comprobarlo por muy inverosímil que fuese. Mostraron las acreditaciones al agente de la entrada y preguntaron por el oficial al mando. El agente los acompañó a una sala y avisó a su superior. Lucia aprovechó ese momento para enviarle un wasap a Martín, diciéndole que se encontraban en la comisaría de Navalcarnero. Vio a Eduardo hacer gestos con la cara.

—¿Te encuentras bien? Te noto algo ausente.

Eduardo le contestó con un gesto de la mano. En esos momentos entró Joaquín, la persona a cargo de dirigir la comisaría.

—Se han dado prisa en venir —comentó.

—¿Han averiguado algo del detenido? —Eduardo se levantó de la silla.

—De momento, poca cosa. Repite una y otra vez que el cuchillo se lo encontró tirado al lado de un contenedor. Recibimos la llamada de una mujer algo nerviosa, decía que había un hombre que la había seguido y que había intentado entrar en su casa. Cuando la unidad llegó, descubrieron a un hombre escondido entre unos coches y, al verlos, salió corriendo. Lo siguieron y lo detuvieron. Llevaba el cuchillo escondido en una bolsa de plástico manchada de sangre. Hemos enviado el arma al laboratorio para que la analicen.

Joaquín le iba a entregar la documentación del detenido a Lucia, pero Eduardo se le adelantó. Se comportaba de forma rara, hasta tal punto que a Lucia le molestó.

—¿Podemos hablar con él? —preguntó ella.

Joaquín llamó por teléfono para que subiesen al detenido a la sala de interrogatorios, Lucia pidió un folio en blanco y un bolígrafo para

tomar algunas notas. Minutos más tarde, entró el detenido acompañado por dos policías. Al verlo, Eduardo respiró aliviado, un gesto que a Lucia no se le pasó por alto.

—Todo tuyo —dijo Eduardo.

El hombre se sentó y Lucia le entregó el folio y un bolígrafo para que completara lo que ella había escrito. Joaquín y Eduardo se quedaron mirando mientras que al detenido le costaba entender la letra. Lucia lo observó con mucha atención. Cuando terminó de escribir, se lo entregó.

—Joaquín, por nuestra parte ya se lo pueden llevar —anunció Lucia mientras leía lo que había escrito.

Joaquín la miró sorprendido y esperó una explicación.

—No es el hombre que estamos buscado —sentenció Lucia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Joaquín algo molesto.

—El detenido es zurdo y apenas sabe escribir. El hombre que buscamos es diestro y muy metódico. El detenido no da el perfil de la persona que ha cometido los asesinatos.

—¿Y qué me dices del cuchillo?

—Puede que diga la verdad y que se lo encontrara. Deténgalo unos días hasta recibir los resultados del laboratorio. En caso de que la sangre en el cuchillo pertenezca a una persona, le ruego que nos lo envíe para cotejarlo con el ADN de las víctimas. —Lucia le devolvió la carpeta del detenido y le dio las gracias por todas las molestias.

Salieron de la comisaría igual que entraron, sin nada nuevo en la investigación. Habían pasados varios días desde el último asesinato y seguían como al principio. Sabían que, conforme fuese pasando el tiempo, sería más difícil dar con el paradero del criminal.

—Te veo preocupado y ausente, y te comportas forma extraña —comentó Lucia mientras se subían en el coche.

—Me molesta que no me consultes nada de lo que vas a hacer, tengo la sensación de ser un perrito faldero a tu lado _respondió Eduardo.

—Déjate de gilipolleces, que ya tenemos bastante con la presión que tenemos encima.

Mientras Eduardo conducía, Lucia miró el móvil por si Martín había contestado al wasap. El no tener respuesta la molestó. Sentía algo por su superior y sabía que no estaba bien, pero a veces los sentimientos no son correspondidos y Lucia se sentía desplazada por la llegada de Adriana a la unidad de Homicidios.

CAPÍTULO 11

Rubén se encontraba algo inquieto, tenía la necesidad de volver a actuar, pero su instinto le decía que debía esperar.

Se sentó delante del ordenador y comprobó que su próxima víctima seguía viviendo en el mismo lugar. Tenía que pensar muy bien cómo debía actuar si no quería tener un contratiempo, pues se trataba del último piso de un recinto cerrado y con un portero que controlaba la entrada y salida de las personas que no residían en la comunidad. En esta ocasión, la cosa estaba complicada y necesitaría un plan perfecto.

Se convenció de no actuar de momento, prefería esperar todo el tiempo que fuese necesario. Rubén no era de las personas que dejaban la cosas al azar, lo meditaba todo para cuidar cada detalle. Cuando tuviese la certeza de tener una vía de escape si algo saliese mal, ese sería el momento. Estudiaría muy bien la zona, controlaría cuánto tiempo pasaba el portero en su garita y cada cuánto hacía la ronda. Lo que sí tenía claro era que actuaría de noche. Lo revisó todo para tenerlo a punto por si los acontecimientos se adelantasen.

Rubén era un hombre solitario que desconfiaba de todo el mundo, a excepción de la mujer rubia que había conocido en el bar. Tenía el presentimiento de que ella también había sufrido y que su vida no había sido fácil. Le costaba entablar conversación con la gente porque siempre le hacían preguntas personales y la curiosidad le molestaba mucho, por eso aún no había dado ese paso con ella.

En cambio, ese día hubo algo que le incitó a salir de su fortaleza e ir al bar a ver si, con un poco de suerte, coincidía con su nueva amiga. Salió de su casa, cerró la puerta con llave y bajó por la escalera. Al salir a la calle, acachó la cabeza porque le molestaba que la gente se le quedara mirando la cicatriz de la cara. Conforme se acercó al bar, vio que la mujer se encontraba en el sitio de siempre. Algo en su interior le hizo sonreír, cosa rara en él.

Entró en el bar y lo primero que hizo fue saludarla con un gesto con la cabeza, al que ella respondió con una sonrisa. Pidió una cerveza bien fría y se sentó en un taburete de la barra, el trago le supo a gloria bendita. Giró la cabeza, su amiga lo estaba mirando y le hizo una señal con la mano para que se sentara con ella. Después de meditarlo por unos segundos, aceptó la invitación, cogió la cerveza y sentó a su lado. Aquello era algo fuera de lo normal, pues no se relacionaba con nadie.

—Hola, ¿qué tal? Ho te esperaba hoy por aquí —saludó la mujer

con una pequeña sonrisa.

—Me apetecía tomarme una cerveza. —Sin darse cuenta, se le escapó una risa.

—Me llamo Sonia. —Le tendió una mano.

—Y soy Rubén. —Sintió algo extraño con el contacto con su piel.

—Cuando termino de trabajar, me gusta tomarme un café con leche antes de ir a casa —comentó Sonia.

—¿Trabajas cerca de aquí?

—Sí, soy enfermera, me contrataron para cuidar a una mujer mayor que está enferma.

—¿Por qué no la llevan a una residencia, como hace la mayoría de la gente?

—Su familia no quiere, prefieren que esté en su casa bien cuidada y que no sufra en los últimos días de su vida —respondió ella con un semblante más serio.

Rubén se encontraba cómodo en la compañía de Sonia, había olvidado lo que era tener una persona con quien poder hablar sin preocuparse de la cicatriz. Pensó que quizás Sonia fuese diferente a las mujeres que tanto daño le hicieron simplemente por su imagen, sin darle tiempo a conocerlo.

Entendía muy bien cuando Sonia hablaba de cuidado y de sufrimiento. Desde muy pequeño, supo lo que eso significaba. Su mente viajo varios años atrás y recordó cuando permaneció ingresado en el hospital debido a un accidente de tráfico. Su cara quedó desfigurada por los múltiples cortes que le produjeron los cristales rotos. Después de pasar varias veces por el quirófano para reconstruirle la cara, los dolores eran insoportables. Cuando por fin terminaron las operaciones y le quitaron las vendas, llegó el momento de mirarse al espejo. El impacto fue tan grande que perdió el conocimiento.

Los siguientes días fueron muy duros para él, entró en una depresión muy grande e intentó suicidarse. Tanto el psiquiatra como el psicólogo se esforzaron mucho para hacerle entender que no estaba todo perdido. Era un proceso que tenía que superar. La piel de su cara no soportaba más operaciones, tenía que darle tiempo a que se regenerara por sí misma un tiempo para hacerle una cirugía facial.

El psiquiatra lo esperaba en la consulta para hablar con él, tenía una sorpresa antes de dale el alta médica.

—¿Cómo te encuentras, Rubén?

—Lo único que deseo es morirme y acabar con todo, en esta vida solo he sufrido.

Rubén estaba dispuesto a quitarse del medio, desde muy joven su vida se había convertido en un infierno.

—No debiste coger el coche y menos en las condiciones que ibas, pero aquello ya pasó y la vida es bella y hay que vivirla. Lo mismo que te quita, luego te lo recompensa. Igual que te ayudé cuando eras un niño, te ayudaré ahora. Te conviene estar apartado de la sociedad durante un tiempo. Cuando estés recuperado, tendremos una conversación que le dará sentido a tu vida, te daré un motivo para vivir y poder resarcirte del peso que llevas. Tendrás la oportunidad de poner tu vida al día.

Después de que le dieran el alta en el hospital, el psiquiatra se encargó de proporcionarle una vivienda en un pueblecito alejado de Madrid. El único contacto que tenía con el mundo exterior era una mujer que se encargaba de pasarse una vez al día para llevarle alimentos y comprobar que se encontraba bien. La mujer llamaba a la puerta, le dejaba la compra y se alejaba unos metros, esperaba a que la puerta se abriese y luego se iba.

Rubén estuvo un año entero sin salir, encerrado entre las paredes de su propia cárcel. Meses más tarde, tomó la decisión de mirarse al espejo para aceptarse tal y como realmente era. No pudo soportar lo que vio y rompió a llorar. «Soy un monstruo», se repetía una y otra vez. Su locura fue en aumento. Apenas comía, no dormía tres horas seguidas —sus ojeras se disfrazaban entre sus cicatrices—, su deterioro físico era lamentable. Si no ponía remedio a esa situación, conseguiría lo que tantas veces había intentado: poner fin a su vida.

Un día como otro cualquiera, la mujer le llevó la compra, la dejó en el suelo y llamó a la puerta. Esperó unos minutos y como la puerta no se abría, volvió a llamar. Nada ocurrió y se temió lo peor. Fue al lateral de la vivienda, donde había una ventanita de madera, cogió una palanca de hierro y la forzó hasta abrirla. Vio a su inquilino tumbado sobre la cama sin reaccionar a sus gritos. La mujer llamó por teléfono a emergencias y una hora más tarde, una ambulancia se presentó en el lugar, forzaron la puerta y comprobaron que el hombre aún seguía con vida. Lo reaminaron, estabilizaron y se lo llevaron al hospital. Al día siguiente, lo visitó el psiquiatra. Después de examinarlo y hablar con él, tomó la decisión de ingresarlo en un centro psiquiátrico para su recuperación.

Pasó dos años internado en el centro psiquiátrico hasta que llegó el día que tanto había esperado. Le comunicaron que lo trasladarían al hospital del día Pío XII para someterse a una operación de cirugía estética. Rubén pensó que su pesadilla se terminaría muy pronto y que todo volvería a la normalidad.

En el quirófano estaba todo preparado para la cirugía, el equipo médico lo formaban ocho personas, tres cirujanos, cuatro enfermeras y un anestesista. Después de cinco horas, la operación terminó, pero no con el objetivo previsto. La parte izquierda de la cara se la

reconstruyeron sin apenas problemas, pero con la parte derecha sí los hubo. La piel se le rompía cuando intentaban estirarla y le quedó una cicatriz de medio centímetro de ancho que le recorría prácticamente todo el lateral de la cara.

Permaneció quince días sedado y con la cara vendada, las curas eran bastante dolorosas y era mejor que estuviese en coma inducido. Tenía el rostro completamente hinchado, parecía de todo menos la cara de una persona. Los días pasaron y la inflamación bajó, los antibióticos que le suministraron a través de los goteros cumplieron con su función.

Cuando le retiraron las vendas y vieron el resultado de la cirugía, el equipo médico se mostró optimista, así que lo despertaron. Cuando Rubén abrió los ojos, lo primero que hizo fue tocarse la cara. Al no notarse las cicatrices, unas lágrimas salieron de sus ojos.

—Rubén, ¿cómo te encuentras? —preguntó el jefe de cirugía.

—Un poco aturdido. —Quería seguir tocándose la cara, pero no le dejaron por la posible infección.

—Hemos podido reconstruirte al completo la parte izquierda, te han quedado marcas de los puntos, pero cuando se baje por completo la inflamación, apenas se te notará. En la parte derecha hemos tenido más problemas porque la piel estiraba cuanto queríamos y corríamos el riesgo de que se rompiera. Hemos hecho todo lo humanamente posible y estamos muy satisfechos con el resultado a pesar de la cicatriz que te ha quedado.

La expresión de Rubén cambió.

—¿Pueden dejarme un espejo para que me vea?

La enfermera se lo dio y Rubén se lo acercó despacio. Primero se miró la parte izquierda de la cara y le sorprendió el resultado para bien. Con algo temor, se miró la parte derecha. Tras ver la cicatriz, le dio menos importancia de lo que el equipo médico se esperaba.

—Por lo menos ahora parezco una persona —alegó Rubén con una pequeña sonrisa.

—Tendrás que seguir un tratamiento durante mucho tiempo, la piel de la zona derecha está muy sensible y tendrás que llevarla tapada durante unos días para evitar una posible infección —explicó el doctor—. No te podrás tocar de momento y tendrás que dormir boca arriba. Las enfermeras se encargarán de hidrátate la piel todos los días.

Tres días después, cuando todo indicaba que la recuperación iba según lo previsto, la piel no aguantó y empezó a romperse como un papel frágil. eso le produjo una pequeña Las heridas se infectaron y empezaron a supurar.

Los antibióticos no funcionaron y tuvieron que operarle de

urgencia. El equipo médico solo pudo hacerle un injerto de su propia piel. Al final, le quedó una cicatriz bastante pronunciada que recorría desde la ceja hasta la barbilla.

Permaneció en coma inducido mientras las heridas cicatrizaban. Necesitaría ayuda psicológica para aceptar su nueva imagen. Don Vicente, jefe de psiquiatría del hospital militar, tendría más trabajo de lo normal con Rubén, pues era el momento de tener la conversación que dejaron pendiente. Le ayudaría a encontrar un motivo para que siguiese con ganas de recuperarse y seguir viviendo. De lo contrario, sería cuestión de tiempo que Rubén se quitara la vida.

CAPÍTULO 12

Sobre las cuatro de la tarde, Martín y Adriana llegaron a Gijón un poco más tarde de lo previsto. Poco podían hacer, el tiempo se les echó encima y tendrían que posponer la visita al abogado para el día siguiente. El hotel donde tenían la reserva se encontraba en la calle Fleming número setenta, apenas unos minutos de distancia de su despacho. Tenían ganas de llegar al hotel y descansar, pues el viaje se había hecho más pesado de lo que habían pensado.

Cuando llegaron al hotel, lo primero que hizo Adriana fue pedir en recepción la clave de wifi para conectarse a la red. Entró en la cafetería, se pidió un café largo y se sentó al lado de un cuadro enorme con la imagen de la ciudad de Gijón.

En menos de un minuto, se descargó el listado de abogados que ejercían en la ciudad, puso el nombre el Ricardo Sigüenza Fuentes en el buscador y le salió todo lo relevante al abogado: su dirección, número de teléfono y el tiempo que llevaba ejerciendo. Se dio cuenta de que su comienzo en la profesión coincidía con la fecha del juicio de Ezequiel.

Adriana marco el número de teléfono que aparecía en el historial y después de varios tonos, alguien contestó al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, pregunto por don Ricardo Sigüenza Fuentes.

—Sí, es mi padre. ¿Quién le llama? —respondió Jorge.

—Somos de la Policía Nacional y precisamos hablar con su padre.

Segundos más tarde, Ricardo se puso al teléfono.

—Hola, soy Ricardo, ¿qué desean?

—Buenas, somos de la policía nacional. Le llamo porque nos urge hablar lo antes posible con usted. Si pudiéramos vernos mañana en su despacho sobre la diez nos haría un gran favor —Adriana habló con tono suave.

—Tenía una reunión a esa hora, pero la puedo aplazar —respondió Ricardo.

—Se lo agradecemos muchísimo.

—¿Puedo saber cuál es el motivo por el que quieren hablar conmigo? —inquirió Ricardo algo pensativo.

—No se preocupe, es sobre un caso que llevó hace unos años.

—¿Me pueden decir cuál es por si tengo que buscar el expediente? —Adriana se dio cuenta de que el tono de voz de Ricardo cambió.

—Se trata de Ezequiel Atenko.

Un silencio se hizo a la otro lado de la línea.

—De eso hace muchos años, no sé si conservaré la información de

ese caso. Mañana nos vemos —balbuceó preocupado.

Después de eso, colgaron. Martín entró en la cafetería con las tarjetas de las habitaciones en la mano.

—¿Has podido hablar con el abogado? —Hizo movimientos con la espalda en señal de dolor.

—Sí, he quedado con él a las diez de la mañana —contestó Adriana pensativa mientras consultaba los casos que llevó Ricardo en esa época.

Martín vio la expresión de su cara.

—¿Hay algún problema?

—No, todo está bien, son cosas mías. —Sonrió y apagó el ordenador.

Salieron de la cafetería para subir a sus habitaciones, Martín seguía quejándose de la espalda. Al pasar por la recepción, preguntó a la recepcionista si el hotel ofrecía servicios de masaje.

—Disponemos de una sala de spa y varios tipos de masaje —informó la recepcionista con una sonrisa de dentadura perfecta.

—Tengo unas molestias en la espalda y un masaje me vendría bien.

—¿Quiere que le reserve una sesión?

—Sí, por favor.

Ya en la habitación, Martín se dejó caer sobre la cama. El dolor iba en aumento, apenas podía moverse, pero hizo el gran esfuerzo para levantarse y meterse en la ducha. Abrió el agua caliente y dejó que corriese por su espalda. A los pocos segundos, notó una pequeña mejoría, permaneció ahí hasta que el teléfono de la habitación empezó a sonar. Salió de la ducha desnudo, deseando que fuese su hora del masaje.

—¿Sí?

—Le llamo de la sala spa para su masaje —dijo una mujer con acento oriental.

Martín se vistió lo más rápido que pudo y bajó con la esperanza de salir como nuevo.

Al entrar en la sala, una mujer con rasgos orientales lo esperaba. Le llevó a una pequeña habitación donde había una camilla, una estantería con toda clase de cremas y un biombo.

—Quítese toda la ropa y póngase la toalla por la cintura —indicó la masajista.

Martín se puso detrás del biombo, se desvistió y dejó la ropa en la percha. Se puso la toalla en la cintura, se tumbó bocabajo en la camilla y dejó caer los brazos. La masajista no tardó en darse cuenta de que Martín estaba muy tenso y era preciso que se relajara.

Lo cogió de la cabeza y la movió de un lado a otro. Con un movimiento seco, liberó sus vértebras y el cuello se destensó. Le dio un masaje en la planta de los pies que lo dejó totalmente relajado.

Luego, le bajó la toalla lo suficiente para dejar medio culo a la vista. Le roció un líquido y lo extendió por toda su espalda para que la piel lo absorbiese, Martín sintió un calor placentero en la espalda, estaba tan a gusto que se quedó medio traspuesto.

Cuarenta minutos más tarde, la masajista terminó con su trabajo y le dio un golpecito en el hombro para que se despertara. Martín abrió los ojos sin saber dónde estaba, eran los primeros minutos del día sin dolor. Se encontraba tan relajado y sin molestias que se levantó de la camilla sin percatarse de que se le había caído la toalla. Dejó su cuerpo desnudo a la vista de la masajista, que sonrió. Martín salió de la sala de spa flotando.

A las ocho de la mañana del día siguiente, el despertador sonó. Martín se levantó de la cama sin ninguna molestia en la espalda y eso le puso de buen humor. Salió al balcón y vio que el cielo estaba cubierto por unos nubarrones que en cualquier momento dejarían caer el agua que retenían. Salió de la habitación y llamó a la puerta de Adriana, tras esperar unos segundos, dio por hecho que Adriana ya estaría desayunando.

Sin embargo, al entrar al comedor, no la vio por ningún sitio. Normalmente, era ella la primera en bajar. El estómago de Martín rugió, así que decidió que la esperaría comiendo. Se sirvió un huevo frito, tres cortadas de beicon y dos piezas de jamón york, un desayuno completo para empezar bien el día. Mientras lo devoraba, Adriana apareció por la puerta. Sus ojeras le dijeron que no había pasado buena noche. Se acercó a la mesa y dejó una libreta, luego se fue a por el desayuno: un café con leche y dos tostadas con mantequilla y mermelada.

—Hoy tienes más apetito de lo habitual —le dijo al sentarse.

—Anoche no cené y esta mañana cuando me he levantado, me quería comer a Cristo por los pies. Después del masaje, me fui a la habitación, me dejé caer en la cama y me quedé dormido hasta que ha sonado el despertador. Hacía mucho tiempo que no dormía tantas horas seguidas.

—Tus ronquidos se oían desde la puerta, te llamé para cenar, pero no te enteraste.

—Tienes cara de cansada, no has dormido bien, ¿verdad? —preguntó Martín mientras se comía la última cortada de jamón york.

—Como no me podía dormir, comprobé los casos del abogado. Me llamó la atención que llevó algunos bastante relevantes sin apenas tener experiencia. Tengo la impresión de que, en vez de defender a sus clientes, colaboraba con la fiscalía. Todos resultaron culpables por los delitos por los que les acusaban.

—En apenas una hora saldremos de dudas. Por cierto, ¿recuerdas

cómo se llamaba el forense que nos dio la charla cuando asistimos al coloquio? —inquirió Martín al tiempo que se levantaba de la silla.

—No recuerdo su nombre. —Adriana se levantó también, ya con las pilas cargadas—. Lo curioso es que yo también he pensado en él.

Pensaron en ir andando a visitar al abogado, pero las nubes amenazaban con lluvias y prefirieron coger un taxi. A los pocos minutos de subirse, cayeron pequeñas gotas que precedieron a un buen chaparrón, provocando atascos en el tráfico. Llegaron a la Avenida de la Costa número dieciocho con algo de atraso.

El edificio era unos de los más antiguos de la ciudad, destacaban las grandes columnas y la piedra artificial, así como los ventanales. En el interior, las paredes eran de mármol rojizo y en el techo había escocias. El viejo ascensor los llevó a la segunda planta. En la tercera puerta había una placa «Ricardo Sigüenza abogados». Adriana llamó al timbre y en pocos segundos les abrió un hombre trajeado con buena presencia y barba de unos días.

—Buenos días, venimos a ver al señor Ricardo —dijo Adriana con una pequeña sonrisa.

—Pasen, por favor —respondió.

Se quedaron asombrados. Unas grandes estanterías repletas de libros decoraban las paredes, también había una mesa enorme de color caoba oscuro, se notaba que era madera maciza. Ricardo se encontraba al otro lado de la mesa, en una silla de estilo barroco con tapizados en color granate.

—Siéntense, por favor —indicó.

Después de unos segundos en silencio, Adriana fue la encargada de hablar.

—Como ya le anticipé ayer por teléfono, estamos llevando una investigación sobre unos asesinatos que han sucedido en Madrid. La semejanza de los hechos nos llevó a un caso de la ciudad de Gijón en el año mil novecientos ochenta, si no me equivoco. Ezequiel Atenko fue detenido y acusado por los asesinatos de cinco mujeres. Nos consta que fue usted el asignado para su defensa, es de suma importancia saber cómo ocurrieron los hechos.

—Supongo que habrán leído su expediente, en él está todo detallado. ¿Qué más les puedo decir después de cuarenta años?—dijo el hombre a la defensiva.

—Por supuesto que lo hemos leído y no hay que ser un lumbrera para darse cuenta de que la mayor parte de los escrito en ese expediente es mentira. —Martín miró al abogado con aspecto intimidante.

—¿Me están acusando del algo? —inquirió el abogado mientras se reclinaba en el respaldo de la silla.

—Como ya le dije ayer, esto no va con usted y no se tiene que

preocupar por nada, no hemos recorrido media España para que nos diga lo que ya sabemos, queremos que nos diga lo que desconocemos. Ezequiel no pudo cometer eso asesinatos por dos motivos: es zurdo y su mano derecha tiene una discapacidad que no le permite mover los dedos con normalidad. Cualquier forense o abogado se hubiese dado cuenta. A no ser que se viera obligado a pasar esos detalles tan importantes por alto. —Adriana arqueó las cejas.

El abogado se quedó en silencio. El hombre apuesto que les abrió la puerta entró en el despacho. Al ver la expresión de su padre, enseguida comprobó que algo no iba bien.

—¿Que sucede? —preguntó Jorge preocupado.

—No te preocupes, no pasa nada. Ven y siéntate a mi lado.

Martín y Adriana se miraron mientras el abogado cogía aire, dispuesto a hablar.

—Hacía pocos meses que había terminado la carrera y me inscribí en el colegio de abogado. Empecé trabajando para un prestigioso bufete de abogados, aunque mi labor consistía en escribir informes y asistir a los juicios como acompañante.

»Cuando se conocieron los asesinatos por la prensa y la detención de Ezequiel, me llamó Jesús, el director del bufete, y me comentó me que iban a presentar todos los documentos necesarios para que pudiera ejercer como abogado de oficio. Al principio, me alegré mucho, pero sabía que eso no podía ser porque para ello debía tener una experiencia de tres años y yo contaba con apenas siete meses. Me dijo que no me preocupara, que ellos se ocuparían de todos los trámites. Y así fue. En pocos días, me notificaron que podía ejercer como abogado de oficio. No supe cómo lo consiguieron, me resultó extraño, y con razón.

»Me informó de que llevaría la defensa de Ezequiel, pero tenía que hacelo como abogado independiente, el nombre de bufete no podía aparecer por ningún sitio. Me aseguraron que siempre estaría respaldo por el bufete si fuese necesario. Creérmelo fue mi primer error. Después de visitar a Ezequiel en la cárcel, me di cuenta de que me habían preparado una encerrona. Apenas me dejaron hablar con él.

»Yo también tuve mis dudas de que cometiera esos repugnantes asesinatos, pero todas las pruebas apuntaban a Ezequiel me vi presionado tanto por el bufete como por la fiscalía.

Martín y Adriana se miraron, no porque estuviesen sorprendidos o por lo que el abogado confesó, sino porque sus sospechas se confirmaban.

—Me cuesta comprender que no hicieras nada para demostrar la inocencia de Ezequiel. Enviaste a un inocente a la cárcel durante más de cuarenta años. —Martín lo miró fijamente.

—No pude hacer nada para demostrar su inocencia, aun me cuesta

reconciliar el sueño cada que me acuerdo de él —respondió el abogado, visiblemente incómodo y con la voz entrecortada. Su hijo lo miraba sorprendido—. Por esa época, Ezequiel había cometido algunos delitos de hurto con violencia, no hubiese evitado la cárcel. Sé que no es excusa, quise hacer algo para ayudarlo, pero el puto forense presentó un informe demoledor que me dejó sin defensa alguna.

En ese momento, Martín y Adriana se sorprendieron, por fin el abogado dijo algo que les llamó la atención.

—Me amenazaron con impedirme ejercer si no seguía el guion que ellos habían establecido —prosiguió—. Necesitaban una cabeza de turco y ese fue Ezequiel, había que calmar los ánimos que había por aquellos tiempos.

—¿Me puedes decir algo más del forense? —preguntó Adriana, adelantándose a Martín.

—Vicente Soler Expósito es su nombre. Por cierto, tenía mucho interés en que Ezequiel fuera declarado culpable de los asesinatos. Una vez coincidimos cuando visité a Ezequiel a la cárcel antes de su traslado. Le pregunté qué motivos tenía para presentar un informe así cuando había sospechas de que Ezequiel no fuese el asesino. Me miró fijamente y se rio en mi cara, me dijo que no me entrometiera en su trabajo o lo pagaría muy caro.

»Un celador de la cárcel que escuchó la conversación y que conocía muy bien al forense me aconsejó que no me enfrentara a él si no quería acabar yo en la cárcel o tirado en un descampado. Días más tarde, me enteré de que era el hijo del gobernador de Asturias y que tenía rango de capitán de la Guardia Civil. Alardeaba haciendo coloquios de criminología y psiquiatría para la policía.

—Sabemos que también llevó la defensa de algunos casos delicados y todos resultaron culpables con la máxima condena posible. ¿Por qué lo hizo? —inquirió Adriana.

—Sin darme cuenta, me metí en un sistema corrupto. La fiscalía dirigida por Asunción Martínez necesitaba ganar casos para llegar a juez y colaboré con la fiscalía, haciendo que los detenidos asumieran su culpabilidad para que sus penas fuesen rebajadas.

Adriana y Martín se miraron.

—No le molestamos más, Ricardo. Muchas gracias por su tiempo y colaboración, nos ha sido de mucha ayuda —dijo Martín al tiempo que se levantaron y salieron del despacho.

El abogado se quedó inmóvil con la vista perdida mientras Jorge los acompañó hasta puerta.

Dos calles más abajo había un restaurante en el que hacían carne a la brasa. Adriana miró la hora y propuso hacer un alto en el camino. Mientras esperaban a que les sirvieran la comida, sacó el móvil y buscó en el navegador el nombre de Vicente Soler Expósito. La

información que leyeron no les sorprendió. Era profesor de psiquiatría y medicina forense en la Universidad de Asturias, asumió la dirección del laboratorio forense de la Guardia Civil por unos años. Fue colaborador de la Policía Nacional en la medicina forense, tertuliano en algunos programas de televisión y posteriormente dio coloquios a la Policía Nacional sobre el comportamiento de psicópatas y asesinos.

Al final del largo historial salía su dirección y el teléfono de su despacho, Adriana llamó y consiguió que les atendiera a las cinco de esa misma tarde. Desde el comedor del restaurante, Martín vio una tienda de electrónica que estaba a punto de cerrar. Se levantó sin decir nada y salió del restaurante. Adriana lo siguió con la mirada. Minutos después, Martín salió con una caja y una pequeña sonrisa maliciosa. Cuando volvió al restaurante ya tenía la comida sobre la mesa, dejó la caja en la silla y sin decir nada se puso a comer.

—¿Qué has comprado? —preguntó Adriana mientras daba un trago de agua.

—Una grabadora, tengo la sensación de que la reunión con el forense va ser muy fructífera y no debemos desaprovechar nada de lo que nos diga.

Dos horas más tarde, Martín y Adriana se encontraban en frente del despacho del psiquiatra. Era la misma persona que tiempo atrás les dio una charla bastante interesante sobre unos crímenes que sucedieron en la ciudad de Gijón.

Al momento de llamar al timbre, les abrió un hombre apuesto con el pelo engominado echado hacia atrás. Su aspecto les sorprendió, no lo recordaban así. La última vez que lo vieron estaba un poco más gordo, con menos pelo y entradas bastante pronunciadas. Pasaron a una sala con sillones bastantes cómodos y una mesa pequeña con una bandeja con vasos y una botella de agua.

Martín activó la grabadora y se la puso en el bolsillo de la camisa, la distancia que lo separaba del psiquiatra era apenas un metro y medio, lo suficiente cerca para que el audio se grabara sin ningún problema.

—Le agradecemos que nos atienda con tan poco margen de aviso —dijo Adriana.

El psiquiatra los miró en silencio unos segundos, estaba seguro de haberlos visto, pero no recordada dónde.

—¿Nos conocemos de algo? —preguntó.

—Asistimos a un coloquio de criminología hace dos años —explicó Martín muy relajado.

—Pensé que eran periodistas que venían a hacerme una entrevista. —Era notable su decepción.

—Somos policías, estamos investigando unos asesinatos que se han

producido en Madrid. La curiosidad es que la puesta en escena es idéntica a la que usted describió en los asesinatos que cometió Ezequiel Atenko y hemos pensado que usted nos podría ayudar. —El psiquiatra arqueó las cejas mientras apoyaba la espalda en el respaldo del sillón—. Como usted afirma en sus exposiciones, hay que conocer bien al asesino para conocer bien a los posibles imitadores.

—Recuerdo muy bien los asesinatos que cometió Ezequiel, por esas fechas dirigía el laboratorio forense de la policía. Al examinar las heridas en los cuerpos de las víctimas, pudimos realizar un estudio de cómo actuó el asesino. En todos los homicidios siguió un patrón. Primero las dejaba inconscientes, después las desnudaba. Observaba su cuerpo y los acariciaba. Les ponía un viso blanco y les ataba las manos a la espalda con unas medias de nailon de color beis.

»Cuidaba los detalles al milímetro. Cuando tenía a la víctima como él quería, las despertaba. Estas entraban en pánico, pues pensaban que las iba a violar. Las amenazaba con el cuchillo para que no se resistieran. Ezequiel las ponía de rodillas y se colocaba por detrás, con la mano izquierda les tocaba los pechos con fuerza y poco a poco las incorporaba hasta echarles la cabeza hacia atrás. Seguidamente, con la mano derecha realizaba un corte profundo en diagonal, seccionándoles la yugular y causándoles la muerte instantánea.

Adriana y Martín se miraron sorprendidos por el nivel de detalle.

—¿Se encontró el arma homicida? —preguntó Martín mientras Adriana se fijaba en los gestos del forense.

—La policía no dio con ella —respondió.

—¿Qué tipo de cuchillo usó para matarlas?

—Tal vez un escalpelo o un cuchillo muy afilado, ya que los cortes eran limpios —explicó el forense.

—Si no encontraron el arma homicida, ¿cómo relacionaron la muerte de las mujeres con Ezequiel? —El forense estaba tan centrado en sus explicaciones que no se dio cuenta de las intenciones de Martín.

—Según consta en su expediente, cuando detuvieron a Ezequiel, tenía la ropa manchada de sangre. Los resultados del análisis revelaron que pertenecía a una de las víctimas —respondió tajante.

—Se me plantean algunas dudas —dijo Martín—. Imaginémonos por un momento que yo soy el asesino. Según lo que usted dice, me pongo detrás de la víctima, que en este caso es mi compañera. Ella tiene las manos atadas por detrás para que no pueda defenderse. Con la mano izquierda le cojo de la barbilla y le echo la cabeza hacia atrás. Con la mano derecha le secciono el cuello en forma diagonal. Hasta aquí todo correcto. —La mirada del forense estaba centrada en los movimientos de Martín—. Primera duda: ¿cómo puede tener manchas de sangre en la ropa si está protegido por el cuerpo de la víctima? Cuando se realiza el corte, la sangre sale hacia adelante con fuerza, no

hay posibilidad de que le salpiquen hacia atrás las gotas de sangre.

»Segunda duda: si resulta que yo soy zurdo, utilizo la mano izquierda para todo y además tengo una minusvalía en la mano derecha, con la que apenas puedo coger un cuchillo para comer, me explica cómo puedo cortar el cuello a una persona con la mano derecha realizando un corte profundo y totalmente limpio?

El forense se quedó en silencio con la mirada perdida. Al cabo de unos segundos, habló con tono ofendido y se levantó del sillón:

—¿Qué me quieren decir, que hice mal el informe forense?

—No es que usted hiciera mal su informe, me atrevo a ir más lejos: su informe es pura basura. Lo redactó sin tener en cuenta que el detenido era zurdo y tenía una minusvalía en la mano derecha que le impedía coger un cuchillo con fuerza. —Martín se encontraba en uno de sus mejores momentos mientras Adriana era una simple espectadora.

—¿Ustedes saben quién soy? —el hombre alzó la voz.

—Usted es Vicente Soler Expósito, hijo del exgobernador civil de Asturias con rango de capitán de la Guardia Civil… y un farsante. —Finalmente, Adriana se pronunció—. Por su culpa, un inocente estuvo metido en la cárcel cuarenta años mientras el verdadero asesino se encuentra en libertad. ¿Por qué lo hizo? No lo sé, quizás porque conocía al verdadero asesino. La suerte que tiene usted es que han prescrito todos los delitos y no podemos hacer nada al respecto. De lo contrario, lo detendríamos por obstrucción a la justicia y por posible colaborador en los asesinatos de lseis mujeres.

—¿¡Cómo se atreven a decir semejante tonterías!? —El forense estaba fuera de sí, soltó algunos improperios.

—Hay aspectos que usted ha descrito de los homicidios que solo conoce el mismo asesino o alguien que estuvo presente en ellos. —Martín se acercó tanto al forense que notó cómo se aceleró su corazón.

Martín y Adriana salieron del despacho mientras Vicente se quedó inmóvil sentado en su sillón. Ya sabían todo lo referente a los asesinatos acontecidos cuarenta años atrás y nada los retenía para regresar a Madrid.

Volvieron al hotel e hicieron un informe detallado de todo lo que habían averiguado. En él describieron el nefasto resultado del forense con la sospecha que él supiese quién era el verdadero asesino. Añadieron la falsa investigación de Ezequiel y que tanto el juez del caso como la fiscalía y el abogado defensor estuvieron de acuerdo en que Ezequiel fuese declarado culpable sin pruebas determinantes.

Al terminar de redactar el informe de seis páginas, se dieron cuenta de que se había hecho bastante tarde. Apagaron el ordenador y bajaron a cenar, pero se toparon con que los camareros estaban recogiendo las mesas. Una de las camareras se acercó a ellos y les

preguntó si querían cenar. Adriana se disculpó por las molestias. La camarera les indicó una mesa y les comentó que en cuarenta minutos cerraban el comedor.

Tuvieron tiempo de sobra y hasta les sobraron diez minutos porque apenas pudieron probar bocado. Martín y Adriana eran conscientes de que regresarían a Madrid con las manos vacías. Habían viajado con la intención de conocer mejor los métodos que el asesino de Madrid estaba utilizando, ya que eran imitaciones de los asesinatos que se produjeron en Gijón, pero no habían sacado nada de provecho.

Ambos estaban convencidos de que el asesino de Madrid estuvo dos años atrás en el mismo coloquio de criminología que ellos. De alguna manera, obtuvo acceso al expediente del verdadero asesino, que el ponente de la charla conocía muy bien y que nada tenía que ver con el falso expediente de Ezequiel.

Cuando subieron a las habitaciones, se despidieron sin mirarse a la cara. En cierta manera, se sentían molestos por todo lo que le había sucedido a Ezequiel. Mientras Adriana le echaba el último vistazo al informe que había redactado, Martín no podía conciliar el sueño y salió al balcón a fumarse un cigarro. Se lo fumó como si fuese el ultimo, con la mirada perdida en el infinito. De repente, se le ocurrió algo que podía dar claridad a la investigación. No podía espera hasta el día siguiente para comentárselo a Adriana, así que llamó a su puerta a pesar de la hora.

Adriana no hacía mucho tiempo que se había acostado y cuando estaba a punto de quedarse dormida, escuchó que llamaban la puerta. Abrió sin pensar que iba medio desnuda. Martín se quedó con los ojos abiertos como un búho.

—¿Qué sucede? —preguntó Adriana medio dormida.

Martín tardó un poco en reaccionar, Adriana le abrió la puerta en tanga y una camiseta transparente que dejaba apreciar sus pechos al completo. Casi se le olvidó el motivo que le había llevado allí.

—Sé cómo desenmascarar al forense, estoy convencido de que tuvo que ver algo con las muertes de las seis mujeres y que está al día de los asesinatos cometidos en Madrid. Anda, esa camiseta es la que te regalé.

Fue entonces cuando Adriana se dio cuenta de que estaba medio desnuda delante de Martín.

—Deja de mirarme de esa manera, que paredes un perturbado. — Se puso el albornoz.

—Sé que tienes amigos bastante influyentes en el Ministerio de Interior, tienes que conseguir que nos autoricen a investigar al forense y sus padres. Estoy seguro de que nos oculta algo y hay que descubrirlo. En qué colegio estudió, si tiene hermanos, si sucedido

algo extraño en su familia… —Martín dio vueltas por la habitación.

—Estás loco si piensas que nos van a dejar indagar en la vida del exgobernador de Asturias. —Adriana pensaba que era una pérdida de tiempo.

—Hay que intentarlo si queremos dar con el paradero del asesino. Sé que el forense está implicado —insistió exaltado.

—¿En qué momento del camino te has desviado? No sé dónde quieres llegar —dijo ella algo confusa.

—Piénsalo bien, Adriana. Él conocía bien algunos detalles de las escenas de los crímenes que nosotros desconocíamos, la forma de describir cómo sucedieron los homicidios… Y ha manipulado el expediente de Ezequiel sin remordimiento alguno. —Martín se pasó la mano por la cabeza.

Adriana permaneció en silencio, creyó que tenía sentido lo que Martín decía.

—De acuerdo, mañana haré algunas llamadas, pero no te garantizo nada.

Martín salió de la habitación deseándole felices sueños.

CAPÍTULO 13

Lo primero que hizo Adriana cuando se levantó fue llamar por teléfono a su amigo Emilio, era alto cargo en el Ministerio del Interior. No se lo cogió, pensó que quizás era demasiado pronto. Dejó el teléfono sobre la cama y se metió en la ducha, al cabo de unos minutos salió con el albornoz puesto. Mientras se ponía el tanga, se dio cuenta de que tenía una llamada perdida suya. Lo volvió a llamar y hablaron diez minutos. Emilio era reacio a lo que Adriana le estaba proponiendo. Ella tuvo que utilizar todas sus artimañas para convencerlo y quedaron para comer al día siguiente.

Comprobó que no se dejaba nada en la habitación, cogió la maleta y bajó a desayunar. Vio a Martín en la terraza del hotel hablando por teléfono. Su forma de gesticular le indicó que no se trataba de una conversación amistosa.

—¿Con quién discutías? —preguntó Adriana mientras se comía una tostada.

—Con mi ex, se va a vivir a Barcelona y no podré ver a mi hija. La muy hija de puta… —Adriana se sorprendió del vocabulario de Martín —. ¿Has podido hablar con tu amigo?

—Sí, he quedado con él para comer mañana, espero que no sea una pérdida de tiempo. —Adriana sabía muy bien el favor que le hacía su amigo, de una manera u otra se lo tendría que devolver.

Un taxi los llevó al aeropuerto. Mientras esperaban la salida del avión, Martín llamó a Lucia para preguntar cómo llevaban la investigación, la respuesta fue corta. Quedaron en que alguien de la unidad los recogería a su llegada a Madrid.

Una hora y media más tarde, Lucia los recibió a la salida del aeropuerto. El saludo con Adriana fue frío y distante, todo lo contrario que con Martín, a quien le brindó una sonrisa de oreja a oreja. Si hubiese sido por Lucia, Adriana nunca se hubiese unido a la unidad de Homicidios, sus diferencias cada día eran más notables. Al ver el recibimiento de su compañera, Adriana cogió un taxi para que la llevara a su casa. Tenía cosas más importantes en las que pensar y no quería aguantar la cara de pánfila de Lucia.

Martín y Lucia fueron directamente a la comisaría, donde Germán los esperaba con mala cara. Había recibido quejas de su superior por el comportamiento de Martín con el prestigioso psiquiatra y forense Vicente Soler Expósito, quien no tardó en mover los hilos para que Martín se diese cuenta de que no trataba con ningún mindundi.

Adriana llegó a su apartamento y dejó las maletas sobre la cama, se cambió de ropa, se maquilló y se puso perfume.

Cuando llegó al restaurante Algarabía, vio que Emilio estaba con otra persona, así que decidió esperar a que se quedase solo. Su amigo le hizo una señal para que se sentara y ella cedió, aunque no le hacía gracia hablar de un caso tan delicado con una persona que no conocía de nada.

—Adriana, te presento a Javier, es del C.N.I. y es la persona que te puede ayudar.

La científica se dio cuenta enseguida de que había algo más entre Emilio y Javier que una simple amistad.

—Necesito saber todo sobre Vicente Soler Expósito. Tenemos sospechas de que cometió seis asesinatos hace cuarenta años y que, de una manera u otra, está relacionado con las muertes de dos mujeres en Madrid.

Emilio y Javier se miraron asombrados.

—¿Sabes lo que estás pidiendo? —Javier miró fijamente a Adriana —. Su padre fue gobernador del Principado de Asturias, tiene amigos muy influyentes que os pueden complicar mucho la vida. Yo mismo tendré que ir con cuidado si no quiero tener problemas y en estos momentos no puedo permitirme ningún error. No te puedo garantizar nada, pero hare lo que pueda. —Entonces se dirigió a Emilio—: Me debes una.

—¿Desde cuándo estáis juntos? —preguntó Adriana.

Emilio se puso un poco nervioso.

—¿Tanto se nota? —Adriana hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Llevamos saliendo siete meses, estamos pensando en vivir juntos. Es una persona muy especial. —El brillo de sus ojos delató que estaba enamorado.

—¿Crees que me ayudará?

—Le he hablado de ti, que eres muy buena amiga y lo mucho que me has ayudado. Hará todo lo posible por ayudarte. —Emilio estaba feliz por haberle presentado al hombre de su vida.

Emilio y Adriana se conocieron en la universidad, él era tímido y le costaba relacionarse con otras personas, su orientación sexual le causó algunos problemas y eso le hizo desconfiar hasta que conoció a Adriana por casualidad. No tardaron en entablar una bonita amistad que significaría mucho para los dos. Emilio encontró en Adriana a una persona de confianza en la que se podía apoyar en momentos delicados. Para Adriana, él era como de la familia, le recordaba mucho a su hermano fallecido. Compartieron piso durante la universidad.

Luego tomaron caminos distintos; Adriana ingresó en la academia de la Policía Nacional y se centró para en la policía científica. Emilio aprovechó la oportunidad que se le presentó, pues había una vacante

en el Ministerio y se preparó para sacarse la plaza de funcionario. En la actualidad no coincidían mucho, pero se querían y estaban ahí el uno para el otro.

Adriana apuraba los minutos de su reunión con Emilio cuando recibió un mensaje de Martín. Se despidió de su amigo, le recordó lo importante de la ayuda que le pudiese facilitar Javier y le dio las gracias. Minutos más tarde, llegó a la comisaría. Le extrañó ver a Martín fumándose un cigarro en los escalones de la entrada, se le veía más nervioso de lo normal. Cosa rara, pues no era un hombre que se pusiera nervioso a la primera de cambio.

—¿Cómo has quedado con tu amigo? —preguntó un poco ansioso.

—Bien, me ha presentado a un miembro del C.N.I. Nos ayudará a recopilar la información que necesitamos, pero también me ha dicho que el psiquiatra tiene amistades que nos pueden complicar la vida. —Lo miró a los ojos—. Te noto muy tenso, ¿sucede algo?

—Me he cruzado con Eduardo en las escaleras. Me ha dicho que Germán ha ido dos veces a buscarnos hecho una furia. Seguro que el forense le ha llamado por teléfono pidiendo nuestras cabezas. He preferido esperarte para presentarle el informe y que escuche la grabación. —Martín respiró hondo para relajarse.

Subieron al ascensor que los llevó a la cuarta planta, donde se encontraba el despacho de Germán. A través del cristal, lo vieron de pie, mirando hacia el exterior con las manos metidas en los bolsillos. Llamaron a la puerta y entraron, Germán permaneció en la misma postura, dándoles la espalda.

—Espero que tengáis un buen motivo que justifique vuestro comportamiento con el puto psiquiatra, he recibido más de diez llamadas durante la mañana. No paran de tocarme los cojones y de decirme lo que tengo que hacer con vosotros. —El superior se dio la vuelta, los miró con rabia contenida y se sentó en el sillón.

Adriana dejó el informe y la grabadora encima de la mesa sin decir nada. Germán se puso las gafas, cogió el informe y se reclinó en el respaldo para leerlo. Cuando terminó, les pidió que tomaran asiento.

—¿Estáis seguros de todo lo que pone aquí? —Los miró por encima de las gafas.

—Hay algo más —comentó Adriana al mismo tiempo que ponía la grabadora en marcha.

Germán se sorprendió por el contenido de la grabación. Por mucho menos, la Policía actuaría de otra manera.

—Con respecto a los crímenes que sucedieron hace cuarenta años, no podemos hacer nada porque ya han prescrito. He recibido una orden de alejamiento que nos prohíbe acercarnos a menos de doscientos metros de Vicente y no podemos abrir una causa para investigarlo.

Martín y Adriana se miraron sorprendidos.

—Estoy segura de que, de una manera u otra, está relacionado con las muertes de las dos mujeres —Adriana alzó la voz.

—No podemos hacer nada sin tener pruebas que lo relacionen, así que será mejor que os olvidéis de él.

—Que nosotros no podamos investigarlo no quiere decir que otros tampoco puedan. —Adriana miró a Martín.

—¿Qué quieres decir? —Germán frunció el ceño.

—Ya tienes pruebas. ¿Quieres un video de cómo asesina a otra mujer?, ¿no hay bastante con la grabación? Si se tratara de un vagabundo, entonces sí, podríamos arrestarlo, forzarle a confesar y se pudriría en la cárcel como hicieron con Ezequiel. Pero a este no se le puede tocar por ser el hijo del exgobernador y haber pertenecido a la Guardia Civil. Luego dicen que todos somos iguales ante la justicia… ¡y una mierda! —soltó Martín cabreado.

—¡No te permito que me hables así! —Germán se levantó del sillón.

—Pues apártame del caso o suspéndeme por decirte la verdad. —Martín salió del despacho hecho una furia y pegando un portazo.

Adriana se quedó bloqueada con la reacción de Martín.

—¿Qué cojones le pasa a este? —Germán, alterado, pegó un golpe en la mesa.

—Tiene problemas con su ex y está un poco estresado —dijo Adriana para disculpar su comportamiento.

Rubén se preparaba para actuar de nuevo, había estado controlando a su próxima víctima. Halló la forma de actuar sin ser descubierto: robó un uniforme de una empresa de vigilancia. Durante unos días por la noche, controló al trabajador que se encontraba en la garita. Era un hombre mayor al que no le faltaría mucho para jubilarse. Se fijó en la hora a la hacía la ronda y el tiempo que tardaba. Pensó que lo mejor era ganarse la confianza del vigilante y aprovechar cualquier descuido para dejarlo inconsciente.

Al día siguiente sobre las doce de la noche, preparó un termo de café, le echó un somnífero fuerte y salió de la casa con el uniforme puesto.

Esperó en el coche hasta que el vigilante salió de la garita para hacer la ronda, se puso unas gafas, una dentadura postiza que le resaltaba los labios, un bigote y una barba. Ni su propia madre lo reconocería. Se acercó a la valla del edificio donde el vigilante hacía la ronda, en la mano derecha llevaba la bolsa donde tenía todo lo necesario para perpetrar su nueva obra maestra.

—Buenas noches, compañero. ¿Haciendo la ronda? —le dijo.

—Comprobando que está todo bien. —Ernesto le dedicó una

pequeña sonrisa.

—En cinco minutos empiezo mi turno. Hace fresco, ¿te apetece un café caliente? —propuso Rubén.

Dio la casualidad de que a Ernesto le gustaba el café con locura. Se estaba confiando demasiado, ajeno a lo que estaba a punto de suceder.

—Un café nunca se rechaza y menos con el frío que hace. —Abrió la puerta de la valla y entraron a la garita—. ¿Llevas mucho tiempo por la zona?

—Apenas llevo dos semanas, estoy en las torres altas que hay más adelante. Prefiero venir andando y estirar las piernas porque una vez que me meto en la garita, ya no salgo en toda la noche —mintió mientras sacaba el termo de la bolsa.

Ernesto se tragó la primera taza de café y degustó la segunda. El hombre de la cicatriz esperó pacientemente a que el somnífero hiciese su efecto. A los pocos minutos, a Ernesto se le trababa la lengua y los ojos se le cerraban. Poco después, el vigilante dormía profundamente.

Entre los cajones de la mesa había una pequeña caja fuerte. En su interior estaba la llave maestra que abría las puertas de todas las viviendas. De esa forma, no forzaría la cerradura. Antes de salir de la garita, se aseguró de limpiar todo lo que había tocado, apagó la luz y cerró la puerta.

Se dirigió al bloque C. Ahí vivía su siguiente víctima, una periodista. Subió al ascensor y apretó la novena planta. Abrió la puerta de la vivienda con la llave y entró con mucho sigilo. Vio luz en una de las habitaciones, así que sacó un pañuelo del bolsillo y lo empapó en cloroformo. La periodista se encontraba de espaldas a la puerta y llevaba puestos unos auriculares, eso le facilitaría mucho el trabajo.

Rubén se encontraba detrás de ella cuando la periodista vio su reflejo en el cristal de la ventana. Con un movimiento rápido, Rubén le puso el pañuelo en la nariz, dejándola inconsciente en pocos segundos. Sonrió, pensando en lo fácil que había sido todo. Llevó a la mujer a su habitación y la dejó sobre la cama, bajo la persiana de la ventana. La desnudó con mucho cuidado, no pudo evitar acariciar su cuerpo, sobre todo sus pechos perfectos.

Del cajón de la mesita sacó unas medias de color beis y un pequeño viso de seda, se lo puso y le ató las manos por detrás de la espalda. Se quitó la barba y el bigote, los metió en la bolsa y extrajo el cuchillo de grandes dimisiones y el teléfono. Tomó varias fotografías de su víctima.

De súbito, le golpeó la cara para que despertase y fuese consciente de lo que estaba a punto de sucederle. Enseguida intentó soltarse de las ataduras, pero Rubén le puso el cuchillo sobre los pechos y eso hizo que se quedara inmóvil. Había llegado el momento.

La puso de rodillas y se colocó detrás; con la mano izquierda le acarició los senos, con la derecha sujetaba el cuchillo. La mujer estaba paralizada, viéndose en el espejo del armario. Poco a poco, Rubén subió la mano hasta la barbilla de ella y le echó la cabeza hacia atrás. Con un movimiento rápido, le seccionó el cuello de izquierda a derecha. Una cascada de sangre brotó. Dejó caer el cuerpo sobre la cama, que en pocos segundos se empapó de sangre.

Antes de salir de la vivienda, se aseguró de no dejar nada que lo delatase, cerró la puerta y bajó por el ascensor. Al salir del edificio, pasó por la garita, comprobó que Ernesto se encontraba en un profundo sueño, dejó la llave en su sitio y se marchó.

Dos horas y media más tarde, Rubén se encontraba en su casa. Se quitó la ropa y la metió en la lavadora, programando un lavado largo. El cuchillo lo introdujo en una bandeja y lo cubrió con lejía, el teléfono lo dejo al lado del ordenador para pasar las fotografías. Se hizo un zumo de naranja, se duchó y a los pocos minutos se metió en la cama como si nada hubiese sucedido.

A las siete y media de la mañana, llegó el compañero de Ernesto para relevarlo. Se sorprendió al verlo con la cabeza sobre la mesa. Lo llamó varias veces, pero no reaccionó. Al principio se pensó que le había dado un infarto, pero comprobó que tenía pulso y llamó a urgencias. En apenas unos minutos, los sanitarios atendieron a Ernesto. Las pulsaciones y la respiración eran normales, pero seguía sin responder, así que decidieron llevarlo al hospital para hacerle pruebas. Los resultados de los análisis de sangre confirmaron que había sido drogado con un somnífero muy fuerte.

Desde el hospital llamaron a la Policía Nacional y les informaron de lo sucedido. Una unidad se desplazó al bloque de viviendas y después de hablar con el vigilante, las comprobaron todas, llamando puerta por puerta. En el primer bloque todo estaba bien, pero se llevaron la sorpresa en el segundo bloque. Al vigilante le extrañó que todas las persianas de las ventanas del ático de Silvia estuviesen bajadas. Llamaron a la puerta sin recibir respuesta; la llamaron por teléfono y se quedaron estupefactos al oír el tono del teléfono en el interior.

El vigilante sacó la llave maestra y abrió. Un fuerte olor a azufre los abofeteó y un policía le dijo al vigilante que se quedara fuera. Los policías entraron, vieron luz en una de las habitaciones y se aproximaron con cautela. Cuando descubrieron a la mujer sobre la cama en el charco de sangre, se quedaron de piedra. Uno de los policías se acercó con cuidado de no tocar nada y observó el corte en el cuello. Al instante, llamó a la comisaría y salieron de la vivienda.

Todos los miembros de Homicidios se encontraban reunidos,

estudiando una vez más todo lo que tenían referente a las muertes de las dos mujeres, cuando recibieron una llamada que hizo que se mirasen entre ellos. El asesino había actuado de nuevo en un bloque de viviendas en el parque del Conde Orgaz, edificio Los Madroños número veintinueve.

La unidad al completo se desplazó al lugar, la policía los esperaba en el interior del recinto y un agente los acompañó a la vivienda. La primera en entrar fue Adriana, se puso las protecciones y examinó toda la escena del crimen mientras Martín esperaba en el exterior. Eduardo y Lucia tomaban declaración al vigilante, Félix y Fátima se desplazaron al hospital para hablar con Ernesto.

Al cabo de unos minutos, Adriana llamó a Martín para que entrara. Este se quedó parado en el umbral de la puerta al ver el cuerpo de la mujer sobre la cama. Miró a Adriana.

—¿El hijo de puta lo ha vuelto hacer? —Martín pensó en lo que se les venía encima con la prensa, habían asesinado a una periodista.

—No hay ninguna duda. La forma de dejar el cuerpo, el corte del cuello y el nudo de las medias son su firma. —Adriana dejó entrar al resto de la policía científica para que terminara de examinar la vivienda.

Martín tuvo una extraña sensación y volvió a la habitación. Se acercó a la cama para ver bien a la víctima. Se pasó la mano por la cabeza, un gesto que no pasó inadvertido a Adriana.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—La conozco, es la hija de un amigo. Se llama Lucas y tiene un desguace a las afueras de Madrid. —Martín salió de la habitación maldiciendo a todos los dioses.

La situación cada vez era más insostenible, tenían tres mujeres asesinadas por la misma persona y no sabían cuántas más correrían la misma suerte. El teniente bajó del bloque y se encontraba apoyado en el coche cuando se le acercó Lucia, se puso a su lado, sacó la cajetilla y le ofreció un cigarro. Martín lo cogió. No sabía cómo cojones le iba a decir a su amigo que habían asesinado a su hija.

—¿Ha dicho algo el vigilante? —preguntó mientras se encendía el cigarro.

—Cuando llegó a la garita, vio a su compañero inconsciente, pensó que le había dado un infarto y llamó a urgencias.

—Estamos peor que al principio, tenemos tres mujeres asesinadas y no tenemos ni una sola pista. Estamos muy jodidos si no conseguimos darle un giro a la investigación.

Félix y Fátima estaban en el hospital con Ernesto, tuvieron que esperar casi una hora en urgencias hasta que la medicación que le suministraron hiciese su efecto para hablar con él.

Para colmo, Ernesto apenas recordaba lo que sucedió, era la primera vez que veía a ese hombre. De noche, con gorra, gafas y barba, era imposible hacer una foto robot. Lo único que les dijo fue que el asesino afirmó trabajar de vigilante en un edificio colindante.

CAPÍTULO 14

Rubén estaba tomándose un café a punto de pasar las fotografías del teléfono al ordenador cuando sonó el teléfono. Se sorprendió, pues solo había una persona que supiera su número. Durante unos segundos, dudó si responder a la llamada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el psiquiatra.

—Bien, ¿por qué me llamas?

—Veo que has tenido mucho trabajo estos días.

—Se lo merecían. —Rubén caminó por la vivienda.

—No olvides que fui yo quien te proporciono los nombres para saciar tu venganza. Necesito que me hagas un favor, te acabo de enviar dos fotografías de un hombre y de una mujer. Necesito que los mates.

Rubén arqueó las cejas cuando vio las fotografías.

—¡¿Son policías?! —exclamó.

—¿Eso te supone algún problema? Se han acercado mucho y si consiguen relacionarme con las muertes de las mujeres, darán contigo.

—En estos momentos no puedo hacerlo.

—Deja pasar unos días para que todo se calme y después lo haces. Te he dejado un paquete donde tú sabes. Espero tener noticias pronto, cuídate. —El psiquiatra colgó.

Rubén necesitaba respirar aire fresco, el ambiente en su casa estaba demasiado contaminado. Dejó el café encima de la mesa sin apenas probarlo, se vistió y salió. Se cruzó con un vecino mientras bajaba, para no saludarle, tiró hacia abajo del sombrero y actuó como si no lo viese. Una vez fuera, dudó si ir a la derecha camino al Retiro y esperar a que se le pasase el cabreo, o la izquierda, hacia el bar.

Pensó que una cerveza y un pincho de tortilla de patatas le sentaría bien. Cuando entró en el bar, no se dio cuenta de que su amiga se encontraba en una mesa apartada de la puerta. Mientras degustaba la tortilla, escuchó que lo llamaban; se sorprendió al girarse y verla allí. Cogió la cerveza y el plato y se acercó a la mesa, se sentó y la miró fijamente.

—¿Que te ha pasado? —Rubén no despegaba los ojos del moratón de su cara.

—Anoche llegó mi marido borracho y lo primero que hizo fue golpearme. Me quedé algo aturdida y aprovechó para violarme. —Sonia no pudo evitar que se le cayesen unas lágrimas.

—¿Por qué no vas a la policía y lo denuncias? —dijo esto sin pensar que él acababa de matar a su tercera víctima.

—Ese hijo de puta se merece que lo maten —respondió la mujer mientras se tocaba la cara.

«Quizás yo te pueda ayudar», pensó Rubén.

Sonia se levantó para ir al aseo, tiempo que aprovecho él para mirar su bolso y averiguar dónde vivía. Ella le caía bien y notaba que sentía algo por ella. Era diferente a las otras mujeres, con ella se encontraba bien y cómodo. Incluso a veces le hacía olvidarse de quilen realmente era. Al cabo de unos minutos, Sonia regresó del aseo y se sentó, le brindó una sonrisa y le cogió de la mano. A Rubén le recorrió un escalofrío, hacía mucho tiempo que no tenía contacto con una mujer.

Permanecieron callados un momento, mirándose como si el silencio hablase por ellos. Rubén tuvo la sensación de estar cruzando un límite que no le beneficiaba. Puso una excusa y se marchó, dejando a la mujer del pelo dorado en el bar.

Al día siguiente, Rubén se desplazó al pueblo donde se aisló del resto del mundo. Abrió la puerta de la vivienda y vio un paquete precintado encima de la mesa. Cortó el precinto y sacó una pistola con un silenciador, dos fotografías y una nota.

«Esto te ayudará, la pistola no está registrada y las balas están modificadas para que no las puedan rastrear. Asegúrate de que estén muertos. Ya sabes cómo localizarme, espero tener noticias tuyas lo más pronto posible».

Después de leer la nota, la arrugó con rabia y la quemó, sabía que esto sería un contratiempo. Se sentó y observó la pistola durante un rato sin decidirse a cumplir con el encargo. En cierta manera, estaba en deuda con él. Más tarde se dio cuenta de que incluso le venía bien hacerlo. Primero mataría al marido de Sonia y pasados unos días, se encargaría de lo de Vicente. Eso serviría para desviar la investigación sobre los asesinatos de las mujeres y darle más tranquilidad para ejecutar a la próxima víctima.

De regreso a Madrid, se pasó por donde vivía su amiga en la Calle del Olmo número diecisiete. Observó el edificio y, por casualidades de la vida, vio entrar en el garaje a Sonia con su marido. Tenía claro dónde actuar, era un sitio tranquilo. Cuando se diesen cuenta de su muerte, habrían pasados unas cuantas horas.

Durante dos días controló al hombre, a qué hora salía y entraba al garaje. Por la mañana se iba a las siete y cuarto y regresaba sobre las seis de la tarde. El mejor momento para dar fin a su vida era a primera hora de la mañana. Lo tenía todo estudiado y estaba preparado para hacer realidad el deseo de Sonia.

El despertador sonó a las seis de la mañana. Rubén, con toda la tranquilidad del mundo, se vistió y desayunó. El mercurio marcaba

tres grados, una mañana bastante fría y con algo de niebla, así que se puso el abrigo, el gorro y una bufanda y salió de casa. Subió al coche y sobre las siete menos cuarto ya se encontraba delante del edificio.

A los pocos minutos, vio a Sonia coger un taxi, esperó a que se alejara y entonces salió del coche. Se aseguró de que no hubiese cámaras de vigilancia por los alrededores. Aprovechó que salía un vehículo del garaje para entrar, buscó el de su víctima y esperó pacíficamente.

Al poco, apareció. Era un hombre alto y corpulento. Lo observó mientras se subía coche. Entonces se acercó sigilosamente y cuando estaba al lado de la puerta, golpeó con suavidad el cristal de la ventanilla. El marido de Sonia, ajeno a lo que estaba a punto de suceder, bajó el cristal. Rubén, sin mediar palabra, le disparó en la cabeza, matándolo en el acto.

Con calma, abrió la puerta y subió el cristal, quitó las llaves del contacto y las dejó entre las piernas del hombre. Se aseguró de que no hubiese nadie en el garaje y salió por la zona peatonal como si no hubiese ocurrido nada. Regresó a su coche, que se encontraba a unos doscientos metros, y se alejó con toda la tranquilidad del mundo. Hacía mucho tiempo que no disparaba una pistola, la última vez fue cuando estuvo en el ejército, dos semanas antes de sufrir el accidente de coche.

CAPÍTULO 15

Adriana estaba a punto de salir de casa cuando recibió una llamada, la pantalla del teléfono mostraba un número desconocido. Al principio, dudó en cogerlo, pero la curiosidad pudo con ella y respondió.

—Adriana, soy Javier, el amigo de Emilio.

—Cómo me alegro de oírte, ¿has podido…? —Adriana arqueó las cejas.

—No podemos hablar por teléfono —la interrumpió—. Te mandare una dirección, nos veremos allí en una hora.

A Adriana apenas le dio tiempo a decir nada. Un segundo más tarde, recibió el mensaje con la dirección. No dudó en llamar a Martín para contárselo. Él no quiso que fuera sola, así que Adriana pasó a recogerlo de camino al sitio. Martín estaba agobiado y se le notaba en la cara, los problemas con su ex se le acumulaban y si no le daba una salida rápida, podía tener problemas serios.

—¿Dónde vamos? —preguntó mientras mandaba un mensaje a su abogado.

—Vamos de turismo al parque del Retiro, hemos quedado en la fuente del Ángel Caído.

—No había otro lugar para quedar. —Martín frunció el ceño—. Es la estatua que representa a Lucifer y da la casualidad que está a seiscientos sesenta y seis metros del nivel del mar. ¿No lo ves? Es el número del diablo.

Adriana no pudo evitar reírse por el comentario.

—No te rías, que son cosas muy serias. —Martín negó con la cabeza.

A cinco minutos de la hora citada, Martín y Adriana ya se encontraban en la fuente. El lugar estaba totalmente desierto y con algo de niebla, los teléfonos emitieron un sonido y dejaron de tener señal.

—Estamos muy expuestes y los teléfonos no funcionan, espero que no te equivoques con tu amigo o de aquí nos sacan con los pies por delante. —Martín sacó el arma.

Se oyeron unos pasos que hicieron que Adriana sacase la pistola. De repente, se pararon.

—Podéis guardar vuestras armas, el lugar está asegurado —indicó Javier desde la distancia.

Los policías hicieron caso mientras Javier se dejaba ver. Adriana se fijó en que llevaba una carpeta en la mano izquierda.

—¿Eso es lo que te pedí? —preguntó desconfiada.

—Sí, es todo lo que he podido recabar. Es información muy delicada, espero que la sepáis utilizar y cuantos menos ojos la vean, mejor para todos.

Se oyeron unos pasos que se acercaban y Martín se puso en alerta.

—¿Quiénes son?

—Los hombres que protegen la zona.

—Javier, nos tenemos que ir —comentó uno de los hombres entre los árboles.

Se alejaron del lugar y minutos más tarde lo hicieron Martín y Adriana. Un sonido del teléfono les indicó que estaban operativos. Fue un encuentro como el de las películas de espías, asegurando la zona con inhibidores de frecuencia y de señal.

Martín tenía unas ganas locas de echarle un ojo al expediente que les había entregado Javier. Quizás entre esos papeles estuviese la respuesta a todas sus preguntas.

—El psiquiatra fue adoptado. Con tres años, su madre lo abandonó en un orfanato después de sufrir malos tratos, sus padres eran alcohólicos y se pasaban la mayoría del tiempo detenidos —explicó mientras leía—. Hubo un accidente en el colegio, empujó a una profesora por las escaleras y murió. También provocó que varios compañeros se pelearan y uno de ellos acabara con heridas muy graves, tuvo que estar ingresado en el hospital y se temió por su vida. Al final, fue expulsado del colegio, el director lo acusó de la violencia que se estaba generando.

»Sus padres adoptivos, es decir, el exgobernador y su mujer, lo internaron en un colegio católico en Navarra. Con veintiséis años se sacó la licenciatura de psiquiatría y la de medicina forense. Seis meses más tarde, ingresó en la Academia de Oficiales de la Guardia Civil. Con treinta, salió de allí con rango de capitán porque consiguió plaza como psiquiatra y forense de la Guardia Civil. —Martín se quedó en silencio durante unos segundos.

—¿En qué piensas? —preguntó Adriana mientras conducía.

—Estoy seguro de que fue él quien mato a las seis mujeres, tenía la coartada perfecta. ¿Quién sospecharía de un capitán de la Guardia Civil, además psiquiatra y forense del cuerpo? —Martín arqueó las cejas.

—¿Por qué el exgobernador no tuvo hijos propios?

—Según consta en su expediente médico, parece el síndrome Klinefelter. Le invitaron a que presentara su dimisión alegando una enfermedad crónica. Además, estuvo envuelto en algunos asuntos turbios, esta parte está eliminada del expediente.

—Sabes que esta información no podemos compartirla con nadie… —dijo Adriana.

—Te aconsejo que lo quemes todo cuando puedas. Con la suerte que tenemos, puede volverse en nuestra contra. Necesito pasar por la Calle Serrano, tengo que ver a un amigo.

Veinte minutos más tarde, aparcó el coche, Martín bajó y entró en una tienda de telefonía. Adriana aprovechó para echarle un vistazo al expediente. Al poco tiempo, dejó de leerlo, no tenía dudas de que el psiquiatra fuese un asesino en potencia y que no fueron solo las seis mujeres asesinadas, habría algunas más. Le provocaba nauseas el pensar que no podían hacer nada por detenerlo, la documentación que le entregó Javier solo sirvió para confirmar que no estaban equivocados.

Vio a Martín salir de la tienda con una pequeña sonrisa.

—¿Por qué sonríes? —Adriana observó a Martín cambiar la tarjeta del teléfono.

—Necesito que estés callada un momento —le dijo mientras marcaba un número de teléfono.

La respuesta se hizo de esperar:

—¿Sí?, dígame.

—Buenos días, don Vicente, le llamo de la revista médica —dijo Martín afinando la voz.

Adriana no salía de su asombro.

—¿Qué desea? —preguntó el psiquiatra.

—¿Qué sintió cuando empujó a la profesora por las escaleras?

—¡Hijo de puta, sé que eres tú! —gritó el psiquiatra—. Te mataré como…

—Don Vicente, no está bien que amenace a un policía —dijo Martín de forma irónica.

El psiquiatra cortó la llamada, a Martín le cambió el semblante.

—¿A qué ha venido este numerito? —inquirió Adriana.

—Quería que supiese que conocemos su pasado, esto hará que cometa una imprudencia, o eso espero —explicó Martín.

Su objetivo era que el psiquiatra diera un paso en falso y demostrar así que era un asesino en serie, a pesar de que los delitos que cometió en su día habían prescrito. No podían solicitar una orden de vigilancia ni pinchar su teléfono, ya que era una persona protegida. Les habían dejado claro que no se podían acercar ni hacer nada en su contra aunque tuvieran la certeza de que estaba implicado.

De regreso a la comisaría se cruzaron con Germán en las escaleras, Martín hizo como si no lo hubiera visto y caminó sin mirar atrás. Eran buenos amigos, conocían muy bien el carácter del otro y a veces era mejor hacer la vista gorda y dejar que las cosas se enfriaran antes de volver a la normalidad.

En la unidad de Homicidios se respiraba un ambiente un poco

enrarecido, seguían estancados con el caso y se sentían impotentes. Decidieron revisar todos los casos de muerte por degollamiento en mujeres. Todos los caminos los caminos conducían a la misma persona: Ezequiel. Martín y Adriana se negaron a considerar que Ezequiel hubiese sido el asesino cuarenta años atrás.

Adriana se quedó con la mirada perdida mientras el resto proponía los pasos que tenían que dar para obtener alguna pista.

—¿En qué piensas? —le preguntó Martín.

—El asesino nos tiene donde quiere, siempre vamos un paso por detrás. Los asesinos en serie tienen frecuentes impulsos, extremadamente sádicos. Estos anulan la capacidad de sentir empatía por el sufrimiento de otros. Una persona así no aparece de la noche a la mañana, todos tienen sus principios delictivos. —Hizo una pausa—. Sabemos que estamos tratando con una persona muy inteligente y controladora, estoy segura de que conoce bien a sus víctimas, las estudia, las vigila y nunca actúa por casualidad.

—¿Dónde quieres ir a parar? —inquirió Fátima.

—Las víctimas tenían algo en común y no hemos sido capaces de encontrarlo, excepto que las tres tenían entre treinta y cinco a cuarenta años. El asesino es un varón de metro ochenta y cinco de altura y corpulento, con una madurez completa, entre treinta y cinco y cuarenta años. La misma edad que las víctimas.

—¿Dices que las víctimas y el asesino se conocían? —Félix arqueó las cejas.

—Estoy segura de que en algún punto de sus vidas coincidieron. Tenemos que retroceder en el tiempo entre los años ochenta y noventa, hay que buscar alguna tragedia de entonces. Sabemos que los asesinos en serie han tenido una infancia muy difícil: abusos, malos tratos, familias desestructuradas… Son personas muy manipulables.

—¿En concreto, qué es lo que tenemos que buscar? —Fátima pensaba que sería otra pérdida de tiempo.

—Casos de reformatorios, centros de acogida, colegios internos.

—¿Tú sabes el tiempo que nos llevará realizar esa búsqueda? —Fátima aireó los brazos.

Adriana se encaró con ella:

—Que yo sepa, no tenemos nada mejor que hacer. ¿Sugieres que esperemos sentados a que maten a otra mujer y, si tenemos suerte, que el asesino se dejé la dirección escrita en un papel para que vayamos a detenerle?

Viendo cómo se estaba caldeando el ambiente, Martín intervino:

—Lo que menos nos conviene en este momento es enfrentarnos entre nosotros, un asesino que anda suelto. De momento, no ternemos otra alternativa, nos dividiremos e iremos a los periódicos. Si hubo algo referente a lo que ha comentado Adriana, ellos lo recogieron en

sus portadas. Fátima y Félix, id a las oficinas del periódico El País; Eduardo y Lucia, al periódico El Mundo, Adriana y yo iremos a La Razón.

Al cabo de seis horas de búsqueda en las videotecas de los periódicos, el equipo de Homicidios se reunión, excepto Fátima y Félix, que lo hicieron una hora más tarde. Cuando entraron a la sala, Martín les preguntó cómo había ido la búsqueda.

—Al llegar a las oficinas del periódico estuvimos con el director, le comentamos que necesitábamos ver las portadas de los periódicos de los ochenta y noventa. Al principio no le hizo gracia, pero Félix le convenció. Le dijo que si encontrábamos lo que estábamos buscando, le daríamos la exclusiva. Hizo que nos sentáramos y minutos después entró Narciso, un hombre mayor que estaba a cargo de digitalizar los periódicos de esa época. Nos llevó a la primera planta del sótano, donde disponía del equipo de digitalización, y nos cedió el ordenador para realizar la búsqueda.

»Al cabo de unas horas, Narciso nos preguntó qué estábamos buscando y se fue, deseándonos suerte. Cuando íbamos a darnos por vencidos, volvió con una libreta con apuntes de su época de periodista independiente, colaboraba con varios periódicos de Oviedo. Recogió el trágico incendio que se produjo en el orfanato infantil de Oviedo en los años noventa, seis meses después de su apertura. Murieron dos chicas y un chico de seis años resultó herido de gravedad por las quemaduras.

—¿Habéis tomado nota de todo? —preguntó Adriana.

—Mejor que eso, tenemos el bloc donde Narciso —respondió Fátima con media sonrisa.

—¡Perfecto!

—¿Cuál es el siguiente paso? —Martín miró a Adriana.

—Me temo que tendremos que viajar de nuevo. Si estás de acuerdo, Fátima y yo iremos a Oviedo para obtener más información.

Martín la miró con las cejas arqueadas, sorprendido.

—Por mi parte, encantada de viajar. —Fátima sonrió, de esa manera tendría una conversación con Adriana.

—Muy bien, hablaré con Germán para que prepare todo lo necesario.

En ese momento, Germán abrió la puerta y miró a Martín como si no hubiese ocurrido nada entre ellos.

—Han matado a un hombre de un disparo en la cabeza mientras estaba dentro del coche, en su garaje —anunció.

—¿Dónde?

—En la calle del Olmo número diecisiete.

—Eduardo, Félix y Lucia, desplazaos al lugar de los hechos. Adriana y Fátima, id a casa y preparaos el equipaje.

Martín miro a Germán y salieron juntos de la sala.

CAPÍTULO 16

Vicente se encontraba algo agobiado por la presión que Martín y Adriana estaban ejerciendo sobre su persona. Estaba desconcertado, pensando cómo habían conseguido la información que tanto se empeñó en ocultar.

Se levantó del sillón, se puso un *whisky* con dos cubitos de hielo, bajó la intensidad de la luz y se sentó de nuevo. Le recorrió un escalofrío a recordar su infancia, pues sufrió malos tratos por parte de su madre. En especial, el día de su cumpleaños… Su madre le dio una sorpresa que nunca olvidaría.

Lo llevó engañado a un centro de acogida con la excusa de visitar a un primo que se encontraba enfermo. Mientras su madre fingía estar con su primo, Vicente salió al patio a jugar con los otros niños. Cuando se quiso dar cuenta, su madre había desaparecido. Quiso salir del centro para irse a casa a celebrar su cumpleaños con su madre, pero los cuidadores no le dejaron y le dijeron que esa sería su nueva casa. La primera noche no paró de llorar hasta que el cansancio se apoderó de él y se quedó dormido. No entendía por qué su madre no volvía a recogerlo.

Durante los dos primeros meses conservó la esperanza de volver a verla, pero poco a poco desapareció. Un niño llamado Beltrán que llevaba casi un año internado y ya se había habituado se le acercó y habló con él para que dejara de llorar. Se hicieron inseparables, donde iba uno, iba el otro.

La suerte se alió con Vicente, pues una semana antes de su siguiente cumpleaños lo llevaron al despacho del director. Pensó que lo iban a castigar por pelearse con un compañero en el comedor. Entró y se sorprendió al ver a una mujer rubia sentada en la silla, a su lado había un hombre con un bigote bastante grande.

—Vicente, este señor se llama Alfonso y ella es Sofía, su mujer —los presentó—. Han venido varias veces a verte mientras jugabas en el patio. Quieren que te vayas a vivir con ellos, tienen una casa con un jardín donde podrás jugar en el tobogán.

Vicente tenía la cabeza gacha, algo avergonzado.

—Si me das un beso, te doy un Chupa Chups —dijo Sofía.

El niño se le acercó con paso lento y le dio un beso.

—¿Si te doy otro beso, me das otro ? —preguntó Vicente con una pequeña sonrisa.

Sofía no pudo evitar sonreír.

—¿No tienes bastante con uno? —preguntó Alfonso.

—No es para mí, es para mi amigo Beltrán.

La respuesta de Vicente los sorprendió.

Dos días más tarde, le confirmaron a Vicente que se iba a vivir con su nueva familia. Pensó que Beltrán se iría a vivir con ellos, pero no fue así. Le costó separarse de su amigo y se despidió con lágrimas en los ojos.

Los primeros días no fueron como Sofía se esperaba, Vicente pasaba mucho tiempo en su habitación. Se preocupó porque apenas comía y siempre estaba triste. Viendo que la situación no mejoraba, le preguntó al niño por qué estaba tan triste, la respuesta fue que echaba mucho de menos a su amigo Beltrán. Sin pensarlo dos veces, llevó a Vicente al orfanato para que viera a su amigo. Estaba dispuesta hacer lo que fuese necesario para ganarse su cariño.

Con el paso de los días, el comportamiento de su hijo cambió y un día, cuando menos se lo esperaba, la llamó mamá. No pudo evitar derramar algunas lágrimas de felicidad.

Visitar a Beltrán se convirtió en una costumbre, todas las semanas iban dos veces para verlo. Además, algún fin de semana y en periodos vacacionas, Beltrán lo pasaba con Vicente. Sin embargo, conforme pasó el tiempo, la relación con Beltrán se enfrió, las amistades que Vicente hizo en el colegio católico conllevaron que se alejara su amigo.

Todo iba como la seda, sacaba buenas notas y la relación con sus padres adoptivos no podía ser mejor, era un niño feliz.

Pero todo cambió con la llegada de una profesora nueva al colegio. Dio la casualidad que la profesora se llamaba igual que su madre biológica y para colmo tenía rasgos muy parecidos. El comportamiento de Vicente se volvió agresivo y no dejaba que nadie se le acercara. La profesora intentó ganarse su confianza y tener gestos cariñosos hacia él, pero el odio y la rabia hacia ella fueron apoderándose de él.

No tardó en tener problemas. Primero fueron las reuniones con el director del colegio para que cambiara su actitud; como no hizo caso y siguieron los desprecios hacia la profesora, tuvieron otra reunión con sus padres para ponerlos al corriente de la situación de Vicente.

Sus padres se sorprendieron mucho, ya que su comportamiento en casa era normal. Sus notas habían bajado, pero lo achacaron a la adolescencia y no le dieron mayor importancia. Hablaron con él para que cambiara su comportamiento en el colegio y Vicente pareció entenderlo a la perfección. Supo que comportamiento tenía que cambiar y pasar lo más desapercibido posible para llevar su plan adelante. La profesora había sido la responsable del primer enfrentamiento con sus padres y no estaba dispuesto a pasarlo por

alto. Odiaba con todas sus fuerzas a su madre biología por haberle abandonado y ver a esa mujer en el colegio todos los días, con ese parecido tan increíble, acrecentó el deseo de matarla.

No pasaron muchos días hasta que sus deseos se vieron realizados. Un viernes por la tarde pidió permiso a su profesor de matemáticas para ir al aseo. De camino, vio a la profesora junto a las escaleras y se detuvo de golpe. La mente le jugó una mala pasada y le pareció ver a su madre biológica, se acercó andando lentamente y con la cabeza baja. Cuando estuvo a su lado, la profesora le sonrió. Tenían la misma sonrisa, eso lo hizo decidirse.

Sin mediar palabra, la empujó. La mujer cayó por la escalera, se golpeó en la cabeza y murió en el acto. Después de ver cómo la sangre inundaba el suelo, sonrió y continúo hacia el aseo como si nada hubiese sucedido.

No tardó en escuchar los primeros gritos. Se miró al espejo mientras se lavaba las manos y se echó a reír. Notó un gran alivio, por fin había quitado a su madre de en medio. Al salir encontró a sus compañeros y profesores al borde de la escalera, miraban el cuerpo de la profesora en medio de un gran charco de sangre. Le dieron ganas de gritar «¡La he matado yo!». Poco a poco, se abrió paso entre sus compañeros hasta quedar en primera fila. Tenía los ojos abiertos.

Todo había salido a la perfección. Había matado a dos personas a la vez: a su madre biológica y a la profesora, y todo indicaba que había sido un accidente.

Mientras esperaba a su madre fuera del colegio, rememoró la mirada de terror de la profesora mientras caía. Se sintió orgulloso de lo que había hecho.

El sonido del claxon del coche hizo que volviese a la realidad.

—¿Qué ha pasado?, ¿por qué están la policía y la ambulancia? — inquirió Sofía algo sorprendía por el tumulto de gente a la puerta del colegio.

—Se ha caído una profesora por las escaleras, pero no sé nada más.

Sofía hizo un gesto con la cabeza y puso en marcha el coche. Vicente sonreía por dentro.

Pese a que la profesora había muerto, los problemas en el colegio y en casa no se fueron. Sofía y Alfonso fueron conscientes de que su hijo había cambiado, se volvió un mentiroso y un manipulador, incluso intentó enfrentar a sus padres para salirse con la suya. En el colegio era una persona sin empatía ni remordimiento alguno, mangoneaba a sus compañeros a su antojo, se aprovechaba de los demás y tenía la necesidad imperiosa de quedar por encima ellos.

Llegó a tal punto que convenció a un compañero para que le diera una paliza a un chico por que le caía mal. Las consecuencias de

aquella pelea fueron más allá de lo imaginable, pues se temió por la vida del niño. Una vez que se supieron los motivos, la dirección del colegio tomó la decisión de expulsar a Vicente porque consideraba que era el responsable de la agresividad que se vivía en el centro.

Fue un duro golpe para sus padres, la carrera política de Alfonso empezaba a despegar y su hijo se convirtió en un lastre para sus aspiraciones. El propio director aconsejó a sus padres que lo internaran en Obeki, el colegio diocesano de Nuestra Señora del Puy en Navarra.

Vicente empezaba a tener síntomas preocupantes que debían ser tratados por personas cualificadas. Él mismo tomó la decisión de alejarse de su familia para no perjudicarles. La convivencia con sus padres cada día era más complicada por su cambio de humor.

Con dieciséis años ingresó en el internado. Su madre se quedó destrozada cuando se separaron. Él pensó que era lo mejor, así que agachó la cabeza y cruzó el umbral de la puerta sin mirar atrás. Lo recibió el director, don Saturnino de Bidasoa. Por su aspecto, parecía el hermano gemelo de Hitler. Se estrecharon la mano y recorrieron el sitio, aunque tampoco había mucho que enseñar: un gimnasio, una piscina rodeada de césped, dos clases y las habitaciones, que se encontraban en el primer y segundo piso. En este último estaba su habitación.

—Como puedes comprobar, no te falta de nada. Los primeros días serán complicados hasta que te adaptes. Te aconsejo que no te aísles, interactúa con tus nuevos compañeros, la soledad no es buena para nadie. Los que tenemos el don de ser diferentes a los demás lo tenemos muy complicado para encajar en la sociedad. —Lo miró a los ojos—. Eres demasiado joven para entenderlo, pero te darás cuenta de que eres una persona especial. Dejo que te instales, dentro de una hora te espero en mi despacho. —Saturnino sonrió, estaba seguro de que el nuevo alumno no le defraudaría.

Vicente se sorprendió con el recibimiento del director, tuvo la sensación de que lo estaba esperando. Le confundió lo de que era una persona especial y diferente a los demás. Él creía que tenía un problema de personalidad y por eso decidió ingresar en el internado.

Después de varios días, se dio cuenta de que no era el único con problemas, se adaptó muy bien y empezó a entender lo que le dijo el director.

Aprendió a controlar los impulsos de agresividad y se dedicó a estudiar y a prepararse para la nueva vida fuera del internado. Muy a menudo, charlaba con el director y confirmó que tenían mucho en común. Don Saturnino le repetía una y otra vez que tenía que estar preparado cuando saliese del internado. El hombre vio en Vicente a la

persona que podría llevar a cabo su obra maestra y en quien delegar sus habilidades para que siguiese sus pasos.

Un día, le confesó a Vicente un secreto, estaba seguro de que no le sorprendería, ya que era igual que él. Años atrás cometió tres asesinatos, degolló a tres mujeres. Le explicó cómo se sintió cuando lo hizo, cómo su piel se erizaba al saberse dominador y verdugo. Le describió todos los detalles y la manera de ejecutarlo. Vicente quedó maravillado, quiso saber más, cómo actuaba antes de matarlas y después. A Saturnino le sorprendió su interés y estuvo encantado de enseñárselo.

Primero se ganaba la confianza de las víctimas, eso le llevaba unos días; luego las invitaba a cenar dos o tres veces y cuando la mujer estaba dispuesta a pasar una noche de sexo y pasión, era el momento ideal para liberar todas sus tensiones. Les ataba las manos con unas medias, les ponía un viso de seda y les tapaba la boca. Finalmente, con cuchillo muy afilado les cortaba el cuello de izquierda a derecha en diagonal, seccionándoles la tráquea. Mientras se desangraban, observaba cómo el brillo de sus ojos se apagaba para siempre.

Vicente se sentía fascinado con Saturnino, no quería ser menos y le confesó la liberación que sintió al matar a su profesora, que tanto le recordaba a su madre. Saturnino lo miró sorprendido, se dio cuenta de que tenía a la persona perfecta para sucederle. Se miraron fijamente y rieron.

Los meses pasaron y Vicente se interesó por la medicina forense. Saturnino sabía que el joven tenía muchas cualidades para conseguir todo lo que se le propusiese, así que le convenció para que estudiara psiquiatría y lo compaginase con la medicina forense. Le dijo que era muy importante estudiar la mente humana para conocer sus debilidades y así manipular a sus víctimas.

Con veintiséis años se sacó las dos licenciaturas y seis meses más tarde ingresó en la Academia de Oficiales de la Guardia Civil. En su primer permiso de siete días, tuvo el tiempo suficiente para matar a su primera víctima.

Conoció a una mujer de treinta y siete años que ejercía la prostitución en su casa. Después de tener relaciones durante dos días seguidos, se ganó su confianza y le pidió que le dedicase una noche entera a él con la promesa de que le pagaría muy bien. Le dio dinero por adelantado y la condición de que se comprara unas medias de color beis y un viso de seda blanco.

El viernes veintiocho de marzo, Carmela se preparó para recibir a su cliente especial, había puesto una botella de champan en el congelador para que estuviese bien fría, se duchó, se pintó los labios de carmín y se puso ropa interior de color negro. Minutos antes de que

llegara Vicente, bajó todas las persianas, encendió lámparas pequeñas en la habitación y en el comedor y les puso un fular por encima para crear un ambiente acogedor. Todo estaba preparado para pasar una noche inolvidable.

Llamaron a la puerta y Carmela abrió con una sonrisa de oreja a oreja, Vicente le devolvió la sonrisa y pasó al interior. Todo estaba preparado para llevar a cabo su plan.

La prostituta sacó el champan de la nevera y dos copas para brindar. En un descuido, Vicente le echó unos polvos en la copa y pocos segundos después, Carmela cayó inconsciente en la cama.

Fue paso por paso, como le explicó Saturnino: le quitó la ropa interior y le puso el viso blanco, le ató las manos con las medias y le tapó la boca con un pañuelo. Los efectos de los polvos perdieron efecto y Carmela se despertó. Al abrir los ojos y ver a Vicente de rodillas en la cama con un cuchillo enorme, fue consciente de lo que estaba a punto de suceder. Las primeras lágrimas mezcladas con el rímel recorrieron sus mejillas. Lo miró pidiéndole clemencia, pero su destino ya estaba escrito.

La puso de rodillas hacia el espejo del armario y él se puso detrás. Con la mano izquierda le acarició los pechos y poco a poco subió hasta la barbilla, le inclinó la cabaza hacia atrás y con un movimiento lento y continuado de arriba abajo le seccionó la tráquea. Observo la sangre manar como una cascada del cuello de Carmela mientras se le cerraban los ojos para siempre. Fue tal y como le dijo Saturnino, sintió una gran liberación y orgullo por lo que había hecho.

Limpió la escena del crimen con mucho cuidado. Metió la botella de champan con las dos copas en una bolsa; los guantes, el cuchillo y el impermeable que llevaba puesto para no mancharse de sangre los puso en otra.

Salió del piso sin apenas hacer ruido, tuvo la precaución de que nadie lo viese al entrar y al salir. Todo fue a la perfección. De camino a la academia, se deshizo de las bolsas, subió a su habitación sobre las seis de la mañana y se dio una ducha como si nada hubiese ocurrido.

Al día siguiente, una amiga de la víctima descubrió el cuerpo de Carmela encima de la cama en un gran charco de sangre. Chilló y lloró, los vecinos no tardaron en salir de sus viviendas. Minutos más tarde, llegó la policía para hacerse cargo de la situación.

Dos semanas después, cuando cogió otro permiso, mató a la segunda víctima. Así ocurrieron las muertes de seis mujeres. Vicente tenía la coartada perfecta. Él se encontraba en la academia cuando sucedieron todos los crímenes. Al cabo de un mes, la Policía Nacional detuvo a un tal Ezequiel y lo culparon de los asesinatos de las seis mujeres, pues encontraron sangre de una de las víctimas en su ropa.

Vicente terminó la academia con grado de capitán. Saturnino no faltó a ese emotivo momento. Esperó a que Vicente estuviese solo para felicitarle por su nombramiento.

—Estoy orgulloso de ti —le dijo feliz.

—Debo darle las gracias. Usted fue la única persona que me entendió y que me ayudó a ser quien soy —respondió Vicente.

—Tienes el control y el poder que yo no tuve, aprovéchalo en tu beneficio y recuerda siempre de dónde vienes y lo complicado que ha sido llegar a este punto. Por cierto, siempre supuse que fuiste tú —añadió—. Nadie más que tú conoce los métodos que utilicé. Lo que me da un poco de coraje es que me has superado —le dijo con complicidad.

CAPÍTULO 17

Eduardo, Félix y Lucia se desplazaron a la calle del Olmo número diecisiete. Cuando llegaron, la Policía Local tenía la zona acordonada. Eduardo fue el primero en acercarse al coche, la víctima se encontraba con la cabeza agachada. Se veía el impacto de la bala. Tuvo claro que había sido una ejecución. Lucia abrió la puerta del coche y con mucho cuidado le sacó la cartera que tenía en el bolsillo interno de la chaqueta.

—Dejemos que los de científica hagan su trabajo —dijo Félix.

—¿Quién es la víctima? —preguntó Eduardo mientras Lucia sacaba el carnet de la cartera.

—Ramón García. Vive justo arriba, en el segundo piso, puerta cuatro. Llamaré a la central para pedir información.

Eduardo cogió el teléfono del fallecido para mirar sus últimas llamadas, pero estaba bloqueado. Félix se puso un guante, le cogió la mano y puso el dedo índice en el lector. Funcionó. En el listado de las llamadas había un nombre que se repetía varias veces: Sonia. Sin perder tiempo, Félix la llamó.

—Ramon, ¿qué quieres? —respondió una mujer con tono seco.

—No soy Ramón, ¿qué relación tiene usted con él? —Félix salió del garaje.

—Soy su mujer, ¿usted quién es y por qué tiene su teléfono…? —Quizás lo que tanto deseaba se había cumplido.

—Habla con la policía, necesitamos que venga a su domicilio lo antes posible.

Mientras esperaban la llegada de Sonia, Lucia se acercó a sus compañeros y les comentó lo que había descubierto sobre Ramón García. Había sido investigado por estafa y tráfico de estupefacientes.

—No está mal —dijo Eduardo—. Esto huele a un ajuste de cuentas. Está claro que ha sido una ejecución.

Vieron a una mujer bajar de un taxi y dedujeron que era a la mujer, parecía asustada.

—¿Es usted Sonia? —preguntó Lucia, la otra asintió—. ¿Podemos subir a su domicilio?

Sonia sacó las llaves de su bolso sin quitar la mirada del garaje.

—¿Qué ha sucedido? —Le tembló la voz y las lágrimas asomaron.

—Subamos a su casa, hablaremos más tranquilos —respondió Félix.

Sonia apenas podía abrir la puerta con el tembleque de la mano, tuvo que ser Lucia quien abriese. Una vez dentro de la vivienda, le

hicieron sentarse en una silla.

—Sentimos comunicarle la muerte de su marido —anunció Lucia.

Sonia se quedó petrificada sin reaccionar. Eduardo fue a la cocina y le trajo un vaso de agua.

—Beba un poco, le sentará bien.

Sonia bebió un sorbo y seguidamente rompió a llorar. Lucia la cogió de la mano para tranquilizarla y se dio cuenta de que la mujer tenía un pequeño moratón al lado del ojo. Estaba disimulado con un poco de maquillaje.

—¿Se encuentra mejor? —Sonia asintió—. ¿Quiere que hablemos en otro momento?

—Ya estoy más tranquila —respondió mientras se secaba las lágrimas.

—¿Quiere que llamemos a algún familiar?

—No, gracias, estoy bien. Más tarde llamaré a mi hermana para que venga, ella vive a las afuera de Madrid.

—¿Sabe quién podría querer hacer daño a su marido?

—No.

—¿Dónde trabajaba?

—En las oficinas de una agencia de transporte.

—¿Cómo era su relación con él? —inquirió Lucia.

Sonia la miró fijamente y permaneció callada durante unos segundos.

—Últimamente teníamos algunas diferencias, dormíamos en habitaciones diferentes. ¿Piensan que he sido yo?

—No se preocupe, sabemos que usted no ha sido. Es solo curiosidad. ¿Cómo se conocieron? —La tranquilizó Félix.

—En una cafetería al lado del juzgado, yo tenía cita con el médico forense para que valorara las secuelas de un accidente y Ramón me comentó que tenía que asistir a un juicio como testigo. A los pocos días nos volvimos a ver y empezamos una relación, a los años nos casamos. Todo iba bien hasta que empezó a beber y se volvió muy agresivo. Cuando le parecía, abusaba de mí, de ahí que durmiéramos en camas separadas. —Sonia agachó la cabeza, avergonzada por su relato.

—No se preocupe y no se avergüence de nada. Llame a su hermana para que pase unos días en compañía, lo agradecerá. Le dejo mi tarjeta por si necesita algo. Desgraciadamente, tendremos que vernos más veces para dejarlo todo aclarado —explicó Lucia.

Cuando la policía salió de su casa, Sonia se levantó y fue al baño a lavarse la cara, se miró al espejo y sonrió. Había interpretado el papel de víctima como una actriz en el teatro. Estaba radiante de alegría, odiaba a su marido a muerte y si hubiese tenido valor, lo habría matado ella con sus propias manos.

Sospechaba quién podría haberlo hecho, sabía muy bien que debía tener mucho cuidado durante unos días. De momento, no podría verse con Rubén para no meterle en problemas, dejaría de ir por el bar un tiempo.

Félix se quedó hablando con algunos vecinos mientras Eduardo y Lucia bajaron al garaje. El forense ya se había llevado el cuerpo y el coche lo estaban remolcando para que la policía científica lo inspeccionase mejor. Sabían que Sonia no había cometido el asesinato de su marido, pero no sería la primera mujer en contratar a un sicario para quitárselo del medio. Por ese motivo, hasta que el caso se cerrase estaría bajo sospecha.

CAPÍTULO 18

Martín llevo a Adriana y a Fátima al aeropuerto Adolfo Suarez, el vuelo con destino al Principado de Asturias saldría una hora y media más tarde.

De regreso a la comisaría, Martín le envió un mensaje a Adriana: «Portaos bien y al menor problema me llamas». En la unidad era notable la distancia que existía entre ellas.

Adriana estaba convencida de que lo sucedido en los ochenta en el materno infantil tenía alguna relación con los asesinatos de las tres mujeres. La duda era si después de treinta y cinco años quedaría alguna documentación referente a los niños que se encontraban internos cuando ocurrió el incendio.

Horas más tarde llegaron a Oviedo y Adriana llamó por teléfono al centro. Quería asegurarse de que su reunión con la directoria seguía en pie.

—Buenas tardes, soy Adriana, teníamos una reunión con la directora del centro.

—La directora les está esperando —respondió la secretaria.

Antes de ir pasaron por el hotel, se registraron y dejaron el poco equipaje que llevaban en sus habitaciones. Fátima apenas había dicho nada desde que salieron de Madrid y se la notaba un poco incomoda.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Adriana.

—No te preocupes por mí y centrémonos en lo que hemos venido a hacer —su respuesta fue fría y cortante.

—Tú misma.

Cuando llegaron al centro, Adriana se sorprendió al ver a la directora. Creyó que se encontraría a una señora a punto de jubilarse y no a la mujer que tenía delante.

—Soy Lidia, las estaba esperando. —Las llevó al despacho y se sentaron.

—Perdone por la indiscreción, ¿cuánto tiempo lleva como directora del centro? —preguntó Fátima, sorprendiendo a Adriana.

—Comprendo, ustedes esperaban encontrarse con Manuela, mi antecesora. —Lidia sonrió.

—¿Sabe el motivo por el que estamos aquí? —Adriana arqueó las cejas.

—La verdad es que no. Cuando me llamaron desde la comisaría de Madrid diciéndome que dos agentes de policía vendrían hablar conmigo, me sorprendí.

—Pues empezamos bien —susurró Fátima.

—¿Podríamos hablar con Manuela? —preguntó Adriana.

—Se encuentra algo delicada, pero creo que no tendrá ningún problema en hablar con ustedes. La llamare y le diré que vamos a verla.

—Gracias.

Lidia cogió las llaves del coche y salieron del despacho. Minutos más tarde, se encontraban en el casco antiguo, la casa de Manuela estaba al lado del Museo de Bellas Artes. Adriana y Fátima se sorprendieron cuando Lidia sacó unas llaves y abrió la puerta.

—¿Eres familiar de Manuela? —preguntó Fátima.

—Sí, es mi tía.

—¿Por qué no lo dijo?

—¿Hubiese cambiado algo?

—La verdad es que no.

Cuando entraron a la vivienda, se quedaron fascinadas. Entraron en una sala que hacía de biblioteca. Manuela estaba sentada en un cómodo sillón de época al lado de un ventanal donde se veía la plaza.

—Tía, son policías que vienen de Madrid y quieren hablar contigo.

Manuela las miró fijamente.

—¿Por qué han tardado tanto tiempo? —La mujer se quitó las gafas.

Adriana y Fátima se quedaron mirando.

—¿Sabe el motivo por el que estamos aquí? —preguntó Adriana con los ojos muy abiertos.

—Sí, por lo sucedido hace treinta y cinco años en el orfanato. No fue un simple accidente, allí ocurrieron cosas muy graves. —Adriana y Fátima se miraron estupefactas—. Sentaos, por favor, estaréis más cómodas.

La mujer procedió a contarles el relato.

—Por aquel tiempo, las cosas estaban complicadas, nos faltaban bastante recursos para atender bien a los niños y la falta de personal lo empeoraba, pero de una manera u otra nos apañábamos. A pesar de que el centro se había inaugurado recientemente, necesitaba retoques finales y sobre todo una buena limpieza. Los cuidadores no podíamos desempeñar nuestra labor y después dedicarnos al mantenimiento.

»Entre el personal se encontraba Vicente Soler Expósito, que ejercía como psiquiatra y psicólogo. Un hombre joven con buena presencia y unas referencias inmejorables. Él no tardó en darse cuenta de que necesitábamos a alguien que se encargara del mantenimiento. Una tarde, mientras tomábamos un café, me comentó: «Manuela, tengo a la persona que puede encargarse de esto». Yo le contesté: «Perfecto, pero has de tener en cuenta que tiene que ser buena persona por el contacto con los menores». «No te preocupes por eso, es

amigo mío. Hablare con Beltrán para que se incorpore lo antes posible», me respondió.

»Una semana más tarde, Vicente trajo a su amigo Beltrán, un hombre apuesto y algo reservado. Yo estaba encantada de que alguien se encargara aquella tarea, era un dolor de cabeza que me quitaba de encima. Conforme pasó el tiempo, supe que ese dolor era un cáncer que me retorcía el estómago.

Adriana y Fátima se miraron sorprendidas. La cara de Manuela cambió de repente, no pudo disimular el odio y la rabia.

—Al poco tiempo de estar trabajando Beltrán, empezaron a suceder cosas raras. El comportamiento de ciertas niñas se volvió muy extraño, se suponía que allí se las protegía de los malos tratos y del abandono por parte de los familiares. Ese era nuestro cometido: protégelas y cuidarlas, y no ponerlas al alcance de un violador. Hablé con Vicente y le comenté que el comportamiento de algunas era extraño, se aislaban del resto, se volvieron muy tímidas y asustadizas. Él me dijo que no me preocupara, que era normal al encontrase allí encerradas, pero se ofreció voluntario para hablar con ellas por si tenían problemas. —Manuela hizo un parón para tomar aire y le pidió un vaso de agua a su sobrina.

—Manuela, ¿quiere que volvamos en otro momento? —Adriana vio que la mujer estaba pasándolo mal al recordar lo que sucedió en el centro.

—No. —Respiró profundo dos veces y continuó—. Una de las monjas que venía a ayudarnos habló con una niña que lloraba desconsolada en su habitación. La pequeña Maribel no pudo aguantar más y contó lo que le sucedía cuando se hacía de noche. La hermana Mercedes habló conmigo toda angustiada y me lo contó todo. Beltrán entraba cada noche en las habitaciones y abusaba de ellas. —Manuela rompió a llorar—. El sufrimiento y el comportamiento de las niñas estaban justificados y yo no supe verlo.

Adriana reaccionó rápido y escribió el nombre de Maribel, la primera víctima, y se lo enseñó a Fátima, que la miró fijamente.

—¿Sucede algo? —preguntó Manuela.

—No, siga, por favor —respondió Fátima.

—Al día siguiente, durante el descanso, los niños jugaban en el patio. La puerta del almacén donde Beltrán tenía las herramientas y donde llevaba a algunas niñas se cerró de manera misteriosa y a los pocos minutos empezó a arder. Las llamas se apoderaron del almacén y se propagaron por todo el centro. En el incendio murieron dos niñas y Beltrán. A un niño se lo llevó la ambulancia por las graves quemaduras.

—¿Cómo se llamaba el chico? —preguntó Adriana.

—Samuel —respondió Manuela secándose las lágrimas. Su sobrina

estaba petrificada en la silla.

—¿Qué pasó después del incendio?

—Vicente se apresuró en hablar conmigo y me dijo que no contara nada de lo sucedido, que él se encargaría de todo. Yo le pregunté varias veces el porqué de ese interés. Se giró con agresividad y me dijo que me haría responsable de lo sucedido. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que él estaba al corriente de todo y no hizo nada para impedirlo. «Tú sabías lo que tu amigo hacía con las niñas, eres igual de culpable que él», le dije mientras se acercaba a mí con paso lento.

—¿Qué respondió?.

—Me miró fijamente a los ojos. En sus ojos estaba el mismísimo diablo. «Recuerda que soy capitán de la Guardia Civil y en cualquier momento te meteré en la cárcel si no haces todo lo que yo te diga».

Se hizo un silencio aterrador, Manuela estaba con la mirada perdida, su sobrina no paraba de llorar. Adriana y Fátima se miraron, incapaces de pronunciar palabra. Lidia se levantó de la silla y abrazó a su tía.

—¿Por qué no me has dicho nada de lo que sucedió? Habrá sido un infierno tenerlo dentro todos estos años.

—No te preocupes, cariño, estoy bien. —Manuela acarició su pelo.

Adriana y Fátima permanecieron calladas, no encontraron las palabras.

—¿Queréis saber el final de la historia? —dijo Manuela.

Adriana y Fátima asintieron.

—A mi pesar, hice todo lo que me dijo a cambio de que no volviese por centro. De lo contrario, lo contaría todo. «Eres el único culpable de todo lo sucedido», le dije mientras abría la puerta. Él se giró con una sonrisa diabólica, «Si sueltas palabra, no te meteré en la cárcel, te mataré con mis propias manos. Así que no dirás nada y no volverás a verme; si por una casualidad nos encontramos de nuevo, será tu final». Tras esto, cerró con un portazo y no lo volví a ver.

—¿Qué paso con las otras niñas, el niño se recuperó? —preguntó Adriana.

—Las niñas se trasladaron a otro centro por orden de Vicente y del niño no supe si sobrevivió o murió por las quemaduras. Nunca me enteré de dónde las llevaron, pregunté varias veces a la Consejería del Menor, pero se negaron a decírmelo.

—Entiendo —comentó Adriana—. Manuela, gracias por habernos atendido y lamentamos el mal rato que le hemos hecho pasar.

—Gracias a vosotras, al final me he librado de este veneno que llevaba dentro. De lo que nunca me podré librar es de la parte de culpa que tuve por confiar en el malnacido de Vicente.

—No se preocupe por nada y cuídese. Antes o después, quien ha obrado mal, recibe su merecido.

CAPÍTULO 19

Rubén llevaba unos días un poco tenso y nervioso, nunca pensó que echaría de menos a su amiga. Sabía que de momento tenían que mantener las distancias, siempre que sucede un asesinato, lo primero que investiga la Policía es al círculo más cercano y luego abren el abanico.

Vicente llevaba varios días presionándole para que llevara a cabo lo que le encargó, como si fuese fácil matar a dos policías. Tenía curiosidad por saber el motivo. Rubén era consciente de que sin la ayuda de Vicente, su vida no tendría sentido, de alguna manera le estaba agradecido, pero todo tiene sus límites. Desconocía que Martín y Adriana eran los encargados de llevar la investigación de los asesinatos que él había cometido, pero era consciente de que si llevaba a cabo el trabajo, toda la policía de Madrid se le echaría encima. No descansarían hasta que dieran con sus huesos. No quería cometer errores, así que primero investigaría a Martín y Adriana para conocerlos mejor y actuaría de la mejor manera cuando fuese a matarlos.

No era un genio del ordenador, pero se defendía delante del teclado. Tenía instalado un programa de descifrado que le permitía acceder a ciertos expedientes. Consiguió las claves para entrar a la base de datos de la Policía Nacional y averiguó todo lo referente a los policías. Apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Martín era teniente de la unidad de Homicidios y Adriana era suboficial de la policía científica. Respiró profundo mientras leía sus expedientes. Descubrió Martín lideraba la investigación de su caso y eso hacía que todo se complicara demasiado.

Rubén había intentado llevar una vida de lo más normal posible, había intentado pasar desapercibido. Lo que le estaba pidiendo Vicente lo arrastraría hasta la misma boca del lobo. Rubén se replanteó cómo actuar para no ser descubierto. Por suerte, contaba con un aliado dentro de la unidad y este lo tenía a tanto de la investigación. Tenía que crear una cortina de humo y desviar la atención del equipo. Se le ocurrió un plan.

Lo primero que hizo fue instalar un *software* en el ordenador que le permitió establecer una ubicación falsa para que no detectaran dónde estaba. Con ese dispositivo podría establecer cualquier ubicación que no fuese la real. Al mismo tiempo, instaló un sistema de localización que mostraba el terminal con el que estaría interactuando.

A través de varios contactos, consiguió el *email* de unos sicarios. El

dinero no era ningún problema, ya que tenía el suficiente para vivir dos vidas. Ese correo electrónico tenía ubicación en Colombia, lo cual era una ventaja. No era necesario verse ni conocerse, una simple conversación en clave y estaría hecho, nada de llamadas telefónicas y nada de mensajes.

A las pocas horas, tuvo respuesta. «¿Qué necesitas?». Rubén sabía que los sicarios no aceptarían la proposición de matar a dos policías, pero debía intentarlo, mentirles sería peor. La conversación tenía que ser breve, sincera y sin tapujos.

—Necesito que matéis a dos maderos.

—Esos encargos son muy complicados. Una cosa es presionarles y asustarles para que se olviden de uno y otra cosa es matarlos. Los cabrones se vuelven muy agresivos cuando te cargas a uno de ellos.

—¿Con intimidarlos será suficiente?

—Seguramente resulte positivo. Les dejaremos un regalito para que se acuerden de nosotros cuando se miren al espejo y les amenazaremos con matar a sus familiares si no obedecen. Necesitaremos toda la documentación que nos puedas facilitar, la estudiaremos y tendrás respuesta.

No aceptarían matar a dos policías, pero quiso pensar que con la intimidación tenía bastante, esto le serviría para crear una cortina de humo. Rubén se encargaría de terminar el trabajo si fuese preciso y cuando iniciaran la investigación, encontrarían pruebas de la implicación de unos sicarios. Tenía que investigar a Martín y Adriana, debía acercase lo máximo posible sin ser descubierto.

Horas más tarde, recibió una alerta en el teléfono. Miró en la bandeja de entrada del correo, había un mensaje: «Dentro de unos días visitaremos tu país, no olvides hacer la trasferencia en la cuenta indicada».

CAPÍTULO 20

En la unidad de Homicidios esperaban ansiosos la llegada de Adriana y Fátima. Por fin podían relacionar los asesinatos de las tres mujeres; de esa manera, la investigación tendría sentido. Martín se sorprendió al verlas entrar en la sala con una sonrisa, algo tuvo que pasar en el tiempo que estuvieron juntas para que la relación mejorase. Se sentaron una al lado de la otra y Adriana le cedió a Fátima la carpeta que llevaba.

—Estamos impacientes por saber lo que habéis averiguado —comentó Martín mientras miraba a Adriana.

—Adriana tenía razón al decir que las muertes estaban relacionadas. —Todos miraron a Fátima, excepto Adriana, que sonreía a Martín—. Las tres mujeres asesinadas fueron violadas cuando eran niñas internas en el centro de acogida. Todo ocurrió cuando Beltrán trabajó allí, era el encargado del mantenimiento y amigo personal de Vicente. Beltrán aparentaba ser una buena persona, pero era un violador que abusó de Maribel, Raquel y Nuria.

»Vicente era sabedor de lo que sucedía, pero no hizo nada por solucionarlo. El día del incendio, Beltrán se encontraba en el almacén y la puerta estaba cerrada con llave, con la mala fortuna de que en su interior había dos niñas y un niño.

—Presuntamente, quien provocó el incendio fueron Maribel, Raquel y Nuria, las niñas violadas por Beltrán —añadió Adriana.

—¿Qué fue de ellas? —preguntó Martín.

—Fueron trasladas a otro centro y posteriormente fueron adoptadas, Vicente se encargó de todo.

—¿Las niñas y el niño fallecidos eran de la misma familia? —inquirió Félix.

—Eran hermanos, las niñas murieron en el almacén y al niño fue trasladado al hospital muy grave por las quemaduras. Si murió o no, nadie lo sabe.

Todas las indagaciones llevaban al mismo sitio, parecía que todo cobraba sentido. De pronto, Adriana recibió una llamada de Manuela. Antes de responder salió de la sala.

—¿Qué sucede, Manuela?

—Todos estábamos equivocados, las niñas no provocaron el incendio —la voz temblorosa y el llanto de Manuela impedían que se le entendiese con claridad.

—Cálmese, Manuela, no entiendo lo que me quiere decir.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Pasados unos segundos y

más tranquila, Manuela pudo explicarse:

—Hace unas horas he recibido una carta de la hermana Mercedes, en ella me dice que la perdone por el mal que ha hecho. Me confiesa que el incendio lo provocó ella. El día que habló con Maribel la invadió un dolor y una rabia que no pudo soportar. Salió al patio a tomar aire, vio a Beltrán en el almacén y sin pensarlo dos veces, cerró la puerta y tiró unas cerillas al interior, por la ventana. El fuego se propagó muy rápido por los productos químicos que había dentro.

»Al momento, escuchó los gritos de las niñas e intentó abrir la puerta, pero no pudo. Se quemó las manos y segundos después perdió la conciencia por el humo. Cuando volvió en sí en el hospital, lo primero que hizo fue preguntar por las niñas que se encontraban en el almacén. Al saber que habían muerto, entró en *shock*. Se recuperó de las quemaduras y la trasladaron a una sala de psiquiatría del hospital por un tiempo. Pidió entrar en un convento de clausura y allí permaneció hasta que puso fin a su vida después de escribir la carta, no aguantó el remordimiento por lo que había hecho. Lo siento tanto… Todo fue culpa mía.

—Cálmese, Manuela, usted no tuvo la culpa de nada. Dígale a su sobrina que nos envíe la carta lo antes posible.

Adriana apoyo la espalda en la pared y procesó lo que Manuela le había contado. La hermana Mercedes provocó el incendio, pero eso no cambiaba para nada la línea de investigación. Cuando entró de nuevo a la sala, Martín la miró y notó que algo había sucedido.

—¿Qué ocurre?

—Me ha llamado Manuela, ha recibido una carta de la hermana Mercedes en la cual confiesa que fue ella la que provocó el incendio en el centro. —Miró a Fátima.

—Joder —soltó Martín— ¿Qué sabemos de la monja?

—Se quitó la vida después de escribir la carta —dijo Adriana sin levantar la vista de la mesa.

—La línea de investigación no cambia, nadie sabe que ella provocó el incendio, excepto Manuela. Tenemos que averiguar si el niño que resultó herido de gravedad en el incendio sobrevivió —repuso Fátima.

—¿Cómo lo hacemos? Han pasado muchos años y no sabemos a qué hospital lo llevaron —dijo Eduardo.

—El único que lo puede saber es Vicente. —Adriana miró a Martín.

Este se levantó y salió de la sala sin decir nada, pero todos sabían a dónde iba, el despacho de Germán estaba junto en frente de la sala de reuniones. No tardaron en escuchar el tono elevado de Martín. A pesar de su amistad y que Germán era su superior, no tenía reparos en cuestionar sus decisiones si veía que no eran las correctas.

—¿Cuantas veces necesitas que te cuente la misma historia para que te des cuenta de que no podemos avanzar con la investigación si

no presionamos al puto psiquiatra para que nos diga, al menos, si el niño que fue trasladado al hospital el día del incendio sobrevivió o no? —Martín no paraba de gesticular con las manos.

—Está bien, pero seré yo quien llame al psiquiatra. Y a ver si a si dejas de tocarme los huevos…

Martín se sentó en la silla frente a Germán con la intención de no salir del despacho hasta hiciese la llamada. Viendo la actitud de Martín y sabiendo lo pesado que se ponía, Germán llamó. No obtuvo respuesta, pero volvió a intentarlo.

—¿Diga? —Contestaron al otro lado de la línea.

Germán tapó el altavoz y susurró a Martín, que se había levantado de un salto al escuchar a Vicente:

—No te quiero oír ni respirar. —Carraspeó y destapó el teléfono—. Buenos días, don Vicente. Perdone que le moleste, soy Germán, comisario de policía de Madrid.

—¿Qué es lo que quiere? —contestó el psiquiatra con voz cortante.

—Tan solo una pregunta muy sencilla. En el año ochenta y cinco hubo un incendio en un centro de acogida en Oviedo donde usted ejercía como psicólogo. Resultaron muertas dos niñas y un niño fue trasladado al hospital con quemaduras muy graves. ¿Qué fue de este niño?

Mientras esperaba respuesta, Germán activó el altavoz para que Martín escuchara. Pasaron los segundos y Vicente permaneció en silencio, solo se escuchaba su respiración acelerada.

—El niño murió a los pocos días de ser ingresado —contestó con la voz rota.

—Lamento oír eso. ¿Recuerda su nombre?

—No. ¿Por qué ese interés después de tantos años? —Vicente sabía que se estaban acercando demasiado a la verdad.

—No le puedo dar detalles, estamos intentando encajar las piezas de una investigación.

Entonces, Vicente colgó el teléfono sin decir palabra. Germán y Martín se miraron, pensando lo mismo.

—El hijo de puta está mintiendo —dijo Germán.

Martín salió del despacho algo más tranquilo. Por fin su superior se daba cuenta de que estaba en lo cierto, Vicente estaba implicado de alguna manera.

CAPÍTULO 21

Adriana se sentía vigilada. Algunos días, cuando salía de su casa para ir a la comisaría, veía un Citroën de color negro y con los cristales tintados aparcado enfrente de su casa. Al principio, pensó que eran manías suyas, pero pasaron los días y tuvo la certeza de que la presencia de ese vehículo era por ella. Hizo que comprobaran la matrícula en comisaría y resulto ser un vehículo de alquiler. Ese mismo día, al volver a casa, observó que el coche no se encontraba por la zona y eso hizo que se relajara.

Los sicarios habían controlado todos los movimientos de Adriana, a la hora que salía de casa y de su regreso. Se habían hecho pasar por repartidores de Amazon y se hicieron ver por la zona. ¿Quién sospecharía que unos repartidores hiciesen fechorías?

Averiguaron que Adriana vivía en el quinto piso, puerta quince. Uno de ellos la vio abrir la puerta del patio y aprovechó para entrar y meterse con ella en el ascensor. Ella pulsó el botón y le preguntó al repartidor para quién era el paquete. Él miró la nota que llevaba y le contestó que era para Juan Pedro, de la puerta dieciocho. Dio la casualidad de que Adriana había hablado con su vecino alguna vez, se trataba de un hombre separado de edad avanzada.

Todo indicaba que no había ningún problema. Cuando llegaron al quinto piso y la puerta del ascensor se abrió, apareció otro repartidor y sin que le diera tiempo a reaccionar, le pusieron una pistola en el costado para que permaneciera en silencio. Adriana abrió la puerta de su casa y entró a empujones. Mientras que uno la cacheaba, el otro la encañonó en la nuca. Tras comprobar que guardaba el arma reglamentaria en el bolso, la llevaron a la habitación.

Adriana pensó que tenía los minutos contados, le taparon la boca con cinta americana y le quitaron toda la ropa excepto la interior. La pusieron encima de la cama y le ataron las manos en el cabezal. Los peores presentimientos le vinieron a la cabeza, primero la violarían y después la matarían, como hicieron con las otras mujeres. A pesar de la situación de pánico, había algo que la desconcertaba. Con las otras víctimas siempre había actuado un asesino y no dos.

Uno de los sicarios se sentó encima de sus piernas, sacó un machete y le acarició la cara con el filo, provocándole pequeños cortes. Adriana no pudo evitar derramar unas lágrimas. De pronto, le cortó el sujetador de un tirón, dejando a la vista sus pechos desnudos. El sicario le tocó los pechos con una mano mientras que con la otra

mantenía el machete pegado a su piel.

—Observa bien estas fotografías. —Adriana abrió los con desesperación—. Son tus padres. Después de torturarlos, los mataremos. Igual que haremos contigo si no haces lo que te digamos, asiente si lo has atendido.

Adriana asintió.

—Dejad en paz a don Vicente y no sigáis con la investigación. De lo contrario, ya sabes las consecuencias.

El sicario sentado encima de ella sacó una jeringuilla del bolsillo. Adriana negaba con la cabeza para que no se la inyectara.

—Relájate, hembra, es por tu bien. Cuando despiertes, ya no estaremos, pero te dejaremos un recuerdo para que no creas que ha sido un mal sueño.

El sicario sonrió mientras le inyectaba el somnífero.

Dos horas más tarde, Adriana abrió los ojos. Sintió quemazón encima del pecho, se levantó aturdida y se miró en el espejo de baño. La habían marcado con un anillo candente, dejándole una inicial dentro de un círculo ennegrecido. Se puso crema en la quemadura y se la protegió para que no se le infectara. Conservaba el tanga puesto y no tenía molestias dentro de la vagina. Después de todo, no la habían violado. A pesar de lo tarde que era, llamó a sus padres.

Después mantener una conversación breve con su madre y comprobar que estaban bien, se preparó un cortado bien caliente, se tomó un analgésico para el dolor y se fue a la habitación de invitados con lágrimas en los ojos.

Apenas pudo dormir unas horas. Sobre la seis de la mañana se despertó de un sobresalto al escuchar el ruido de una puerta cerrarse. Lo primero que hizo fue coger el arma y encender todas las luces. Comprobó que estaba sola en el piso y cerró con llave la puerta de entrada. Una de las puertas se debió cerrar debido a una pequeña corriente de aire. Se sentó en el sillón del comedor y encendió la televisión. No había tiempo para tonterías, tenía que tomar decisiones muy importantes. Lo que le habían hecho era lo de menos, pero la seguridad de sus padres era otra cosa, no soportaría que a sus padres le sucediese algo por su culpa.

Mandó un mensaje a Martín en el que le decía que necesitaba unos días de vacaciones por motivos familiares y le dijo que se cuidara mucho. Conocía muy bien a Martín y sabía cómo reaccionaría si le comentaba algo de lo sucedido.

Metió un poco de ropa en una bolsa de deporte y salió de su casa sin perder tiempo, sacó el coche del garaje, condujo unos minutos y tras comprobar que nadie la seguía, puso rumbo a Zamora. Calculó que en poco más de dos horas y media estaría en casa de sus padres,

paró una sola vez durante el trayecto para repostar.

Antes de entrar a la casa, tomó aire y se tranquilizó. Se extrañaron al verla, una visita de Adriana sin avisar no era normal, a pesar de la calma que mostraba. Su padre sabía que algo había sucedido para que actuase de manera tan repentina, sin embargo, Adriana no soltó prenda. Después de pasar el día con ellos, los convenció para que ir unos días al caserío que había heredado de su abuela en Peñaranda de Duero. A excepción de sus padres, nadie sabía que Adriana tenía esa propiedad, ni siquiera Martín. Era un lugar seguro para sus padres.

Martín la llamo varias veces durante aquellas vacaciones improvisadas, pero no le respondió porque no quería que la localizara. Adriana sabía que no podía desaparecer sin más y para que su compañero de trabajo se tranquilizara, le escribió un email diciéndole que en el plazo de veinte horas volvería.

Martín llevaba un día de perros. El correo de Adriana lo dejó desconcertado, le resultó muy raro que ni siquiera tuviese unos segundos para llamarle por teléfono, y más cuando llevaban una investigación importante, no era propio de ella. Tenía el presentimiento de que algo anormal estaba sucediendo. Luego estaba el incidente que tuvo cuando subía por el ascensor. Cuando se abrieron las puertas, salieron dos individuos del ascensor que le golpearon con el hombro.

—¿Sois tontos o gilipollas? —les espetó al ver que no se disculpaban.

Se giraron con malas intenciones, pero al escuchar abrirse una puerta del rellano se olvidaron del tema.

Cuando salió del patio, vio que su coche no estaba donde lo había dejado la noche anterior. De su boca salieron los primeros improperios de la mañana. La grúa municipal se lo había llevado, pues lo dejó aparcado en zona prohibida sin querer. Lo que más le cabreaba era que no metió el coche en el garaje por pereza.

Llamo por teléfono a un taxi y media hora más tarde se encontraba en la comisaría, en la cara llevaba escrito «hoy no me toquéis los cojones». Entró en la sala de la unidad y vio que estaban todos, excepto Adriana.

—¿Sabéis algo de Adriana? —inquirió Félix

—Me extraña que no esté. Normalmente, es la primera en llegar —comentó Fátima.

—Me ha enviado un mensaje diciendo que se tomaría el día libre por asuntos personales. —Martín arqueó las cejas.

Sus compañeros se quedaron mirando extrañados.

—Al subir, me he cruzado con Germán y me ha dicho que está esperando la autorización para que podamos investigar al psiquiatra.

Esperemos que no tarde demasiado. Tenemos que atarlo todo muy bien y que nada se nos escape. Por lo tanto, Fátima y Lucia, redactad un informe que enumere todos los episodios de asesinatos y cómo se produjeron. Incluid toda la información que tenemos hasta el momento —indicó Martín con rostro serio.

—¿Añadimos la conversación con Manuela? —preguntó Fátima.

—Hasta los puntos y las comas. —Se dirigió entonces a Eduardo y Félix—. ¿Cómo va lo del asesinato del garaje?

—Tenemos el informe del forense, en él se detalla lo que ya sabíamos, fue una ejecución a corta distancia. Se han encontrado restos de pólvora en la ropa de la víctima. —explicó Félix.

—Llamad a la viuda para que venga a la comisaría. Presionadla un poco sin pasaros y si no sacáis nada claro, cerrad el expediente y a otra cosa —dijo Martín sin levantar la vista del ordenador.

Martín leía una y otra vez el email de Adriana. No era su forma de actuar, la conocía demasiado bien para saber que se podría encontrar en apuros. La había llamado varias veces y la respuesta era la misma: «El número de teléfono al que llama no se encuentra operativo en este momento». El teniente no se daría por vencido tan pronto ni estaba dispuesto a esperar mucho más sin saber nada de ella. Sacó su agenda de teléfono del cajón y la ojeó hasta que encontró lo que buscaba.

—¿Sí? —contestaron al otro lado de la línea.

—Carmelo, ¿cómo estás?

—¿Martín? —Reconoció la voz del policía al instante, a pesar del tiempo que hacía que no hablaban—. Sea lo que sea que hayan dicho de mí, es mentira.

—Calla y escucha bien, necesito que me hagas un favor. Recógeme en la comisaría en veinte minutos y tráete la herramienta. Cuando estés abajo, llámame.

Martín sabía que lo que iba hacer era ilegal, pero una más en su currículo no tenía mayor importancia si el fin justificaba los medios. No se podía quitar de la cabeza a Adriana, estaba recordando su romance cuando recibió un mensaje que lo hizo volver a la realidad: «Estoy abajo». Al salir de la comisaría, vio el taxi. «No me jodas», pensó Martín.

—¿Qué coño haces en un taxi?

—No vengo a recogerte en un taxi, trabajo de taxista —dijo Carmelo.

—Necesito que me abras una puerta —pidió Martín.

—Ya no hago esas cosa, soy una persona honrada.

Martín no pudo evitar sonreír.

—Tú harás lo que yo te diga —le dijo Martín al mismo tiempo que le tendía una tarjeta con la dirección de Adriana.

Llegaron veinte minutos más tarde. Carmelo aparcó unos metros

alejado del bloque de viviendas y aprovecharon que un vecino salió para entrar. Subieron al ascensor y apretaron el botón de la quinta planta. Mientras Martín permanecía de espaldas a la puerta de Adriana, Carmelo sacó de su bolsillo un juego de ganzúas y en medio minuto abrió. Martín se sorprendió por la rapidez. Entraron en la vivienda y cerraron.

—Siéntate en la silla y no toques nada.

—A sus órdenes.

Martín entró en la habitación de invitados, la cama estaba desecha y lo primero que Martín pensó fue que alguna amiga o amigo había pasado la noche con ella. Cuando entró en la habitación principal y vio el revoltijo de sábanas, supo que Adriana había tenido visita y no amigable. Quedaban restos de cinta americana y la sábana tenía manchas de sangre. Se temió lo peor y el nerviosismo se apodero de él.

En el cuarto de baño encontró la pila había gasas que había utilizado Adriana para curarse la quemadura. Estaba seguro de que algo le había sucedido y ese era el motivo por el que no respondía a sus llamadas. Metió las gasas utilizadas en una bolsa para que las analizaran en el laboratorio. Luego comprobó que el resto de la vivienda se encontraba en orden. Salieron sin decir nada, Martín tenía la intención de montar un dispositivo de búsqueda si en dos horas no tenía noticias de ella.

De camino a la comisaría, Martín recibió un mensaje en clave que solo podía ser de Adriana. Se tranquilizó al leerlo, su compañera se encontraba bien. Cuando llegó, coincidió con Germán, el cual le comentó que tenían vía libre para investigar al psiquiatra, pero con ciertas condiciones en el caso de que fuese detenido. Martín se dio por satisfecho de momento, llevar a cabo una investigación con restricciones no era de su agrado, pero por lo menos podían presionar al psiquiatra.

El día en la comisaría pasó sin pena ni gloria, un día un poco extraño en el que todos los miembros estaban deseando terminar la jornada y salir de allí.

Martín regreso a su casa sobre las nueve de la noche cargado con unas bolsas de comida del supermercado. Abrió la puerta y dejó la compra en la cocina. Al entrar al salón, se vio sorprendido por una visita inesperada. Eran los dos hombres que se cruzó a primeras horas de la mañana.

—Levanta las manos. —Uno de los sicarios le apuntó con la pistola mientras su compañero lo registró, quitándole el arma reglamentaria.

Martín estuvo a punto de agredirlo, pero el riesgo era demasiado grande.

—Siéntate en el sillón con las piernas separadas y las manos sobre las rodillas. —Le pusieron la pistola en la nuca para que se moviera.

A Martín no le quedaba otra que obedecer, pero sabía que no lo matarían; de lo contrario, ya estaría muerto sobre el suelo del salón y con tres balas en el pecho.

—¿A qué se debe esta cordial visita, sois consciente en el lio que os habéis metido?

Los sicarios se miraron y sonrieron.

—Escucha bien porque no tendrás una segunda oportunidad: olvídate de don Vicente. De lo contrario, te mataremos a ti, a tu mujer y a tu hija.

Martín intentó levantarse, pero un golpe en la cabeza lo dejó inconsciente.

Pasados veinte minutos, Martín abrió los ojos. Notó un fuerte dolor en la cabeza y vio que el respaldo del sofá estaba manchado de sangre. Al intentar levantase, se cayó una fotografía de su hija. Sintió un pinchazo en el pecho. Algo aturdido, cogió la fotografía y la dejó encima de la mesa. Fue al baño, se lavó la cara para quitarse su propia sangre, se miró el pecho y vio que tenía una quemadura, le habían dejado un recuerdo. La herida de la cabeza no paraba de sangrar. Como era bastante grande, decidió llamar a urgencias. Justo al abrirles la puerta, se desplomó. Los médicos le taponaron la herida con gasas, le pusieron un vendaje alrededor de la cabeza e intentaron reanimarlo, pero Martín no respondía y lo trasladaron al hospital.

Cuando abrió los ojos, vio a su amigo Germán. Se sentía confuso y desubicado.

—Tranquilo, Martín, estás en el hospital. —Germán le cogió la mano.

—¿Qué ha pasado, por qué estoy aquí? —Martín no recordaba nada de lo sucedido.

—Tuviste un accidente en casa y te golpeaste la cabeza. Perdiste mucha sangre, los médicos se preguntan cómo pudiste llamar a urgencias y abrirles la puerta. Es un milagro que sigas con vida, unos minutos más y no lo cuentas.

Germán estaba preocupado, había estado a punto de perder a uno de sus mejores hombres. Martín vio la fotografía de su hija sobre la mesita, algo que le alteró.

—¿Qué hace esto aquí?

—Lo médicos dijeron que la tenías entre las manos cuando perdiste el conocimiento.

De repente, Martín recordó todo lo sucedido, se puso la mano en el pecho y notó que tenía tapada la herida de la quemadura.

—Me encuentro muy cansado y débil.

—Es normal, intenta dormir un poco. Si necesitas algo, hay una persona en la sala de espera, se quedará toda la noche. Mañana pasare a verte.

Germán salió de la habitación muy preocupado, habló con los agentes en la sala de espera.

—No le quites ojo ni dejes que nadie entre, excepto el médico y las enfermeras.

Germán tenía la sospecha de que lo que le había pasado a su amigo no había sido un accidente doméstico.

CAPÍTULO 22

Rubén se encontraba algo aturdido por una bajada de azúcar, así que fue a la cocina y se comió media tableta de chocolate con almendras y una madalena. El día que se le descontrolaba el azúcar lo pasaba bastante mal, los mareos y la flojera eran un aviso de que no debía faltar a su cita con el médico.

Las marcas de la cara le dificultaban mirarse al espejo, el pánico que sufrió en el incendio donde murieron sus hermanas y el accidente del coche de después le obligaron a pasar mucho tiempo ingresado. Las curas fueron muy dolorosas y lo sedaron para que las enfermeras pudiesen hacer su trabajo. Su cerebro relacionaba el dolor con los médicos y eso le creó una fobia hacia ellos. La diabetes no es una enfermedad mortal, pero si no la controlas, te puede matar, no era para tomárselo a broma.

Después de ducharse, se sentó en sofá y cerró los ojos, gracias a eso se relajaba y se mentalizaba para asistir a la cita.

Cuando se disponía a salir de su casa, el teléfono sonó, había recibido un email de los sicarios. No tenía tiempo para mirarlo, iba con el tiempo justo, así que cerró y salió del edificio con paso firme. La clínica médica se encontraba a un kilómetro escaso. De camino, Vicente lo llamó. Por algún motivo, lo odiaba con toda su alma.

—¿Cómo llevas lo mío?

—Creo que ya está solucionado, en una hora te lo confirmo.

—Tengo una sorpresa para ti. Al a persona responsable de la muerte de tus hermanas.

Rubén se detuvo al instante.

—No juegues conmigo o tendrás problemas.

Al otro lado de la línea escuchó a Vicente reír, sintió que los demonios se lo comían por dentro. Rubén sabía que Vicente lo utilizaba para resolver sus problemas. En un momento dado, le salvó la vida y le estaba agradecido, pero tenía la sensación de que ya se lo había pagado con creces. Lo único que le retenía era la sed de venganza y Vicente jugaba un papel principal.

La revisión fue más rápida de lo previsto, unos análisis sangre para el día siguiente y nuevas recetas para controlar el azúcar. Se tenía que tomar tres pastillas al día: sitagliptina por la mañana; al medio día, ertugliflozina y metformina hidrocloruro por la noche. Con este tratamiento, el médico le aseguró que se encontraría mejor. Al salir de la clínica se encontró con un viejo amigo.

—¿Qué tal estamos, Eduardo? —Rubén le dedicó media sonrisa.

—Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ti. —Eduardo se mostraba algo nervioso.

—Sé que le haces algunos favores a Vicente a cambio de dinero. Necesito que me tengas al día de la investigación sobre Vicente y de los movimientos de Martín y Adriana.

—¿Cómo sabes sus nombres? —Eduardo sabía que no podía echarse atrás.

—Hay muchas cosas que desconoces y que no te interesa saber —respondió Rubén mientras se fumaba un cigarro—. A cambio, recibirás una buena suma de dinero. Si te niegas, tus compañeros sabrán tu buena relación con el psiquiatra.

Eduardo se quedó pensativo, no le quedaba más remedio que colaborar.

Rubén fue a la farmacia y compró los medicamentos, tenía que estar en perfectas condiciones física para hacer lo que mejor sabia: matar. El sonido del teléfono le avisó de que había recibido un nuevo mensaje. Era de los sicarios: «Trabajo realizado, te mando fotografías, esperamos la transferencia según lo acordado».

No vio las fotos hasta llegar a casa, Martín salía inconsciente sobre el sofá con sangre en la cabeza, parecía estar muerto. Adriana también se mostraba inconsciente y amordazada, con un poco de sangre en la nariz. Estaba prácticamente desnuda y se le apreciaba con nitidez la herida por encima del pecho izquierdo. Las descargó en el ordenador y las observó durante varios minutos antes de enviárselas a Vicente. Pensó que quedaría por satisfecho. No tardó en llamarlo.

—Magnificas fotografías, sobre todo la de Martín, así se pudra en el infierno. ¿Sabes? Manuela era la directora del orfanato donde estuvisteis internados, se merece un tratamiento especial. Tus hermanas pasaban mucho tiempo castigadas y apenas les daba de comer, ella fue la culpable del incendio en el centro y lo peor de todo fue que se alegró de lo sucedido y puso una mala excusa para no ir al funeral de tus hermanas.

Vicente estaba convencido de que provocaría la cólera en Rubén. Escuchó su respiración acelerada y permaneció en silencio.

—Te mando la dirección donde vive Manuela, espero que hagas tu mejor trabajo y que sufra mucho. —Estaba convencido de que no le defraudaría.

Rubén se encontraba muy alterado, pocas veces se le veía en ese estado. Apenas podía respirar entre esas cuatro paredes, necesitaba aire fresco y no el contaminado que había en su casa. Su sitio ideal era el parque del Retiro, donde se pasaba las horas caminando bajo la sombra de los árboles, de esta forma mataba su ansiedad y su frustración.

Con su sombrero de Humphrey Bogart y la mirada perdida, paseó hacia el parque. Al cruzar un paso de peatones, no se dio cuenta de que un vehículo estaba muy próximo. Escuchó los frenos, pero no pudo esquivarlo y le golpeó, lazándolo al suelo. La conductora inmediatamente salió para auxiliarlo.

—¿Cómo se encuentra, llamo a una ambulancia? —dijo nerviosa.

—Tranquila, que estoy bien —respondió Rubén.

La miró y por unos segundos se quedó sin habla, era Adriana, su próxima víctima.

—¿Seguro? Puedo llevarle al hospital. —Adriana no sabía qué hacer para ayudarlo.

—No se preocupe. —Cogió el sombrero del suelo.

—Tome, este es mi número de teléfono. Deme sus datos para dar parte al seguro por si surgiese algún problema.

Adriana fue al coche para coger un bolígrafo y la libreta de notas que llevaba en el bolso. Cuando volvió, Rubén había desaparecido entre la gente.

Desde la distancia y oculto detrás de una furgoneta de reparto, Rubén observó todos los movimientos de Adriana. Le sorprendió verla tan recuperada. ¿Le acababa de dar su número de teléfono personal a un asesino en serie? No pudo evitar sonreír, la tendría controlada en todo momento. Con solo poner el número en la aplicación de seguimiento, sabría dónde se encontraba.

Ya no le hacía falta ir al parque para relajarse, su víctima le había proporcionado la tranquilidad que necesitaba, el destino quiso que se cruzaran el asesino y la víctima. Teniendo su localización, podría actuar en cualquier momento.

De vuelta a su casa, Rubén pensó en cómo matarla. ¿Seguiría el ritual de siempre o esta vez sería diferente? De momento lo aplazaría, era el turno de Manuela; así cerraría el círculo de venganza por la muerte de sus hermanas.

Le esperaba un viaje de cuatro horas y media sin contar alguna parada. Dio la casualidad que hacía pocos días le revisaron el coche, le cambiaron el aceite y filtros, dejando el vehículo en condiciones óptimas para un viaje largo. Una vez en su casa, preparó los utensilios. En la bolsa de deporte metió el cuchillo, las medias de seda, la cinta americana, un sedante, los guantes y el mono desechable.

Conocedor de la dirección de Manuela, reservó una habitación en un hotel a doscientos metros de la casa de la anciana. Lo tenía todo controlado, saldría de Madrid sobre las siete de la mañana para evitar el atasco a la salida.

Sobre las seis sonó el despertador, se levantó y, antes de tomar el desayuno, se hizo un control de azúcar. El resultado fue excelente. Se

duchó y se puso ropa cómoda para el viaje. Antes de salir, se aseguró de que lo llevaba todo, el reloj marcaba las seis y cuarenta de la mañana, veinte minutos antes de los previsto.

CAPÍTULO 23

Antes de ir a la comisaría, Adriana se armó de valor y fue a su casa. Al abrir la puerta, se quedó parada y creyó oler el perfume Martín. Desenfundó la pistola y recorrió el piso metro a metro por si hubiese alguien esperándola. Después de comprobar que todo estaba en orden, guardó la pistola.

Se lavó las manos en el baño y cuando cogió la toalla para secarse, el aroma de Martín le inundó las fosas nasales. No entendía nada. Finalmente, cogió el bolso y salió de su casa. Minutos más tarde, se cruzó con Germán en la puerta de la comisaría, el rostro serio y con ojeras del superior le indicaron que había tenido una noche movida.

—¿Va todo bien? —inquirió Germán.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —Adriana se puso un poca nerviosa.

—Por nada, Martín me comentó que te cogiste unos días por asuntos propios.

Adriana tardó unos segundos en reaccionar.

—Sí… Voy para arriba, que llego con bastante retraso, a Martín le fastidia que lleguemos tarde.

—Martín está ingresado en el Hospital Gregorio Marañón.

A la científica le temblaron las piernas.

—¿Qué ha sucedido…? —balbuceó.

—Según Martín, ha sido un accidente doméstico que ha estado a punto costarle la vida. Se miraron fijamente, los dos sabían que no había sido un accidente doméstico—. Ve a visitarlo.

Ni se despidió de Germán, bajó los escalones de la comisaría y paró un taxi. No podía disimular su preocupación, estaba segura de que Martín tuvo la misma visita que ella, pero con peor resultado. En cierta manera, se sentía responsable, tenía que haber sido sincera con Martín para que hubiese estado alerta. Se le pasó por la cabeza abandonar la investigación del psiquiatra, pero apenas duró unos segundos, nunca habían cedido a un chantaje y menos en estos momentos. Solo quería llegar al hospital y comprobar que su amigo se encontrara bien.

El taxi la dejó en el edificio de urgencias, subió los escalones de dos en dos hasta la primera planta. En el pasillo de la derecha, vio a un policía en frente de una habitación y supuso que era la de Martín. Al llegar a la altura del agente, se identificó.

—Hola, compañero, ¿cómo se encuentra el teniente? —La mirada del hombre le hizo temer lo peor—. ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé. Ha entrado la enfermera y ha sonado la alarma de la

habitación, la luz roja se ha encendido, han venido varios médicos y se lo han llevado al quirófano.

Adriana apenas podía pronunciar palabra. Envió un mensaje a Germán: «Lo están operando en este momento». La tensión era máxima y el desconcierto se apoderó de la situación.

Adriana se encontraba en la sala de espera con la mirada perdida cuando aparecieron los miembros de la unidad de Homicidios con Germán a la cabeza. Adriana se levantó y se abrazó a él.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. Cuando me fui, Martín se encontraba bien.

—No tengo ni idea. Cuando he llegado, me he encontrado con esta situación.

Fátima no pudo con los nervios y salió de la sala de espera.

Tres horas más tarde, el cirujano que había operado a Martín entró a la sala de espera e informó al equipo, la expresión de su cara no reflejaba optimismo.

—Se le ha formado un coaguló de sangre en el cerebro debido al traumatismo. Tuvimos que parar la operación porque se nos iba, pero lo recuperamos. La operación ha salido bien, dentro de la peligrosidad. Tiene puesto un drenaje y de momento está estable, permanecerá en observación hasta que mejore.

—¿Le quedarán secuelas? —Félix cogió de la mano a Adriana.

—Es muy pronto para saberlo, depende de su evolución.

Félix intentó preguntar algo más, pero Germán se lo impidió:

—Gracias, doctor.

En la sala se hizo un silencio sepulcral, nadie se atrevía a pronunciar palabra. Adriana salió, necesitaba estar sola. Entró en el baño y rompió a llorar, era consciente de que su amigo y compañero se encontraba en una situación muy crítica. Se responsabilizaba de lo sucedido, si hubiese actuado de otra manera, quizás Martín hubiese sido más precavido. Sentada sobre el váter, se encomendó a Dios para que todo saliera bien. Le vinieron a la mente los días tan felices que pasó con Martín, sus caricias y sus besos. La relación fue muy breve para lo que podría haber sido. Unos golpes en la puerta hicieron que Adriana volviese a la realidad.

—¿Adriana, te encuentras bien? —Era Germán.

Adriana cogió aire para contestar, no quería que se le notara que estaba llorando.

—Sí, en un momento salgo.

—Tómate el tiempo que necesites, mejor dicho, cógete el día libre y mañana hablamos. —Germán sabia de la relación que tuvieron la admiración que Martín sentía por Adriana.

Ella permaneció unos minutos más en el baño. Algo más tranquila

y con los nervios controlados, se miró al espejo. Tenía los ojos lagrimosos, así que se refrescó la cara antes de salir. Cuando entró en la sala de espera, no quedaba nadie de la unidad. Se alegró, pues no quería que la viesen así. Cuando se disponía a salir, entró una enfermera.

—Adriana, si quieres, puedes verlo durante dos minutos —le dijo.

Bajaron a la planta de urgencias, entraron en la sala de observación y detrás de un panel se encontraba Martín. Adriana derramó algunas lágrimas al verlo sedado y con la cabeza vendada, se le veía el drenaje en el lado derecho. Le cogió de la mano y deseó que se recuperara pronto. Al mismo tiempo, sintió una rabia profunda e incontrolable, estaba dispuesta a matar al responsable.

—No te preocupes, se pondrá bien, es un hombre fuerte y lo superará —dijo una persona a su espalda—. Adriana se dio la vuelta y vio que era la jefa de enfermería. Venía a avisarla porque se había terminado el tiempo y debía salir de la sala.

Salió del hospital toda decidida a mover cielo y tierra para dar con los culpables, en la cabeza tenía claro cómo proceder. «Los amigos están para hacerse favores», se repitió una y otra vez. Cogió un taxi con destino al Ministerio del Interior, no podía perder el tiempo hablando por teléfono, las cosas importantes se hablaban cara a cara y sin tapujos.

Cuando llegó, se identificó y dejó el arma en el control de seguridad. Vio a una funcionaria detrás de un mostrador y le preguntó por Emilio, la mujer se sorprendió con la exigencia de su tono.

—¿Tiene concertada una cita?

—No —contestó tajante—. Por favor, avísele de que Adriana quiere verle y no se preocupe por nada más.

—Si no se encuentra inscrita en el registro de visita, Emilio no puede recibirla.

Adriana no podía perder el tiempo discutiendo la con la funcionaria, sacó el teléfono y lo llamó repetidas veces hasta que le contestó.

—Hola, Adriana, ¿qué sucede?

—Estoy en el Ministerio y una funcionaria me está tocando los ovarios.

La mujer escuchó la conversación y disimuló como pudo su enojo. Unos minutos más tarde, Emilio bajó de su despacho, le dio dos besos y un abrazo mientras la funcionaria observaba la escena.

—¿Qué son estas prisas? —inquirió.

—Necesito hablar con Javier, es urgente.

Emilio se sorprendió al notar el nerviosismo de Adriana.

—Vayamos a mi despacho. —Emilio se dirigió a la funcionaria—: Gracias, Loli.

Subieron las escaleras hasta el primer piso y entraron al despacho, Emilio llamó a su secretaria, le dijo que estaría ocupado durante unos minutos y que no le pasaran llamadas.

—Joder, qué despacho te has montado, con razón nos infláis a impuestos.

Emilio no pudo evitar sonreír.

—Me da miedo verte de esta manera, ¿qué sucede? —preguntó.

—Han intentado matar a Martín —dijo con voz temblorosa—. En estos momentos se debate entre la vida y la muerte.

Emilio se levantó y la abrazó con fuerza.

—¿Tú estás bien?

—A mí me han marcado como un animal. —Adriana se abrió la camisa y le enseñó lo que le habían marcado encima del pecho.

—Dios mío… —Emilio se quedó petrificado al verlo—. ¿Qué necesitas? Esto no se puede quedar así, no lo permitiré.

—Estoy convencida de que el C.N.I. tiene que saber algo con respecto a los sicarios.

Adriana necesitaba la ayuda de Javier, sin su ayuda lo tendría muy difícil para dar con su paradero.

—No te preocupes, llamo a Javier y le digo que venga o vamos nosotros.

No tardó ni dos tonos en responder.

—Hola, cariño, necesitamos tu ayuda.

—¿Qué sucede?

—Tengo delante a Adriana, necesita de vuestra ayuda.

—Emilio, sabes que no podemos dar información, lo de la otra vez fue una excepción.

—A Adriana la han marcado como a una perra y a Martín lo han intentado matar, en esto momentos está ingresado muy grave en el hospital. Si te niegas, no te hago más «eso» que tanto te gusta.

—Joder, Emilio… En qué compromisos me pones. ¿Qué necesitáis?

—Mejor que te lo explique ella. —Emilio conectó el altavoz.

—Perdona por volverte a molestar, Javier, necesito saber si tenéis noticias de unos sicarios que hace unos días vinieron a España.

—Antes de eso, ¿cómo estás? —preguntó Javier.

—Muy cabreada y con ganas de matar a alguien.

—Sí que es grave la cosa… Déjame hablar con mi superior, el seguimiento lo lleva otra sección.

Mientras esperaban la respuesta de Javier, Adriana llamó al hospital para saber cómo se encontraba Martín. Le tranquilizó saber que seguía estable y que de momento no había motivo de preocupación. Lo peor que llevaba Adriana era la espera y Javier estaba tardando demasiado.

Emilio salió unos minutos de su despacho, la visita de Adriana le había trastrocado la agenda y había asuntos que no podían esperar. De vuelta a su despacho, vio que Adriana era un manojo de nervios, trató por todos los medios de que se tranquilizara, pero de poco sirvió.

Había pasado hora y media desde que Emilio llamó a Javier. «Eso es buena señal», le dijo a Adriana. De lo contrario, la negativa habría llegado enseguida.

Por fin sonó el teléfono.

—Espera un momento, que pongo el altavoz.

—Según me ha comentado el jefe de la unidad de seguimiento, tuvieron constancia de que unos sicarios colombianos cruzaron la frontera por Francia. No tenían causas pendientes con la justicia y como no estaban reclamados por ningún miembro de estado europeo, no los detuvieron. Aun así, siguieron su pista hasta Madrid.

»Se ha comprobado que el vehículo que conducían fue alquilado en Francia, la compañía de alquiler SIXT, que tiene sucursal en Madrid. Le hemos pedido al juez que nos firme una autorización para seguir con la investigación, hemos contactado con la empresa con ellos y pedido la localización del vehículo. Tenemos un operativo preparado para actuar en el momento que nos den la ubicación.

Adriana no esperó a que Javier terminara:

—Quiero estar presente en su detención.

—De momento, no sabemos dónde están y no sé si llegarás a tiempo. Lo único que puedo hacer es avisarte cuando demos con ellos —propuso Javier.

—Gracias por todo, Javier, y perdona las molestias.

—Solo queda esperar —dijo Emilio tras despedirse.

Veinte minutos más tarde, Adriana recibió un wasap de Javier con la dirección del vehículo de los sicarios. Calle de la Duquesa de Tamames, esquina con la calle Tulipero. Reconoció el sitio, era uno de los barrios más conflictivos de Madrid, en el barrio de Carabanchel.

Se despidió de su amigo, agradeciéndole otra vez su ayuda, y en menos de cinco minutos estaba en un taxi. De camino, recibió otro mensaje de Javier: «En el lugar se encuentran cuatro miembros de la unidad especial de la Policía Nacional vestidos de paisano. Están esperándote, no tardes».

Cuando se bajó del taxi, un hombre se le acercó por la espalda.

—¿Adriana?

—Sí —contestó al mismo tiempo que se giraba.

—Soy Estaban, el jefe del operativo. Es el Renault Megan con matrícula francesa.

—Es el mismo coche que aparcó varios días en frente de mi casa. —Adriana se encontraba algo acelerada.

—El problema con el que nos encontramos es que no tenemos ninguna foto para identificarlos —dijo Esteban.

—Para eso estoy aquí —respondió ella con media sonrisa—. Si el coche está aquí, ellos no estarán muy lejos, no me extrañaría que estuviesen en el centro comercial.

—Entrarás sola y nosotros te seguiremos de cerca. Si los ves, avisa, mantendremos una distancia prudente. Le diré al resto del equipo que estén separados para no llamar la atención.

—Bien.

Con algo de nervios, Adriana entró en el centro comercial. Los policías la siguieron y se mezclaron con la gente. Esteban era el único que se encontraba a escasa distancia de Adriana. Caminaron largo tiempo y cuando Adriana estuvo a punto de rendirse, les pareció verlos sentados en la cafetería. Se quedó paralizada al recordar el fatídico día que entraron en su casa. Aunque no los vio con claridad, el rostro de uno de ellos en el espejo de la habitación se le quedó grabado.

Esteban, que se encontraba a escaso metros, observó la reacción de Adriana. Se le acercó y le puso la mano en el hombro.

—Tranquila, ¿dónde están?

—Juraría que son los dos que están sentados al lado de la puerta, pero ahora no estoy segura.

Las dudas de Adriana incomodaron a Esteban.

—Tenemos poco margen para actuar, si damos tiempo a que se levanten, lo tendremos muy complicado para detenerlos.

Adriana lo miró fijamente.

—Hay una manera de averiguarlo: me acercaré lo suficiente para que me vean y actuaremos según su reacción. —Adriana estaba dispuesta a todo para detenerlos.

—Avisaré al resto del equipo para que estén preparados y solicitaré refuerzos.

Adriana cogió el teléfono, simuló que mantenía una conversación y se aproximó a sus asaltantes. Los sicarios no se fijaron en ella, pero la voz de uno de ellos le confirmó sus recuerdos. Adriana levantó el pulgar hacia arriba para confirmarle a Esteban que eran ellos, retrocedió dos pasos y los miró a los ojos. Los hombres se miraron y cuando quisieron reaccionar, los policías se abalanzaron sobre ellos. Los inmovilizaron en cuestión de segundos y los sacaron al exterior esposados, donde un furgón de la policía esperaba.

A pesar de todo, la detención fue más fácil de lo previsto, Esteban y Adriana se miraron y sonrieron. Antes de subirlos al furgón, los cachearon por si escondían armas. Al vaciarle los bolsillos a uno, dieron con el anillo con el que habían marcado a Adriana. Luego registraron el coche, pero no encontraron el arma con el que

golpearon a Martín.

En pocos minutos el lugar se llenó de gente, en el barrio de Carabanchel no era bien recibida la Policía y siempre terminaban en disturbios. La cosa se complicó y la policía empezó a recibir los primeros objetos lazados por los concentrados, así que se subieron a los coches y abandonaron la zona.

Adriana llamó por teléfono a su superior y le comunicó que habían detenido a los responsables de la agresión de Martín. Germán se sorprendió, no sabía nada de aquella operación.

El cansancio hizo mella en Adriana. Su cuerpo desprendía ciertos olores por el estrés y el sudor, necesitaba una ducha y relajarse. Si encima podía dormir unas horas, sería una bendición.

CAPÍTULO 24

Rubén llegó a Oviedo media hora antes de lo previsto, entró en hotel donde había reservado una habitación y se dirigió a la recepción, donde se encontraba una mujer morena y muy atractiva. Después de registrarse, cogió la tarjeta y subió al tercer piso. Ya en la habitación, sacó la ropa de la maleta y la dejó en la percha. Se dio una ducha para refrescase del viaje y comprobó que lo tenía todo preparado para actuar. Cayó en el detalle de que ir con la bolsa de deporte podría dar el cantazo.

Antes de salir del hotel, le pidió a la recepcionista un plano del centro histórico. Tuvo la amabilidad de marcarle la ruta turística más recomendable y dio la casualidad de que pasaba por delante de donde vivía su víctima. Tenía tiempo suficiente para hacer algo de turismo y preparar con mucha cautela su venganza por las muertes de sus hermanas. Compró una mochila lo suficientemente grande como para meter los utensilios que tenía en la bolsa de deporte.

Dos horas más tarde y después de visitar parte del centro, entró en un restaurante. Desde el interior podía controlar la vivienda de Manuela. Estuvo atento y observó que una mujer joven era la única persona que entraba y salía de la casa. Tenía que averiguar cuántas personas había dentro para trazar un plan. Lo único que le preocupaba era que tendría que entrar y salir por la puerta principal, no había otra manera.

Regresó al hotel algo pensativo y se dejó caer sobre la cama. En esta ocasión, no tendría tiempo para preparar la escena del crimen, se tendría que conformar con darle a Manuela una muerte lenta y dolorosa por el sufrimiento que le había causado. Aquello cerraría el circulo, todas las culpables habrían pagado con sus vidas y podría llevar una vida algo más tranquila.

Cerró los ojos y dejó la mente en blanco. Tuvo la sensación de estar en lugar solitario, sin nada a su alrededor. De repente, los abrió y de un salto se sentó en la cama, había encontrado la forma de hacerlo. No mentiría ni se disfrazaría, simplemente sería él mismo. Llamaría a la puerta y diría que era uno de los niños que estuvo en el centro de acogida. Le dejarían entrar sin reparos y una vez dentro improvisaría si matarla con rapidez o haciéndola sufrir. Para asegurarse de pillar a Manuela sola, pediría un café en el restaurante frente a su casa y esperaría hasta que la mujer joven saliese. Se levantó de la cama eufórico, en pocas horas estaría de regreso a Madrid con su venganza cumplida.

Se dio una ducha rápida, metió en la mochila el cuchillo enrollado en una bolsa de plástico, la cinta americana y el mono para protegerse de la salpicadura de sangre. Salió del hotel con media sonrisa, pensando que todo saldría como había planeado.

Pocos minutos después, llegó al restaurante. En esta ocasión, se sentó en la zona de la terraza, donde la visión era inmejorable. Cambió el café por una cerveza fría porque la temperatura era un poco alta. Como la espera se prolongó más de lo esperado, cayeron dos.

Al fin la puerta se abrió y la mujer joven salió de la casa. Esperó unos minutos y puso el plan en marcha. Se levantó, se puso la mochila a la espalda y caminó hacia la vivienda de Manuela. Llamó al timbre y esperó unos segundos hasta que una anciana ayudada por un andador le abrió la puerta. Por un segundo, se quedó bloqueado, pero la voz dulce de la mujer le hizo volver a la realidad.

—¿Qué desea?

—¿Es usted Manuela?

—Sí.

—Me llamo Rubén y fui uno de los niños que estuvo en el centro de acogida, estoy de vacaciones y quería aprovechar para saludarla.

—¡Anda! Pasa, no te quedes en la puerta. —Manuela no se podía imaginar lo que sucedería después.

Fueron al salón, donde Manuela tenía su sillón y pasaba largas horas leyendo novelas antiguas de romance. Rubén se sentó en frente, era una situación rara para él. Manuela lo miraba fijamente. A pesar de sus años, la anciana tenía la mente intacta y no recordaba que hubiese un Rubén en el centro de acogida. Vio la cicatriz de su cara y la quemadura del brazo derecho. Por su aspecto, se la tuvo que hacer cuando era un niño. A Manuela siempre le decían que tenía un don para adivinar ciertas cosas y esta ocasión era una de ellas.

—No recuerdo que ningún niño llamado Rubén estuviese en el centro de acogida.

—Es normal que no recuerde todos los nombres de los niños. —Rubén se incomodó.

—No te creas. A pesar de mi edad, tengo buena memoria; recuerdo a un niño llamado Samuel que tenía dos hermanas.

Manuela observo cómo el rostro de Rubén cambió.

—Me has reconocido… —Rubén habló con agresividad mientras abría la mochila.

—Eres ese niño… Ya lo entiendo. Tus dos hermanas murieron en el incendio que tuvo lugar en el centro de acogida y tú has venido a matarme, como hiciste con las otras mujeres —dijo con serenidad.

—Veo que está bien informada. —Sacó el cuchillo y la cinta americana—. - Estás muy tranquila para lo que te esperas.

—No le temo a la muerte, por lo menos dejaré de sentir los dolores que tengo en las piernas, eso sí que me está matando lentamente.

Rubén se sorprendió con la actitud de Manuela. Otra mujer en su situación estaría temblando de miedo.

—Eres la responsable de la muerte de mis hermanas, te degollaré como a los cerdos, igual que hice con ellas. —La mirada de Rubén deprendía odio.

—Veo que has tenido un buen maestro, no cabe duda de que Vicente te ha utilizado. Nunca pensé que se aprovecharía del dolor de un niño.

Las palabras de Manuela hicieron mella en él, que se giró con rabia:

—¡¿No me vas a pedir perdón?! —exclamó mientras se ponía el guante, decidido a degollarla.

—¿Pedirte perdón por qué? ¿Por querer salvar a tus hermanas? Lo que sucedió en el centro fue un accidente. Tus hermanas fueron violadas con el consentimiento de Vicente. —Los ojos de Rubén se salían de sus orbitas—. Vicente ejercía como psicólogo y psiquiatra del centro. Trajo a un amigo suyo para que se hiciese cargo del mantenimiento y a los pocos días cambió la actitud de varias niñas, entre ellas tus hermanas. Una de ellas no soportó la angustia y se lo contó todo a la hermana Mercedes.

—¿Cómo sé que dices la verdad y no pretendes engañarme para salvar tu vida?

Manuela se echó a reír. Rubén estaba desconcertado y muy cabreado.

—¿Tú me has visto bien? Tengo ochenta años, apenas puedo andar y lo único que le pido a Dios es cerrar los ojos y no abrirlos. Así terminará este calvario.

—En eso te puedo ayudar, dejarás de sufrir. —Rubén siguió con los preparativos para ejecutar su venganza, a pesar de que una parte de él creía en lo que Manuela le dijo de Vicente.

—Antes de hacer algo de lo que te puedas arrepentir, abre ese cajón y saca una carta que hay en un sobre marrón.

Rubén hizo caso.

—¿Qué quieres que haga? —Tenía la sensación de que Manuela no mentía.

—Léela con tranquilidad, la escribió la hermana Mercedes en su lecho de muerte.

Rubén se sentó, se quitó los guantes y leyó repetidas veces la carta mientras Manuela observaba su cambio de expresión. Algo en el interior del hombre se removió, de sus ojos brotaron lágrimas. Entendió en ese momento que lo habían utilizado toda su vida. Había matado a tres mujeres inocentes. Sin decir nada, dejó la carta sobre la

mesa, volvió a meter todo lo que había sacado de la mochila y se levantó. Al pasar al lado de Manuela, le cogió la mano. La anciana habló con voz temblorosa:

—Te pido perdón por no haber podido evitar el dolor que sufrieron las niñas.

—Gracias por haber intentado ayudarlas. ¿Puedo llevarme la carta?

—Por supuesto. —Manuela vio cómo Rubén abandonaba el salón y escuchó la puerta cerrarse. Respiró profundamente—. Ya me puedo morir tranquila.

Minutos más tarde, Manuela escuchó la puerta de nuevo. Por un momento, pensó que sería Rubén, arrepentido de no haberla matado. El ruido de los tacones le indicó que era su sobrina, que volvía de hacer unas compras. Lidia quería mucho a su tía, se quedó huérfana desde muy niña y Manuela la adoptó. Todo lo que había conseguido se lo debía a ella y la crio con mucho cariño. Los papeles habían cambiado y ahora era Manuela la que necesitaba el cariño de su sobrina. Cuando la joven entró en el salón, miró a su tía, el brillo que desprendían sus ojos era muy diferente al de días anteriores y su sonrisa le decía algo que había sucedido en su ausencia.

—¿Qué ha sucedido? Te veo muy feliz —comentó Lidia con media sonrisa.

—Ha venido a verme. —La emoción de Manuela apenas le dejaba pronunciar palabra.

—¿Quién? —Por un momento, Lidia temió que a su tía se le hubiera ido la cabeza.

—Samuel, el niño que salvó la vida en el incendio del centro. Ahora se llama Rubén. No te puedes hacer una idea de la tranquilidad que siento. —Lidia dudó si lo que estaba diciendo su tía era verdad o una alucinación—. Todos estos años estuvo confuso y engañado. Lo que importa es que salvó la vida y sabe toda la verdad de lo sucedido. Por cierto, se ha llevado la carta que escribió la hermana Mercedes.

Lidia miró en el cajón y la carta ya no estaba. También se dio cuenta de que la funda del sillón estaba arrugada, señal de que alguien había estado sentado.

—¿Qué quería?

—Agradecerme todo lo que había hecho por ellos durante el tiempo que permanecieron en el centro. Sentía mucho el no haber venido a verme antes.

Esa fue una de las pocas veces que le mintió a su sobrina.

CAPÍTULO 25

Adriana se metió en la ducha enseguida. Permaneció bajo el chorro de agua un largo tiempo y se enjabonó varias veces. Después se secó y se dejó caer sobre la cama desnuda. En cuestión de pocos segundos, se quedó dormida.

Se despertó de repente y dio un salto en la cama. El trágico recuerdo de su asaltante volvió. Se vistió rápidamente y revisó que no hubiera nadie en su casa. Pensó que no podía permanecer mucho tiempo allí. El recuerdo de la agresión era muy reciente y no podía dormir ni una hora seguida sin sobresaltarse. Después de meditarlo, tomó la decisión de alojarse unos días en un hotel del centro. Llamó a un taxi para que la recogiera e hizo la maleta. Esperó al taxi en la calle, las sensaciones que le trasmitía su casa eran muy negativas. Cuando llegó, no esperó que el taxista se bajara del coche, dejó la maleta en el asiento de atrás.

—¿A dónde la llevo?

—Al hotel Eurostars Central.

El hotel estaba situado en el centro neurálgico de la vida madrileña, rodeado por las dinámicas zonas de Tribunal, Malasaña, Checa y Chamberí. Recogía lo mejor de cada una de estas esencias. Entró en la recepción y pidió una habitación en el segundo piso. Una vez arriba, dejó la maleta sobre una silla, se quedó en ropa interior y se dejó caer sobre la cama. Las horas de sueño acumuladas y la buena sensación que le trasmitía la habitación hicieron que entrara en un sueño profundo.

Mientras tanto, en la unidad de Homicidios se celebraba una reunión. Germán le comunicó al equipo que, de momento, la investigación de las mujeres asesinadas y la de Vicente quedarían paralizadas. La situación era compleja y con la ausencia de Martín y Adriana se hacía aún más difícil.

La preocupación por la salud de Martín era evidente y no iban mal encaminadas. El teniente había empeorado y los médicos tenían sus dudas. Por un momento, se temió por la vida de Martín, pero consiguieron estabilizarlo. El cirujano de urgencia consideró oportuno que se llamara a los familiares de Martín para que fuesen conscientes de la situación. Su familia más cercana era Germán y los miembros de la unidad. Después de recibir la llamada de la jefa de urgencias, Germán se desplazó al hospital con la esperanza de encontrarse con Adriana.

Esta dormía como un tronco, el sonido de las llamadas de teléfono era ajenas. Si se hubiese derrumbado el hotel, Adriana no se habría enterado. Pasaron siete horas desde que se quedó dormida, solo la necesidad de ir al baño hizo que abriese los ojos. No fue consciente de las horas que había estado durmiendo hasta que volvió del baño. Cogió el teléfono y se quedó sorprendida por la hora que era —las once y media de la noche— y con la cantidad de llamadas perdidas. Germán la había llamado seis veces. Le temblaron las piernas y lo llamó rápidamente con la sensación que habría malas noticia.

—Germán, ¿qué sucede?

—Estoy en el hospital, la evolución de Martín no es la esperada.

Adriana no dejó que terminara de hablar.

—En cinco minutos estoy en el hospital.

Se vistió y salió de la habitación escopetada, bajó los escalones de dos en dos, no tenía tiempo para esperar al ascensor. Cuando salió del hotel, dio la casualidad de que en esos momentos pasaba una patrulla de la Policía Nacional, levantó los brazos para llamar su atención y se pararon. Adriana se identificó y les pidió que la llevaran. Sus compañeros no dudaron en hacerlo. Entraron con el coche en zona de urgencias donde Germán los esperaba. Uno de los agentes saludó a su superior y le preguntó si podía ayudar en algo.

—Por desgracia, no podéis hacer nada, gracias por traerla —respondió Germán con gesto serio.

Adriana no se atrevía a preguntar, simplemente lo miró en silencio con amargura.

—Me llamó la directora de urgencias diciéndome que avisara a los familiares por la situación crítica de Martín…

Los ojos de Adriana se llenaron de lágrimas, Germán la abrazó porque daba la sensación de que en cualquier momento se caería al suelo.

—¿Le has visto?

—No, lo están operando, lleva dos horas en el quirófano. —A pesar de su personalidad fuerte, Germán no pudo evitar que se le cayesen algunas lágrimas—. ¿Sabes algo de su exmujer y de su hija?

—Hace poco le llamó su abogado y le dijo que su ex se iba a llevar a la niña a Barcelona porque le había salido un trabajo. No te molestes en buscarla, la relación está rota.

En esos momentos, Adriana se arrepentía de no haberle dado la oportunidad a Martín de explicarse cuando rompieron. Quizás ya no volviese a tenerla. Entraron a la sala de espera. A los pocos minutos, una enfermera entró en la sala y llamó a Germán.

—Venid conmigo, el doctor Ventosa me ha dicho que os lleve a su consulta.

Germán y Adriana se miraron extrañados. La enfermera los llevó

por los pasillos hasta que se detuvo delante de la consulta.

—Pasen y esperen, el doctor no tardará en llegar.

Adriana y Germán estaban confusos, no sabían si tenían que prepararse para recibir la peor noticia. La espera se hizo interminable. Finalmente, la puerta se abrió y vieron al cirujano bebiendo de una botella pequeña de agua y con la bata de operar manchada de sangre. Germán y Adriana permanecieron en silencio, ansiosos.

—El paciente está estable dentro de la gravedad, ha sufrido un derrame cerebral causado por un coagulo que se le ha formado en la zona afectada —explicó con voz pausada—. Es muy raro que esto suceda. Pensamos en suministrarle un fármaco para deshacer el coágulo, pero necesitaríamos tiempo para ver el resultado y no lo teníamos, así que decidimos volver a operar. En la sala de observación sufrió un ataque cardiaco, la tensión se le disparó de tal manera que temimos por su vida. Lo estabilizamos, pero es un milagro que siga con vida.

—¿Está fuera de peligro? —inquirió Adriana algo nerviosa.

—Teóricamente, sí. Esperamos que evolucione bien, si en veinticuatro horas no sucede nada raro, saldrá de esta. —El cirujano marcó una pequeña sonrisa.

—La espera y la angustia han valido la pena —dijo Germán.

El susto había pasado. Adriana le pidió unos días al superior para resolver algunos problemas. Germán se los concedió con la condición de que le tuviese informado. Adriana pasó las siguientes horas Adriana en el hospital, el sueño no fue un problema, ya que había dormido bien.

Sobre las ocho de la mañana, Adriana recibió una llamada de Estaban.

—Buenos días, Adriana, te llamo para decirte que los detenidos fueron llevados a la Comisaría General de Seguridad. Lo curioso fue que no llevaban ni dos horas en los calabozos cuando se presentó su abogado. No puedo entender la rapidez con la que funcionan algunas cosas.

—Espero que no los dejen en libertad, tenéis mi declaración por escrito. —Adriana estaba fuera de sí.

—En los interrogatorios negaron todos los hechos y el abogado dijo que teníamos que dejarlos en libertad porque los cargos eran infundados. Esta gente está bien asesorada. Si no presentamos nuevas pruebas, en dos días quedarán en libertad. Lo siento —comentó Esteban.

Adriana creía que con su declaración sería suficiente para que estuviesen encerrados hasta que Martín se recuperara y pudiese añadir la suya. A veces, la justicia no actúa como debe y da lugar a la

venganza personal. Adriana no estaba por la labor de que los sicarios se saliesen con la suya y quedaran en libertad sin más.

Se suele decir que hay que tener amigos hasta en el infierno porque nunca sabes si en algún momento los podrías necesitar. Adriana estaba decidida a cruzar esa línea roja donde la justicia no podía llegar. En la agenda tenía a Toño, un antiguo compañero de la academia. Habían quedado para tomar alguna copa, pero sin llegar a nada serio, solo tenían una buena amistad. Toño era una persona con carácter fuerte y eso le creó más de un problema en el periodo que estuvo en la policía. Fue sancionado por su agresividad. Le cabreaba encontrarse con situaciones injustas y a veces se tomaba la justicia por su mano.

En un caso de maltrato de género, un hombre era encerrado en los calabozos por agredir a su mujer, pero después de pasar unos días encerrado, quedaba en libertad a la espera de ser juzgado. Mientras tanto, seguía maltratando a su esposa. Una tarde, recibieron el aviso de que una mujer se había suicidado arrojándose de un tercer piso. Harta de recibir palizas por parte de su marido, decidió quitarse la vida. Víctor era un delincuente conocido en la comisaría, entraba y salía como en su casa. Lo localizaron en un bar a pocos metros de donde vivía y cuando le comunicaron lo sucedido, sonrió y celebró la muerte de su mujer. A Toño le repateó su actitud e intentó agredirlo sin pensar en las consecuencias.

Días más tarde del suicidio, Toño se encontró de cara con Víctor en una zona algo peligrosa donde solían ir los yonquis a por sus dosis diarias. Víctor no se percató de la presencia de Toño hasta que estuvo a unos metros de distancia.

—¿Hoy no celebras la muerte de tu mujer? —espetó Toño con media sonrisa.

Víctor quiso salir corriendo, pero no le dio tiempo ni a moverse. Sin mediar palabra, Toño le proporcionó tal puñetazo en la mandíbula que lo dejó seco. El maltratador trató de levantarse y agredir a Toño, pero este descargó toda su ira sobre él. En pocos minutos, el cuerpo de Víctor agonizaba al lado de unos contenedores de basura.

Horas más tarde, los trabajadores encargados de vaciar los contenedores vieron su cuerpo. Al principio, pensaron que se trataba de un borracho, pero segundos más tarde se dieron cuenta de que estaba muerto y llamaron a la Policía.

Toño se aseguró de no dejar rastro. Los siguientes días en la comisaría fueron un infierno. Cabios de turnos inesperados, broncas constantes con su superior… Reaccionaba de mala manera y lo amenazaron con meterlo en los calabazos si no cambiaba la forma de hacer las cosas.

Su superior empezó a sospechar que tenía algo que ver con la muerte del maltratador. Durante horas pensó en presentar su dimisión, sabía que en algún momento podían pillarlo y meterlo entre barrotes. Finalmente, lo hizo. Su superior recibió la renuncia con mucho agrado y desde entonces trabajaba en una empresa de seguridad privada.

CAPÍTULO 26

Adriana no hacía mucho que había regresado del hospital, pasó la noche haciéndole compañía a Martín. En la habitación del hotel tenía la tranquilidad que necesitaba. Mientras se preparaba para darse una ducha, recibió una llamada que le removió todo el cuerpo.

—Buenos días, Adriana, te llamo para decirte que los detenidos van a ser puestos en libertad en pocas horas. —Estaban sonaba cabreado.

—¿Sin más? Han estado a punto de matar a mi compañero y a mí me han marcado como un animal y no pasa nada, vaya porquería de justicia. —Adriana se encontraba moralmente destrozada.

—El juez les ha retenido la documentación durante dos días para comprobar que no existen órdenes de detención por parte otros países. Su abogado tiene la obligación de presentarse en la comisaría con ellos hasta que les devuelvan la documentación. Han presentado un domicilio donde van a estar alojados, tienen reserva para tres días en el hotel Agumar, en la habitación ciento cinco. El hotel se encuentra a diez minutos de la estación de Atocha. Si quieres actuar, tienes poco tiempo.

Adriana tiró el teléfono a la cama y se metió en la ducha. Salió del baño desnuda y se puso delante del espejo del armario, observó la cicatriz. Se puso una crema hasta que la piel la absorbió. Su gesto cambió rápidamente, había algo en su mirada que intimidaba. Había llegado el momento de cruzar la línea roja.

Llamó por teléfono a Toño, necesitaría su ayuda para poner el plan en marcha.

—Hola, compañero.

—¿Por qué será que no me sorprende tu llamada? Estarás muy jodida para que recurras a mí —respondió Toño con tono alegre.

—Efectivamente, estoy muy jodida y muy cabreada. —La voz áspera y rota de Adriana indicaba el estado en el que se encontraba.

—Dime.

—Por teléfono no, ¿podemos vernos en una hora en la cafetería del hotel Agumar, al lado de Atocha?

—Perfecto, ahí nos vemos.

Adriana se vistió con toda la tranquilidad del mundo y se hizo una coleta. Cogió la placa de policía y la pistola y las guardó en la caja fuerte de la habitación. Durante unos días no le sería necesaria. Salió del hotel y cogió un taxi a la estación de Atocha, la distancia hasta llegar al hotel la hizo caminando. Era necesario conocer bien los

alrededores.

Entró al hotel, le sorprendió la recepción amplia y elegante, pero más le sorprendió ver a Toño conversando de manera muy cordial con la recepcionista. Se acercó lentamente sin perderse ningún detalle. Toño, al verla, la abrazó tan fuerte que sintió sus huesos crujir.

—¿Cómo estás, compañero? —dijo Adriana, aún dolorida por el achuchón.

—Bien, pero no puedo decir lo mismo de ti.

Adriana sonrió y movió la cabeza ambos lados. Se la notaba nerviosa, todo lo contrario que a su amigo. Entraron en la cafetería y se subieron a un altillo donde había unas mesas, un lugar más reservado. Le sorprendió la libertad de movimiento de Toño y la relación con los camareros, hasta el propio gerente del hotel fue a saludarlo. Daba la sensación de ser el dueño del hotel.

—Veo que te van bien las cosas, menudo trato te dan.

—No me puedo quejar, pero no te equivoques, que nada es lo que parece. Soy el jefe de seguridad de una corporación de empresas, me encargo de proteger a ciertas personas nacionales y extranjeras y da la casualidad de que este hotel reúne cierta seguridad que otros no tienen. Paso largas temporadas hospedado en sitios como este y de ahí mi amistad con el personal.

—¿Y se puede saber a qué tipo de personalidades proteges?

—No. —Toño la miró a los ojos—. Dime qué necesitas de mí y ten la seguridad de que si te puedo ayudar, lo haré.

Adriana se desabrochó unos botones de la camisa y le enseñó la marca que le dejaron los sicarios.

—¿Quién te lo ha echo? —El semblante de Toño cambió.

—Lo mío es lo de menos, tengo a mi compañero en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. Pudimos detener a los sicarios con la ayuda del C.N.I., pero la justicia a veces no funciona como debe. Mi declaración no es suficiente para encarcelarlos y sin la declaración de mi compañero, no hay nada que se pueda hacer. Según su abogado, los cargos son infundados.

Toño cogió su mano con fuerza, mostrándole apoyo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—Hacerles sufrir hasta que hablen —masculló Adriana con rabia —. Quedarán libres en cuestión de horas, les han retirado la documentación durante dos días para formalizar ciertas comprobaciones. Su abogado aportó una dirección donde estarían hasta su completa liberación. Este hotel, la habitación ciento cinco.

Toño la miró a los ojos y permaneció en silencio durante unos segundos, luego se levantó de la silla.

—Espera unos minutos —le dijo a Adriana y abandonó la cafetería.

Adriana se preguntó si no había sido un error meter a Toño. La

espera se hizo larga, pero al fin vio a Toño entrar de nuevo con una carpeta en las manos.

—Un representante de un bufete de abogados hizo una reserva para dos personas para dos días. Sin duda, son los sicarios que has comentado. Trabajo para gente de todo tipo: buena, regular y mala. Mi trabajo consiste en proteger y dar cobertura hasta que abandonan el país. No hago preguntas ni distinciones y tiene que seguir así. —Adriana le escuchaba con atención—. No te puedes implicar con estos tíos porque son muy peligrosos. ¿Te acuerdas del taller de motos de mi tío?

—Sí —respondió Adriana sorprendida.

—Sobre las dos de la madrugada estaremos allí. Veas lo que veas, no preguntes ni hagas comentarios. Tendrás una hora como mucho para sacarles toda la información que necesites. Una vez termines, abandonarás el lugar igual que entrante, sin decir nada. Después, tendremos que deshacernos de los cuerpos. Piénsatelo bien si estas dispuesta a llegar hasta ese extremo.

—Quiero hacerlo —dijo con seguridad.

—Cuando cruces esta línea, será difícil volver a la normalidad. —Toño la cogió de las manos.

—¿Cómo lo harás?

—Cuanto menos sepas, mejor.

Se levantaron y Toño la acompañó a la salida del hotel.

—A las dos, no tendrás otra oportunidad.

Adriana asintió y se marchó.

Toño tenía muy claro lo que tenía que hacer para ayudar a su amiga, sabía todo sobre los sicarios y contaba con la información del bufete de abogados que llevaba su defensa. En su mundo, el espionaje, el chantaje y hacer desaparecer a ciertas personas estaba a la orden del día. Una vez instalados en el hotel, los sicarios no se moverían hasta recibir nuevas instrucciones por parte del abogado.

A pesar de que Toño contaba con libertad de movimiento en el hotel para actuar y hacerlos desaparecer, no quería comprometer a nadie. Si implicaba al personal y al propio hotel, su tapadera quedaría al descubierto. Había mucho tiempo y dinero empleados para ganarse la confianza del gerente del hotel.

En ese mundo corrupto, el dinero fluía de las drogas, los secuestros, el chantaje y los ajustes de cuentas. Muchos se sorprenderían si se conociesen la identidad de implicados. No le molestaba juntarse este tipo de personas, ya fuesen asesinos a sueldo, traficantes, funcionarios corruptos y altos cargos de la Policía. El dinero tenía que moverse con mucha rapidez y llevarlo a sitios seguros, para ello contaba con la gente idónea. Todos conformaban una cadena y para asegurar que el trabajo funcionase, tenían que estar

muy bien asesorados y poner todos los medios económicos necesarios. Era preciso contar con uno de los mejores bufetes de Europa con sede en España.

Sobre las siete de la tarde, Toño recibió una llamada que le confirmaba que los sicarios ya disfrutaban de la tranquilidad del hotel.

El siguiente paso fue averiguar el domicilio del abogado que los había asistido y hacerle una visita muy cordial. Vivía en uno de los mejores edificios de Madrid, en la décima octava planta, custodiada con agente de vigilancia. El dinero es la llave que abre todas las puertas y en este caso no iba a ser menos. Sobre las diez de la noche, Toño y su acompañante se encontraban en la zona ajardinada que daba entrada al edificio por la parte de atrás. Esperaron cinco minutos hasta que un vigilante les ayudó a entrar y a salir del edificio por una buena suma de dinero.

El guarda los acompañó hasta la vivienda del abogado sin ser vistos por las cámaras. Les indicó la puerta y los esperó en un espacio muerto del rellano de la escalera. Toño y su compañero se cubrieron la cara y llamaron a la puerta. Les sorprendió que el abogado abriese la puerta sin preguntar. En pocos segundos se encontraba amordazado y atado a una silla del salón.

—No hemos venido a quitarte la vida, pero eso puede cambiar si no colaboras. —El abogado asintió, dispuesto a obedecer—. Te voy a destapar la boca. Si hablas sin que yo pregunte, estás muerto. Asiente si lo has entendido.

El compañero de Toño le quitó la cinta americana de la boca. Toño dejó sobre la mesa una jeringa con una toxina que hace que el corazón se pare al instante y que no deja rastro en el organismo.

—Solo quiero que hagas una llamada. Si no estás de acuerdo, el contenido de esta jeringuilla te provocará un infarto.

—Haré lo que me digáis —dijo el abogado medio llorando.

—Llama a los colombianos que se encuentran alojados en el hotel, diles que no es lugar seguro y que en cualquier momento pueden ser detenidos y que hay un coche esperándolos que los llevará a otro lugar.

—Me matarán si hago lo que me dices…

—Y si no lo haces, te mataré yo, tú eliges. —Toño cogió la jeringa de la mesa—. No te pasará nada. En las cámaras del hotel verán que salen solos y pensarán que se han ido de fiesta. Mañana te presentas en la comisaría y les cuentas una historia.

El abogado cogió el teléfono, marcó y les dijo todo lo que Toño indicó. Cinco minutos más tarde, Toño recibió una llamada. Tenían a los colombianos. Su compañero y él abandonaron la vivienda, dejaron al abogado sentado en la silla, llorando como un niño.

Sobre las dos de la madrugada, Adriana llegó al que fue un taller de motos en el barrio de Vallecas. Habían pasado muchos años desde que estuvo por última vez, la zona había cambiado y estaba un poco desorientada. Escuchó cómo se habría una puerta y al girarse, vio a un hombre con la cara tapada que le hizo señas.

Al entrar, se sorprendió por la transformación del viejo taller de motos. Ahora era un gran almacén. El hombre y le dijo que la acompañara. Pasaron por un pasillo algo estrecho, una bombilla colgaba del techo con una luz tenue. Adriana empezó a dudar de si estaba haciendo lo correcto. Al final del pasillo se abrió una puerta que daba a otra sala. En ella había cuatro hombres con la cara cubierta, Adriana reconoció la figura de Toño en uno de ellos. Los sicarios estaban sentados en butacas como las que usan los peluqueros, con los ojos y la boca tapados, atados de pies y manos. Tenían los dedos separados con trozos de esponjas. A su lado, había una mesa de mármol con toda clase de herramientas de tortura, desde agujas de acupuntura hasta pinzas para dar corriente.

Adriana estaba decidida a hacer lo que fuese necesario para sacarles la información que necesitaba, ya no había marcha atrás.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Toño.

—No, con esto tengo bastante.

Toño se sorprendió al ver que solo cogió el botecito con las agujas.

—Quitadles la cinta de los ojos —pidió Adriana.

Los sicarios se quedaron lívidos al ver a la persona que tenían delante. Adriana los miró con frialdad.

—Hay dos maneras de hacer esto: por las buenas o por las malas. Os aconsejo que elijáis la buena porque la mala me va a gustar.

Adriana avanzó lentamente mientras los sicarios se miraban entre ellos. Se puso en medio de los dos y les destapó la boca.

—Nosotros no sabemos nada —respondió uno.

—¡Cierra la puta boca! —gritó Adriana al mismo tiempo que le daba un guantazo.

—Esto se va a poner interesante —comentó Toño desde la distancia.

Adriana cogió una silla y se sentó entre los dos, sacó las agujas y las dejó en una tela blanca sobre una mesita con ruedas que tenía cerca.

—Os haré unas preguntas y quiero respuestas claras, nada de evasivas. De lo contrario, experimentareis un dolor insoportable. —Adriana clavó con suavidad agujas en los dedos de sus manos—. Estas agujas afectarán al nervio mediano y al cubital; si las respuestas no son de mi agrado, las presionaré hasta atravesarlos y vuestro dolor se hará cada vez más insoportable. Empezamos: ¿quién os contrató?

Los hombres se mantuvieron en silencio.

—Muy bien. —Adriana presionó las agujas del dedo índice. Al segundo, los sicarios experimentaron un dolor punzante—. ¿Os duele? Pues esto no es nada comparado con lo que os espera.

—No conocemos al que encargó nuestros servicios —respondió uno.

—¿Cómo os contactaron? —inquirió Toño.

No hubo respuesta.

—Perfecto. —Adriana presionó con fuerza las agujas del dedo anular. Los gritos de dolor de los sicarios hizo que los hombres que permanecían en la sala se mirasen.

—Es a través de una página en Internet —masculló el otro sicario —. Se ponen en contacto con nuestro jefe, fijan un precio y si llegan a un acuerdo, manda la documentación. Nosotros somos meros ejecutores.

—Meros ejecutores… Hijos de puta, habéis estado a punto de matar a mi compañero —espetó Adriana mientras presionaba las agujas del dedo corazón.

Parecía que los ojos de los sicarios se saldrían de las cuencas en cualquier momento por el dolor. A Adriana la embargó la venganza.

Toño observó cómo Adriana controlaba la situación a pesar de su impulso agresivo. Esta se levantó de la silla y fue a donde se encontraba él, le pidió un ordenador y preguntó si alguno de sus hombres estaba al día de los sistemas informáticos. Al cabo de unos minutos, le pusieron un portátil sobre la mesa.

—¿Podemos averiguar desde dónde se hizo el encargo? —inquirió Adriana.

—Primero deberíamos saber cómo contactaron con ellos y después intentar buscar el terminal del solicitante —comentó el informático.

Adriana se acercó a los sicarios para decirles que su tiempo se había terminado si no colaboraban. Para incitarlos, les apretó las agujas. Al instante, se retorcieron de dolor, las lágrimas brotaron y las venas del cuello se les marcaron. Estaban a punto de perder el sentido cuando uno de ellos gritó que parara.

—Colaboraremos —dijo con voz queda uno de ellos al tiempo que respiraba profundamente.

—Decidle cómo haceros un encargo.

Hablaron hasta por los codos, dieron las instrucciones hasta llegar a una página web que les daba la bienvenida.

—Bien, necesitamos la contraseña para entrar y, con un poco de suerte, sabremos qué tipo de encargo se hizo y su ubicación.

Adriana solo tuvo que mirar a los sicarios para que escupieran la contraseña. A los pocos minutos, encontraron un archivo que contenía dos carpetas con los nombres de Adriana y Martín. En ella estaban sus informes policiales.

—Estos informes han sido sustraídos de la comisaría… —dijo Adriana—. El que lo hizo es más inteligente de que nos pesábamos. Podemos rastrear la IP para saber su geolocalización.

—Hmm, esto tiene un sistema de desvío de localización. —En el ordenador salió un mapa de medio mundo donde podía estar el terminal—. Sin embargo, si introducimos de nuevo la IP, damos con datos como el host, ISP, país de origen e incluso un mapa de su ubicación. Perfecto, ahí lo tenemos. El terminal se encuentra en esta zona de Madrid. ¿Tenemos los teléfonos de los sicarios?

—Sí —contestó Adriana.

—Podemos comprobar si habido una interconexión entre el teléfono y el terminal, si es así, podemos acotar la zona de búsqueda. —Al cabo de unos segundos, en la pantalla del ordenador apareció la zona de donde se conectó con el ordenador—. Es lo máximo que nos podemos acercar —dijo el informático.

—Perfecto, son cuatro edificios, envíamelo todo a mi correo.

—Por supuesto, Toño te lo facilitará.

Adriana estaba dispuesta a abandonar la sala cuando el informático la llamó.

—Hay algo que debes ver.

Adriana se acercó y vio en la pantalla del ordenador las fotografías de su agresión y la de Martín. Fue como si la poseyera el diablo. Desenfundó la pistola, dispuesta a vaciar el cargador en los sicarios. Toño se puso en su camino para impedir que los matara, pues aquello la perseguiría toda la vida.

—No lo hagas, nosotros nos encargamos de ellos.

Adriana lo miró a los ojos y dio media vuelta. Salió del almacén convencida de que daría con el paradero de la persona que encargó que los quitaran del medio. El destino de los sicarios ya no estaba en sus manos y tampoco le importaba, su amigo Toño sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Se subió al coche y respiró profundamente. Se alegró de que Toño la hubiese parado, la mente se le nubló por unos segundos y estuvo a punto de matarlos. La rabia y la ira se apoderaron de ella. Las manillas del reloj marcaban las cinco de la mañana, Adriana no se podía ir al hotel sin antes pasarse por el hospital a ver a Martín.

Al llegar a la sala de urgencias le esperaba una sorpresa. Cuando se dirigió al mostrador para preguntar por Martín, le dijeron que lo habían trasladado a la primera planta, a la habitación once. No pudo evitar sonreír, era la mejor noticia que había recibido en mucho tiempo. Subió a la habitación a pesar de la hora que era. Lo que no se esperaba era encontrar a Martín despierto y viendo la televisión.

CAPÍTULO 27

Rubén se sentía muy confuso. Cuando llegó a la habitación del hotel, dejó la mochila sobre la cama y se sentó en el sillón con la mirada perdida. Sentía haber matado a las tres mujeres… o eso quería pensar. Vicente lo había tenido engañado toda su vida. Él fue quien le incitó para que cometiese los crímenes, lo convirtió en un asesino, pero la verdad era que disfrutó haciéndolo. En su cabeza se arremolinaban las dudas, una de ellas era si sería capaz de volver a matar.

El sonido de un mensaje hizo que saliese del bucle en el que estaba metido. Cogió el teléfono y un escalofrió corrió por su cuerpo.

—Detuvieron a los sicarios y han desaparecido. Tienes que salir de Madrid lo antes posible, no tardarán mucho localizar el piso y si te detienen, estaremos jodidos los dos.

Pensó que los sicarios que contrató estarían fuera de España, el que los detuviesen y pusiesen en libertad dos días más tarde fue un contratiempo para él. No tenía sentido que hubiesen huido del país dejándose los pasaportes en la habitación del hotel. Estaba convencido de que Adriana tenía que ver con su desaparición, si consiguió que hablaran, estaba en un gran problema. No era la mosquita muerta que pensó. Tenía que salir del hotel lo antes posible y regresar a Madrid, sus intenciones con Vicente podían esperar.

Llegó a Madrid entrada la noche, el viaje se hizo muy pesado, paró en áreas de servicio por necesidad y las horas de conducción se hicieron interminables. Estaba agotado, pero sabía que no podía permanecer mucho tiempo en el piso. Se dio una ducha rápida, se hizo un café bien cargado y limpió el piso.

Sobre las seis de la mañana conectó el ordenador por última vez, quería comprobar todos los movimientos de Adriana. Introdujo el número de teléfono que ella misma le facilitó en el programa de rastreo.

Confirmó que Adriana estuvo involucrada en la detención de los sicarios, los siguientes movimientos al hospital y a un hotel donde pasó varias horas sin moverse. Dedujo que Adriana prefirió instalarse allí, una reacción normal después de lo sucedido. Entonces vio el movimiento sobre las dos de la madrugada. ¿Qué hacía Adriana a esas horas en unos almacenes? Durante casi dos horas estuvo sin moverse. Definitivamente, aquello estaba relacionado con la desaparición de los sicarios, seguro que los interrogaron y no pararon hasta conseguir que

hablaran.

Debía darse prisa.

El teléfono de Adriana no paraba de sonar, ¿quién era a esas horas de la mañana? Respondió sin mirar el número.

—¿Sí? —contestó medio dormida.

—Has estado muy activa estos días.

—¿Quién eres? —preguntó refregándose los ojos

—No tienes que preocuparte de mí de momento, lo sé todo: el secuestro de los sicarios, el interrogatorio… Al principio se muestran duros, pero cuando les infliges un poco de dolor, se vuelven unas cotorras.

Adriana se espabiló de golpe.

—¿Fuiste tú quien contrataste a los sicarios para que dejáramos de rebuscar en el pasado del psiquiatra? —espetó.

—Sí. No sirve de nada negarlo, tenéis que dar gracias de seguir con vida, pero eso puede cambiar en cualquier momento —comentó Rubén mientras Adriana se sentaba en la cama.

—Cuando menos te los esperes, te detendremos y te pudrirás en la cárcel.

—Sé que estáis intentando localizarme y por eso me ausentaré por un tiempo, pero no te preocupes, que estaremos en contacto. Cuídate y que se mejore tu compañero. —Rubén cortó la llamada y dejó el teléfono sobre la mesa.

Rubén desconectó el ordenador del terminal, no tardaría mucho en localizarle. Era el momento idóneo para abandonar Madrid y trasladarse a La Hiruela, el pueblo donde permaneció tanto tiempo aislado del resto del mundo. Pocos minutos tardó en hacer las maletas, se aseguró de no dejaba nada en la vivienda que lo relacionase con los asesinatos.

CAPÍTULO 28

Adriana permaneció un buen rato sentada en la cama, no podía dejar de pensar cómo había averiguado todos sus movimientos. Tenía la certeza de que había rastreado su teléfono y que alguien colaboraba con él. Cogió el teléfono y realizó una llamada.

—No esperaba que me llamases tan pronto —dijo Toño.

—He recibido una llamada bastante extraña. Era un hombre y sabía lo de los sicarios, lo del almacén y todos mis movimientos de estos días. Desde que empezamos la investigación del psiquiatra, tengo el presentimiento de que algún miembro de la unidad le está ayudando. —El tono de voz de Adriana delataba su nerviosismo.

—Cálmate, si conocían todos tus movimientos es porque de alguna manera han rastreado tu teléfono. Por los sicarios no debes preocuparte, ya han pasado a mejor vida. Lo primero que tienes que hacer es desactivar el GPS del teléfono para que no te tenga localizada. Investigaremos a los miembros de la unidad y te diré algo. Piensa a quién has dado tu número de teléfono, quizás tengas a la persona que buscas más cerca de lo que te piensas.

Lo primero que hizo después de hablar con Toño fue desactivar el GPS del teléfono. De nuevo, tenía que cambiar de alojamiento. No contemplaba la opción de regresar a su casa, al menos de momento. En esta ocasión, Adriana se instaló en el hostal Alexis, a trescientos metros de la Puerta del Sol. Todo estaba sucediendo demasiado rápido, removieron tanto los cimientos de la investigación que no habían parado con las sorpresas. Quizás el retroceder más de treinta años en la investigación fue una temeridad.

A las ocho y media de la mañana del día siguiente, Adriana se presentó en la comisaría necesitaba hablar con Germán y ponerle al día de todo lo que había averiguado. Le entregó un mapa de la zona donde podía estar el sospechoso. Germán no tardó en organizar un dispositivo de búsqueda para detenerlo, no era muy amplia y con pocos efectivos podían tener buenos resultados. No quiso saber cómo había conseguido la información; al no estar de servicio, lo que Adriana hiciese en su tiempo libre no era de su incumbencia, siempre y cuando no cruzara ciertos límites.

Adriana tenía la sospecha de que podían atentar de nuevo contra Martín y convenció a Germán para que pusiese un agente permanente en el hospital hasta que le diesen el alta.

Martín estuvo en la misma puerta de la muerte, pero su hora no había llegado. Después de pasar unas horas muy clíticas en cuidados intensivos, mejoró hasta tal punto que las horas en el hospital estaban contadas.

Unos días más tarde, Adriana volvió a la comisaría. Fue recibida con agrado por el resto de la unidad de Homicidios. Martín ya estaba haciendo de las suyas a pesar de no contar con permiso médico para volver al trabajo, pero se dejaba ver por la comisaría e incordiaba a su amigo Germán. Parecía que la suerte se había aliado con el equipo porque recibieron la noticia de que habían localizado el piso del sospechoso en la calle Pelayo, número ocho. Se desplazaron hasta el lugar y cuando llegaron, la Policía Nacional tenía la zona acordonada. Al mando se encontraba en sargento Abel.

—¿Como habéis localizado el piso? —preguntó Adriana.

—Con el mapa de la zona que nos dieron, el equipo de informática trazó unas coordenadas que sitúan el terminal en este edificio —respondió el sargento.

—Lo más seguro es que la persona que estamos buscando no esté en su casa. Sargento, que entren sus hombres y llamen a todas las puertas. Así encontraremos más rápido la vivienda que buscamos —propuso Adriana mientras los miembros de la unidad se preparaban para hacerse cargo de la situación. Adriana hizo llamar a la policía científica.

Inspeccionaron todo el edificio hasta hallar la casa, segundo piso, puerta tres. Tomaron declaración a todos los vecinos sobre el sospechoso. Coincidieron en que era una persona poco sociable y que no se relacionaba con el resto de los vecinos. Rara vez se cruzaban con él y cuando lo hacían, acachaba la cabeza para que no se le viera la cara. A pesar de ello, algunos afirmaron que tenía una cicatriz bastante grande en el lado derecho de la cara.

Adriana esperó hasta obtener la orden judicial para entrar en la vivienda. El equipo forense estaba preparado para inspeccionarla hasta el último rincón. Dividieron el espacio en cuadrantes y cada miembro se ocupó de una zona. Fue una labor minuciosa: rociaron luminol por la vivienda en busca de restos de sangre, separaron muebles, deshicieron las camas y buscaron en el baño. Lo único que encontraron fueron botellas de lejía vacías. El sospechoso lo había lavado todo para eliminar cualquier rastro.

Adriana quitó el filtro de la lavadora, encontró unos pelos pegados en un trocito de cinta adhesiva. Tenía la seguridad de que no pertenecían al sospechoso por lo largos que eran. Los metió en una bolsa y los guardó en el maletín. La inspección de la vivienda duro varias horas. Adriana fue la primera en salir mientras el resto

terminaban. Vio a Martín apoyado sobre el coche.

—¿Por qué será que no me sorprende verte aquí? Sabes que aún no te puedes incorporar a la investigación —comentó Adriana con una pequeña sonrisa.

—¿Qué es lo que habéis encontrado? —inquirió Martín al mismo tiempo que sacaba un cigarro de la cajetilla.

Adriana lo miró y de un manotazo le quitó el cigarro y la cajetilla.

—El médico te ha dicho que nada de tabaco.

—¿Me vas a decir lo que habéis encontrado? Nos conocemos bien y sé cuándo has encontrado algo importante —dijo lentamente, aún tenía un poco de dificultad a enlazar algunas palabras.

—El sospechoso limpió la vivienda con lejía para eliminar cualquier rastro, pero ha cometido un error, se olvidó limpiar el filtro de la lavadora. He encontrado unos pelos pegados en cita adhesiva, tengo la certeza de que son de mujer. —Adriana no podía disimular su alegría.

—¡Habéis venido en busaca de pruebas que lo relacionen con los sicarios y has encontrado pruebas de las muertes! —Martín no pudo evitar besar a Adriana en la cara.

—No cantemos victoria hasta saber los resultados de ADN de los pelos y comprobar si el trozo de cinta es igual a la que utilizó en sus crímenes —respondió Adriana, quería ser prudente.

CAPÍTULO 29

Hacía pocas horas que Rubén había llegado al pueblo. Aparcó el coche en el lateral de la casa. Los recuerdos no eran nada agradables, pero no tenía otra alternativa. Después de meditarlo durante varios minutos, se bajó, cogió la maleta y se puso delante de la puerta. Notó una presión en el pecho que le dificultaba la respiración, pensó en darse la vuelta y abandonar el pueblo lo más rápido posible. Pero era consciente de que no podía ir a otro lugar de momento, así que se armó de valor y sin pensarlo más, abrió la puerta. La casa lo recibió con olor a rancio y a humedad.

Abrió todas las ventanas para que entrara aire fresco y se ventilara la vivienda. Aún quedaban por el suelo pedacitos de cristales de los espejos que en su día hubo. Más de una vez intento quitarse la vida, pero por una razón u otra, siempre terminaban reanimándole.

Cuando se instaló, llamaron a la puerta. ¿Quién podía ser si nadie sabía que estaba en el pueblo? Se acercó a la mirilla y vio a una mujer. Al principio no la reconoció, pero cuando se fijó bien, se dio cuenta de que era la misma que le llevaba la comida años atrás. Abrió la puerta y le entregó unas bolsas con alimentos, platos y vasos. Luego se marchó. Actuó de la misma forma que tiempo atrás.

Cuando se disponía a guardar la comida, se dio cuenta de que la nevera era nueva. Era como si supiesen que regresaría a la casa, también habían cambiado la televisión. No tuvo que pensar mucho para entender quién estaba detrás, Vicente sabía que esto sucedería. Al abrir la nevera para dejar la fruta, vio que había dos paquetes de cervezas y varias botellas de agua.

Tenía que reconocer que había pensado en todo. Cogió una cerveza y se sentó en una silla, cuando se disponía a darle el primer sorbo, sonó el teléfono.

—Espero que tu estancia en la casa sea de tu agrado —comentó Vicente.

—¿Cómo sabías que vendría?

—Recuerda que te devolví la vida y eres quien eres gracias a mí —respondió de forma irónica.

—Tengo que reconocer que tienes razón. En cierta manera, tengo que agradecértelo. Tu trabajo como psiquiatra dio sus frutos, te metiste en mi cabeza e hiciste al hombre que soy ahora. Por eso te doy las gracias. —Los pensamientos de Rubén iban por otros cauces.

—Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que llamarme. —Vicente se sentía bien sabiendo que tenía a Rubén en sus manos.

—Necesito que vengas, tienes que ver algunas cosas que he traído para ti y tenemos que planificar cómo seguir matando a la escoria que queda. —Rubén sabía cómo hacer que Vicente fuese a la casa, le dijo lo que quería escuchar.

—Sabía que no me equivocaba cuando te elegí para que siguieses mis pasos, en dos días estaré en el pueblo y hablaremos con calma.

Rubén termino de beberse la cerveza y sonrió de manera maliciosa. En su mente lo tenía todo planeado, recibiría a su mentor con los brazos abiertos. Sacó el cuchillo de la mochila y se aseguró de que estuviese bien afilado, lo dejó en un cajón del mueble junto a la cinta americana. Lo único que tenía que hacer era ser paciente.

A las seis de la tarde del día siguiente, llamaron a la puerta Rubén. Se había quedado traspuesto tumbado en la cama. La tranquilidad y la paz que se respiraba en ese lugar lo llevaba a ello. Se levantó pensando que sería la anciana con la comida, pero cuando abrió la puerta, se topó con un Vicente con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Sorprendido? —Llevaba una bolsa de deporte en la mano.

—La verdad es que sí, te esperaba mañana, pero me alegra que estes aquí.

—Pensé que para qué esperar, lo que tenía que hacer lo podía dejar para otro momento. Bueno, cuéntame cómo ha ido todo, pero antes tengo que darte las gracias por quitarme del medio a Martín y a su compañera. —Su cara rebosaba felicidad.

—Bien, mejor de lo esperado. Contraté a dos sicarios que se encargaron del asunto, me salió un poco caro, pero qué coño, valió la pena.

—Sabes que el dinero no es problema.

—Lo sé —respondió Rubén.

—Desde que hablamos por teléfono, no me se quita la idea de cómo debemos actuar, tenemos que ocuparnos de ciertas mujeres. Tengo la lista hecha con sus direcciones, las degollaremos como a cerdos, son una escoria —escupió Vicente con rabia.

—¿Te apetece un poco de agua fresca?

—Sí, gracias.

El plan de Rubén se puso en marcha, le echó en el agua unas gotas de un somnífero muy potente. Vicente se bebió el vaso de un trago mientras Rubén lo observaba atentamente. El somnífero no tardó en hacer efecto. Vicente se desplomó y dio un cabezazo con la mesa.

Con toda la tranquilidad del mundo, Rubén lo sentó en una silla con reposabrazos. Sacó el cuchillo y la cinta americana, le ató manos y pies y esperó paciente a que se despertara.

Cuando el psiquiatra abrió los ojos y vio que se encontraba atado a la silla, sus ojos se iban a salir de sus orbitas. Rubén lo miró fijamente a los ojos, observó que tenía síntomas de asfixia y decidió quitarle la

cinta de la boca para que no le diera un paro cardíaco.

—Si gritas, te cortaré la lengua.

—¿Por qué me haces esto después de lo que he hecho por ti? —balbuceó Vicente entre lloros.

—Te voy a dar una carta y quiero que la leas en voz alta sin que te saltes ni una sola coma.

Vicente leyó la carta que escribió la hermana Mercedes en su lecho de muerte. Cuando terminó, permaneció en silencio.

—Fuiste el tú el responsable de la muerte de mis hermanas, permitiste que las violaran y no hiciste nada para impedirlo. Y todo por tus aires de grandeza. Porque tuviste que salvarme y no me dejaste morir. —espetó Rubén con rabia—. ¡Don Vicente, el psiquiatra mejor valorado de Asturias! Tú te encargaste de arruinarme la vida, metiéndome en la cabeza tus ideas macabras. Sacaste lo peor de mí y me convertiste en un asesino sin escrúpulos… Y todo para tapar todo lo que hiciste en el centro de acogida.

A Rubén se le cayeron unas lágrimas con el recuerdo de sus hermanas. Tuvo que calmar sus impulsos para no matarlo en ese momento.

—Perdóname, yo no sabía lo de las violaciones…

—¡¡Mientes otra vez!! —bramó Rubén—. La directora del centro te dijo lo que estaba sucediendo y preferiste proteger a tu amigo en vez de velar por el bienestar de los niños. Amenazaste a Manuela para que estuviese callara…

—¿No la mataste…? —inquirió Vicente sorprendido.

—No hizo falta, ella murió el día del incendio, aunque no se diese cuenta. Ha sufrido todos estos años.

Rubén se levantó de la silla y limpió la hoja del cuchillo. En esos momentos, la vida de Vicente no tenía valor alguno. De nuevo, le tapó la boca con la cinta americana para que no se escucharan sus gritos.

—Vas a experimentar el mismo dolor que las mujeres que me hiciste matar —dijo Rubén fríamente.

Le cortó los dedos de las manos y los dejó encima de mesa. Vicente berreó de dolor hasta el punto de casi desmayarse, pero Rubén le suministró una dosis de adrenalina.

—Esto evitará que te desmayes, tu corazón latirá más fuerte y el riego sanguíneo se acelerará, respiraras mejor hasta que te llegue tu hora.

Rubén quería deleitarse. Observó cómo se desangraba. El psiquiatra pedía clemencia, que lo matara de una vez para dejar de sufrir. Rubén inspiró, se puso detrás, le cogió del pelo e inclinó la cabeza hacia atrás. Le cortó el cuello mientras lo miraba a los ojos, se convirtió en una fuente de sangre que bañó todo su cuerpo. Vicente murió segundos después, su cabeza quedó colgando, prácticamente

cercenada.

Dejó el cuchillo sobre la mesa y se fue a la ducha, estuvo bajo el agua más de media hora limpiándose la sangre. Más tarde, se dejó caer en la cama y se quedó dormido como si no hubiese sucedido nada. Al día siguiente fue al salón, nunca había visto tanta sangre derramada. Sonrió y llamó por teléfono.

—Veo que también madrugas —dijo.

—¿Quién eres? —preguntó Adriana al otro lado de la línea.

—¿Tan proto te has olvidado de mí? Qué decepción. ¿Quieres que te recuerde que si sigues con vida es gracias a mí? —Rubén sonrió.

—No tardaremos en detenerte, el otro día te libraste por los pelos.

—Esa es la policía que quiero, agresiva desde el principio. Escúchame bien porque no te lo volveré a repetir, sobre las doce recibirás una dirección. Te he dejado un regalo que espero sepas apreciar. Habrá una nota explicándote lo sucedido. No espero que me des las gracias. —Rubén colgó y observó por última vez el cuerpo de Vicente.

Adriana se quedó bostezando sentada sobre la cama, la llamada de Rubén hizo que se levantara antes de lo previsto. Miró el reloj, las agujas marcaban las siete menos cuarto. Intentó dormir un rato más, pero le fue imposible. «¿Por qué esa amabilidad de repente?», se preguntó con la mirada puesta en el techo de la habitación. Sin darse cuenta, había creado un vínculo con el asesino hasta el punto de aclarar los asesinatos de las mujeres.

Sobre las siete y media se encontraba en las puertas de la comisaría. Subió a la segunda planta, cuando se disponía a entrar a la sala de reuniones, escuchó golpes sobre un cristal. Se dio la vuelta y vio a Martín en el despacho de Germán.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Adriana.

—No podía dormir y pensé en revisar las pruebas por si se nos ha pasado algo. —Martín se levantó de sillón y se apoyó sobre la mesa, justo en ese momento entró Germán.

—¿Molesto o puedo entrar a mi despacho?

—Sobre las seis y media recibí una llamada de la persona que estamos buscando. —Martín y Germán la miraron sorprendidos—. Me ha dicho que sobre las doce recibiré un mensaje con una dirección, en ella encontraremos algo que explique lo sucedido, solo espero que no sea el cuerpo de otra mujer —repuso Adriana.

—¿Como que te ha llamado, cómo cojones tiene tu número de teléfono? —preguntó Martín alterado.

—Cálmate o te echo de la comisaría —le dijo Germán.

—No sé cómo ha conseguido mi número de teléfono, no es la primera vez que me llama. Si me hubiese querido matar, lo hubiese

hecho. Quizás necesita a alguien para que lo escuchen y por eso me llama; de todas formas, a las doce lo sabremos.

No podía decirle a Martín lo que verdaderamente pensaba, no era normal crear un vínculo con un asesino en serie.

Germán montó un dispositivo de cinco unidades de policías y una ambulancia para salir en el momento preciso. La espera se hizo muy larga, a las doce Adriana recibió el mensaje.

—La Hiruela es un pueblo de la Serranía de Madrid. —Martín se subió al coche.

Germán los acompañó y solicitó que un helicóptero se uniese. Este fue el primero en llegar, desde el aire controlaba la vivienda para que nadie saliese hasta que llegaron los demás. Acorralaron la vivienda; Adriana fue quien se acercó a la puerta. Al abrirla, un fuerte olor a sangre le hizo girar la cara.

El equipo de la científica y Adriana entraron los primeros. Lo que se encontraron fue atroz. Adriana reconoció a la víctima de un vistazo, salió de la casa y llamó a Martín mientras el resto de la unidad permanecía fuera. Le entregó protecciones para pies y entraron en la vivienda.

—Es el psiquiatra. —Adriana sujetó la cabeza, que estaba a punto de desprenderse de cuerpo.

—No seré yo quien llore su perdida, ha tenido lo que se merecía. —Martín observó los dedos cortados sobre la mesa.

—No se trata de un crimen aislado, esto va más allá. El asesino quiso verle sufrir, su odio se ve reflejado sobre el cuerpo. Primero le cortó los dedos y después le seccionó el cuello. —Adriana metió los dedos en bolsas.

Una vez que la científica terminó de examinar la escena del crimen, entraron el resto de la unidad y Germán.

—Por dios, qué salvajada —dijo el teniente tapándose nariz y boca con un pañuelo.

Martín lo observó con una pequeña sonrisa y le dio una palmadita en la espalda.

—Este es el resultado de pasar los días metido en el despacho.

Junto a un lateral de la televisión había un sobre con el nombre de Adriana, Martín lo cogió y se lo entregó a su compañera. Había dos cartas dentro, una era la que escribió la hermana Mercedes y la otra era del asesino:

Mi verdadero nombre es Samuel. Después del incendio, me llevaron al hospital donde permanecí siete meses, dos de ellos en coma inducido por las quemaduras que tenía por todo el cuerpo. Tras cinco meses de dolor y sufrimiento, fui adoptado por una familia que Vicente se encargó en buscar. El trauma que me creó hizo que dejara de hablar durante mucho

tiempo. Como mi salud mental no mejoró, Vicente tomó la decisión de internarme en una residencia para jóvenes con problemas mentales donde él era director.

Desde ese día, me convertí en su conejillo de indias. Experimentó con mis sentimientos y me sometió a terapias de desahogo utilizando animales a los que infligí dolor para descargar mi ira. Dejé de tener sentimientos… Sin darme cuenta, caí en una espiral donde mi mente solo deseaba producir dolor a otras personas. He hecho cosas horribles sin llegar a matar. Vicente llegó a contralar mi cabeza y hacia todo lo que él me pedía.

Con veinte años, ingresé en el ejército. Pensé que me había liberado de su control, pero pronto me di cuenta de que no fue así. Vicente tenía mucha influencia y logró ejercer como psiquiatra militar para vigilarme. Era una persona muy controladora y si no obedecía, sufría las consecuencias. Estando en el ejército, me ingresó varios meses en un hospital para enfermos mentales. Me pasaba los días prácticamente sedado e incapaz de valerme por mí mismo. Un día me escapé, cogí un coche con la idea de alejarme todo lo posible de él y fue cuando tuve el accidente que estuvo a punto de costarme la vida, sufrí cortes graves, en especial en la cara, de ahí mi cicatriz.

Permanecí en esta casa más de un año apartado del resto del mundo, rompí todos los espejos porque era incapaz de mirarme, me consideraba un monstruo. Intenté suicidarme, pero tuve la mala suerte de no conseguirlo. Así terminó su obra maestra, me convirtió en un ser despreciable y en un asesino. Hice daño a personas que lo único que hicieron fue cruzarse en mi camino. Me dijo que mi problema de ira tenía cura, tenía transmitir ese dolor a las personas que me lo infringieron anteriormente: las responsables del incendio donde murieron mis hermanas.

Si trabajas en una empresa de protección de datos, tienes acceso de infinidades de personas, direcciones, teléfonos y un sinfín de cosas. Así descubrí dónde vivían aquellas mujeres. Vicente me enseñó cómo debería matarlas, me enseñó fotografías de mujeres que fueron asesinadas y tenía que hacer lo mismo. De esa manera notaría una gran liberación y así fue. Cuando maté a Maribel, tuve sensaciones difíciles de explicar. Me sentí muy bien, como Vicente predijo, luego vino la segunda y la tercera. Era liberador. Entonces fue cuando me encargo mataros a cambio de ofrecerme el premio final: la principal responsable de lo sucedido en el centro de acogida, la directora.

Fui a su casa con la intención de matarla, pero hubo algo que me lo impidió. Ella me hizo darme cuenta de lo manipulable que fui todos estos años. Por desgracia, murió al día siguiente de estar en su casa, como si me estuviese esperando para liberar su pena.

Lo que le he hecho a Vicente se lo merecía con creces, tengo que reconocer que disfruté con ello y toda la presión que retenía se fue al ver sus ojos apagarse. En estos momentos, me siento fuerte y liberado. No

quiero que pienses que me estoy justificando ni estoy pidiendo perdón. Soy consciente de lo que he hecho y no me arrepiento.

No intentéis buscarme porque si lo hacéis, no seré tan compasivo. Que sigas con vida es porque te pareces mucho a una de mis hermanas. Por cierto, dale recuerdos a Martín, que lo he visto muy mejorado. Si te preguntas cómo conseguí tu número de teléfono, me lo diste tú misma cuando me atropellaste con el coche en el paso de cebra.

Samuel o Rubén, como queráis llamarme.

Adriana le entregó la carta a Martín y salió de la casa, necesitaba respirar aire limpio y se alejó para estar sola. Al cabo de unos minutos, Martín se le acercó, le puso la mano en el hombro.

—Este es uno de esos momentos para empezar a fumar, ¿me das un cigarro? —dijo Adriana sin levanta la vista del suelo.

Martín encendió un cigarro y se lo dio, sabía que necesitaba su espacio y la dejó que se tomara todo el tiempo que necesitara. Adriana retrocedió en el tiempo hasta el día del atropello, sucedió todo tan rápido que apenas se fijó en su cara. Lo único que recordaba era que llevaba un sombrero y que le dio su tarjeta por si necesitaba algo. Quizás si hubiese prestado más atención, lo recordaría, en aquel instante solo pensaba en salvar la vida de sus padres y la suya.

Algo más tranquila, regresó de nuevo a la casa. El equipo de la policía científica estaba recogiendo, ya habían terminado de examinar la escena del crimen.

—Dejad el equipo en el coche y volved, tenemos que poner la casa patas arriba, tiene que haber algo más. —Adriana tenía la intuición de que se dejó algo al abandonar la casa.

Volvieron a registrarla de arriba abajo, su empeño dio frutos, pues entre las sábanas de la cama encontraron una receta médica a nombre de Rubén Abarca González y el número de la seguridad social.

—Con esta información todo cambia, por fin tenemos algo. —Martín apretó el puño de la mano derecha.

Cuando llegaron a la comisaría, todos se volvieron locos buscando información. Un dato llevó a otro y por fin encontraron lo que buscaban. Según el expediente del hospital HUCA, Rubén tenía una cita a las cuatro de la tarde para hacerse pruebas para una operación de cirugía estética.

—Tenemos que detenerlo antes de que le hagan la cirugía, de lo contrario, será un milagro que lo reconozcamos. —Germán arqueó las cejas.

—Lo tenía todo preparado. Con la muerte del psiquiatra y la carta que dejó, ganaría el suficiente tiempo para hacerse la cirugía. Luego, con documentación falsa, andaría a sus anchas. —Martín sacó un cigarro para fumárselo, pero la mirada de Germán hizo que lo

guardase.

—De momento, vamos un paso por delante —repuso Adriana convencida—. Necesita hacerse la cirugía para moverse con libertad, de hecho, se esconderá hasta ese día. No es tan estúpido para ir a un hotel y que lo reconozcan en cuestión de segundos. Tenemos que averiguar todas las propiedades que tenía Vicente, estoy segura de que se encuentra en una de ellas. Habría que llamar al hospital y hablar con el jefe de cirugía. Debemos desplazarnos a Oviedo si lo queremos detener.

Germán la miró fijamente y dijo:

—Tiene lógica lo que acabas de exponer, es muy inteligente y seguro que comprobará la lista de pasajeros que viajen en avión o en tren. Intentará seguir todos nuestros movimientos.

—¿Cómo va a controlar nuestros movimientos? —inquirió Martín extrañado.

—Si tiene el número de teléfono de Adriana, con la aplicación del WhatsApp te pueden localizar aunque no tengas activados el GPS —comentó Germán reclinando la espalda sobre el sillón.

—Que siga confiado, activaré el desvío llamadas y le daremos el teléfono a Fátima para que lo lleve. Seguirá sus movimientos mientras nosotros estamos en Oviedo y si llama, se activará el desvío de llamada al otro teléfono que tengo.

—Es preciso que estéis en Oviedo lo antes posible, iréis en un vuelo privado, un coche os dejará en la misma pista de despegue. Tenéis una hora para prepararos —indicó Germán.

—Por fin empezamos hacer las cosas bien —le dijo Martín a Adriana.

—Si puede ser, que nadie se entere de que vamos a Oviedo.

—¿Qué quieres decir? —Germán la miró extrañado.

—No puedo decir nada hasta que no esté segura al cien por cien. Hablaré con Fátima y ella será la única que lo sepa.

—Me dejas algo preocupado, supongo que tendrás tus razones —respondió Germán.

En menos de una hora, Martín y Adriana estaban en el aeropuerto, el mismo coche policial los llevó a la pista de despegue. El piloto les informó de la duración del viaje, apenas tuvieron tiempo de acomodarse en el asiento.

—Lo primero que tenemos que hacer cuando lleguemos a Oviedo es ir directamente al hospital y hablar con el director, cuanta más información recabemos, más posibilidades tendremos de detenerlo.

Adriana se puso los auriculares para escuchar música mientras Martín aprovecho para dormir un rato. Según Martín, no dormía, simplemente cerraba los ojos para descansar. El viaje fue tan rápido

que apenas se dieron cuenta, no fue preciso pasar por el control de seguridad, pues un coche de la Policía Nacional los estaba esperando. Germán se había ocupado del último detalle.

—Buenos días, soy Fede, estoy a su disposición y les facilitaré todo lo que necesiten.

—Gracias, Fede. Soy Martín y ella es Adriana, necesitamos llegar lo antes posible al hospital Huca.

Cuando se incorporaron a la autovía, se encontraron con bastante tráfico y el tiempo apremiaba.

—¿Les molesta si poco la sirena? De lo contrario, podemos estar aquí hasta mañana.

—Adelante —dijo Martín.

Con la sirena en macha, los coches se apartaron, dejando el arcén completamente libre. Una vez fuera de la autovía, llegar al hospital fue cosa de minutos.

—¿Los acompaño o prefieren que espere?

—¿Sabes dónde está el despacho del director del hospital? —inquirió Adriana.

—Sí.

—Pues acompáñanos, así iremos más rápido.

Entraron al hospital por la puerta de la consulta externa nivel uno, donde se encontraba Admisión y el despacho de la dirección. Entraron sin llamar a la puerta. El director, que se encontraba hablando por teléfono, se quedó sorprendido, colgó la llamada y se levantó de la silla.

—Perdone nuestra forma de entrar, somos policías y necesitamos hablar con usted.

—El hombre se volvió a sentar sin salir de su asombro y les invitó a que se pusieran cómodos.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos buscado a un hombre muy peligroso, que ha matado a cuatro personas. Encontramos una receta médica del sospechoso, entramos en la base de datos de la seguridad social y descubrimos que tiene una cita concertada en este hospital.

El director encendió el ordenador e introdujo el número que le dieron.

—La persona que buscan es Rubén Albarca González.

—Así es. —Adriana se apoyó en la mesa.

—Según el expediente, llamaron ayer para anular la cita.

—¡Me cago en la puta! ¿Quién atendió la llamada? —Martín estaba echo una furia.

—Una enfermera —respondió el director angustiado por la reacción de Martín.

—Llámela y dígale que venga, por favor. —Adriana veía que sus

sospechas se estaban confirmando.

La enfermera no tardó en llegar, todas las miradas se dirigieron hacia ella.

—Siéntese, Ana, son de la Policía y quieren hacerte algunas preguntas.

La enfermera no podía disimular sus nervios.

—No esté nerviosa, simplemente queremos tener información de Rubén Albarca, nos consta que tenía una cita para hacerse unas pruebas.

La mujer se quedó pensando durante unos segundos.

—Sobre las diez y media recibí una llamada para cancelar la cita a nombre de Rubén Albarca. Tenía programadas unas pueblas para una cirugía a las cuatro de la tarde. La mujer que llamó me dio los datos de la persona en cuestión y cancelé la cita.

—¿Una mujer? —preguntó Adriana.

—Sí. Todas las operaciones de cirugía que se realizan en el hospital son de clínicas privadas, a no ser que se trate de pacientes que se encuentren ingresados. Suelen solicitar un quirófano para realizar la operación y una habitación para su recuperación. Pero también hay clínicas privadas que disponen de quirófanos propios.

—Corríjame si me equivoco —empezó Martín—: Por regla general, cuando vas a una clínica privada para hacerte cualquier operación de estética, suele contratar los servicios de un hospital.

—Correcto —respondió la enfermera.

—¿No podemos averiguar qué clínica fue la que contactó con el hospital para que le realizaran estas pruebas?

—No tuvo por qué ser una clínica privada, muchas personas solicitan pruebas a nivel personal. —La enfermera cruzó las piernas.

—¿Puede decirnos qué pruebas eran? —Martín estaba que se subía por las paredes.

—Según el informe, una hemograma, perfil bioquímico y pruebas de coagulación electrocardiograma. Lo normal para una cirugía estética.

Adriana inclinó la cabeza en señal de que estaban perdiendo el tiempo.

—Ustedes no sabrán qué clínicas disponen de quirófano propio… —dijo Martín.

—Esa información solo la tiene el Ministerio de Sanidad, siento no poder ayudarles. —El director abrió las palma de las manos en señal de que no podía hacer nada.

Adriana salió del despacho con la convicción de que algún miembro de la unidad estaba implicado. Incluso sospechó de Martín. «¿Cómo cojones supo que veníamos al hospital?», pensó. «Igual que supo que veníamos a Oviedo, también sabrá que se registrarán todas

las propiedades de Vicente…».

—¿Qué hacemos? —preguntó Martín algo hastiado.

—Regresar a Madrid, aquí no podemos hacer nada, a no ser que quieras visitar todas las clínicas privadas de Austria.

CAPÍTULO 30

Rubén se sintió molesto con su cómplice, estuvieron a punto de cogerlo por haber hecho bien su trabajo y lo llamó por teléfono.

—¿Porque no me avisaste con la suficiente antelación? He tenido que cancelar la operación por tu culpa. —Rubén se acariciaba la cicatriz de la cara pensando en Adriana.

—Te avisé cuando me enteré de que se iban a Oviedo. —Tenía que estar más atento si no quería acabar como Vicente.

—¿Cómo puede ser que la ubicación del teléfono de Adriana me marque que se encuentra en Madrid si están en Oviedo? Ponte las pilas y averígualo, el dinero lo recibirás mañana.

—No te preocupes, lo averiguaré. —Conocía muy bien a Rubén y sabia de lo que era capaz de hacer.

Cuando Martín y Adriana llegaron al aeropuerto, se dirigieron a la pista donde se encontraba el avión. Al verlos, el piloto les informo que había un problema. Detectaron un fallo en el tren de aterrizaje y les llevaría varias horas en solucionar el problema. Les indicó que esperaran en una sala que había a pie de la pista, allí los pilotos suelen esperar mientras preparan el avión.

La sala contaba con unos sillones muy cómodos, podías relajarte y dormir. Sobre una mesa había sándwiches y bocadillos. Con las prisas de llegar al hospital, no pudieron comer y arrastraban un hambre de mil demonios. A Martín se le abrieron los ojos cuando vio toda la comida que tenía delante, en menos de un minuto ya había devorado un sándwich y tenía en la otra mano un bocadillo de atún con olivas y pimiento rojo. Adriana lo observó engullir la comida, se le quitó el hambre y dejó parte de su pan encima de la mesa. La avería del avión era más seria de lo que parecía y les tocó pasar la noche en el aeropuerto.

Sobre las seis de la mañana, una azafata entró en la sala. Martín se encontraba todo sobao y roncaba como un animal, Adriana apenas había pegado ojo con los ronquidos de su compañero.

—En una hora salimos —comentó la azafata.

—Por fin nos vamos, si tengo que aguantar más tiempo sus ronquidos, lo estrangulo.

La azafata no pudo evitar sonreír. Adriana fue al baño para asearse y cuando regresó, vio a Martín en el exterior de la sala, fumándose un cigarro.

—¿Qué tal ha pasado la noche la bella durmiente? —comentó Adriana queriendo matarle.

—La verdad es que hacía tiempo que no dormía tan bien, ¿y tú que tal?

—Has tenido suerte de que no había ninguna almohada. De lo contrario, estarías muerto, no he podido pegar ojo con tus ronquidos de rinoceronte. —Adriana tenía unas ojeras que llegaban al suelo.

El problema del avión se había solucionado y tenía permiso para despegar. Adriana respiró aliviada, por fin volverían a Madrid. Le molestaba que las cosas no saliesen como habían pensado, fueron con la esperanza de detener al asesino y volvían con las manos vacías. Pensó que peor no podían haber salido las cosas, pero se equivocaba. Su teléfono sonó. Vio que era un número privado y sospechó que sería Rubén. Puso el altavoz para que Martín escuchase la conversación.

—¿Pensaste que activando el desvío de llamadas te escaparías? ¿Tan tonto me crees? Me ofendes —dijo Rubén con voz pausada.

—Sé que tienes a un infiltrado en la Policía que te informa de todos nuestros movimientos, ¿tan tonta me crees? Me ofendes… Al final, eres como todos, tan solo un psicópata.

Tras unos segundos de silencio, Rubén habló:

—Me decepciona que pienses eso de mí, os dije que dejarais de buscarme; de lo contrario, habría consecuencias. No habéis hecho caso, así que seréis los responsables de lo que suceda a partir de ahora. Dile a Martín que cambie la cara, que parece que va estreñido. —Rubén sonrió antes de colgar.

—¿Crees que nos está observando? —inquirió Adriana.

—No, ha sido un comentario previsible. Lo del policía que está colaborando con él, ¿lo has dicho en serio?

—Sí, y te digo más: creo que es un miembro de la unidad.

—Estás tan obsesionada que ves fantasmas donde no los hay, todos los miembros son de mi plena confianza, que te quede claro.

Subieron al avión. Martín se sentó dos asientos más atrás de Adriana, se sentía molesto por la desconfianza que mostraba.

En la unidad de Homicidios tampoco se podía decir que la cosa anduviera muy bien, Eduardo se mostraba ausente y distante con el resto de los compañeros. Félix sospechó que su cambio de humor se debía a la enfermedad de su madre. La mujer sufría un cáncer desde hace años que le imposibilitaba valerse por sí misma.

Eduardo sabía que se encontraba en problemas. Sospechaba que su amigo fuese el causante de las muertes de las tres mujeres y la del psiquiatra. Se encontraba en un callejón sin salida porque, aunque no hubiese participado en los asesinatos, sí había colaborado con él facilitándole información a cambio de dinero. Le pasó los expedientes

de Adriana y Martín, por lo tanto, era responsable de que les sucedió. Dado que no podía dar marcha atrás, pensó en presentar su dimisión, pero de nada le serviría si detuviesen a Rubén y le hiciesen declarar.

A las ocho y diez, Germán se presentó en la unidad. Fátima y Eduardo se encontraban con el informe forense de la muerte del psiquiatra, Félix y Lucia estaban ordenando las fotografías del asesinato sobre la tabla de corcho.

—Martín y Adriana están regresando de Oviedo. Según Martín, ha sido una pérdida de tiempo, no han encontrado nada que los lleve al paradero del asesino. Me temo que sea otro caso que se quede sin resolver —comentó Germán algo decepcionado.

Eduardo casi dio un salto de alegría, tuvo que contenerse para no delatarse. En ese mismo instante, Fátima sacó los teléfonos del bolso y buscó un pen donde guardaba unos archivos. Eduardo reconoció el teléfono de Adriana, Fátima lo había tenido todo este tiempo. Tenía que quitárselo como fuese. Sabía que Adriana grababa las conversaciones cuando recibía llamadas con numero oculto y le preocupaba verse implicado en alguna conversación.

Tenía que actuar con rapidez, antes de que volvieran Adriana y Martín. Vio el expediente de la segunda víctima y se le ocurrió la manera de hacerse con el teléfono. Salió para ir al baño y llamó a un confidente, quedó con él en una fábrica abandonada y le dio instrucciones de cómo debían actuar.

—Fátima, acabo de recibir la llamada de un testigo, tiene información sobre la segunda víctima, dice que vio al asesino.

Fátima dejó lo que estaba haciendo y salieron de la comisaría.

—¿Dónde has quedado? —Fátima se abrochó el cinturón de seguridad.

—En una fábrica abandonada, en el barrio alto de San Isidro.

—¿Te has vuelto loco? —Fátima se preocupó—. Es una zona muy peligrosa, deberíamos pedir refuerzos.

—No te inquietes, estaremos bien.

Llegaron al sitio acordado, una fábrica abandonada que normalmente usaban los sin techo para dormir. Era un lugar lleno de suciedad.

—¿Estás seguro de que es aquí? —Fátima sacó su arma.

—Sí, entremos y echemos un vistazo. Si en cinco minutos no viene nadie, nos vamos. —Eduardo pensó que estaba todo controlado, fingiría un robo y todo se solucionaría.

Entraron al edificio, el olor que deprendían los montones de basura era horrible, Fátima se tapó la nariz con la mano izquierda mientras mantenía la pistola en la otra. Un hombre salió de una habitación medio derruida y miró a Eduardo.

—¿Es esta la mujer? —preguntó el desconocido.

Fátima miro a Eduardo.

—¿Qué está pasan…? —No le dio tiempo a terminar la frase, recibió un golpe en la cabeza que la dejó inconsciente.

—Tampoco era preciso que la golpearas tan fuerte.

—Llevaba una pistola —comentó otro vagabundo que se había acercado por detrás.

Eduardo se acachó para coger los teléfonos y se dio cuenta de que Fátima no respiraba.

—¡Hijos de puta, la habéis matado! —gritó enloqueciendo—. ¡Solo había que fingir un robo!

Eduardo intentó sacar la pistola y matar a los tres individuos, pero notó el cañón de la pistola de Fátima en su cabeza y desistió. Se levantó de suelo lentamente sin saber qué hacer. Su contacto se le acercó para que le diese el dinero que habían acordado.

—No lo pienses más, ha sido un accidente. —Al confidente lo único que le importaba era el dinero.

—Esperad, no podéis iros aún, tengo que llamar a la comisaría y dar el aviso, pero no puedo hacerlo en este estado. Me harán muchas preguntas. Tenéis que darme una paliza.

Se miraron entre ellos con una sonrisa.

—Muy bien…, por este servicio no te cobraremos.

Le dieron tal paliza que estuvieron a punto de matarlo. Eduardo se quedó tumbado boca arriba, tenía la cara hecha un cristo y apenas podía respirar, pero reunió fuerzas para llamar a comisaría y pedir ayuda.

—Agente herido… agente herido, agen… —repitió antes de perder el sentido.

CAPÍTULO 31

Germán esperaba a Martín y Adriana en el aeropuerto. Estos salieron por el puesto policial, tenían cara de poco amigos. Al verlos, no quiso preguntar, prefirió esperar hasta llegar a la comisaría. Adriana estaba en el asiento de atrás cuando sonó el teléfono, vio que la llamada era de Toño y descolgó.

—Tenías razón, tenéis una rata en la unidad. Se trata de Eduardo, hemos entrado en su cuenta bancaria y hemos comprobado que ha recibido grandes cantidades de dinero.

—Qué hijo de puta… —respondió Adriana.

—¿Qué sucede? —preguntó Germán.

—Gracias, Toño, te llamaré en otro momento —Adriana colgó y se dirigió a Germán—: ¿Dónde se encuentra Eduardo?

—Supongo que en la comisaría.

Justo en ese momento, dieron el aviso por radio de dos agentes heridos en San Isidro. Adriana llamó a Fátima, pero no obtuvo respuesta. Eduardo tampoco respondió. Se puso muy nerviosa, esperando lo peor. Después de insistir varias veces, Martín pudo hablar con Félix y preguntó por Fátima y Eduardo.

—No sabemos dónde han ido, han salido juntos de la comisaría. Nos acabamos de enterar que los agentes heridos pueden ser ellos.

—¿Y qué cojones estáis haciendo en la comisaría? ¡Tirad para allá! —bramó Martín.

Germán conectó la sirena y pisó a fondo el acelerador, los veintiocho kilómetros que los separaban del barrio los hizo en tiempo récord. Cuando llegaron, ya había dos unidades de la Policía Nacional, estos avisaron de que necesitaban una ambulancia urgentemente.

Adriana se bajó del coche y corrió hasta donde se encontraba el cuerpo sin vida de Fátima, todos los intentos por reanimarla fueron en vano. Se maldijo mil veces y rompió a llorar. Se sentía muy culpable.

Al poco, llegó la ambulancia. Mientras que un sanitario confirmaba la muerte de Fátima, los otros dos estabilizaron a Eduardo, le pusieron un gotero, le realizaron una cura de urgencia y lo metieron en la ambulancia para trasladarlo al hospital. Adriana subió a la ambulancia y le susurró al oído:

—A mí no me engañas, hijo de puta, sé los trapicheos en los que has estado metido. Mas vale que te mueras, si no, te mataré yo misma. —Adriana aprovechó para quitarle el teléfono.

—Nos tenemos que ir —dijo un sanitario.

Adriana se separó de Eduardo con mirada asesina.

Los forenses estaban introduciendo el cuerpo de Fátima en el coche fúnebre. Adriana quiso verla por última vez.

—Perdóname…

El vehículo se puso en marcha y Adriana lo siguió con la mirada hasta que lo perdió. Germán y Martín se encontraban dentro de la nave abandonada, intentando entender lo que había sucedido, Adriana fue con ellos y miró a Martín.

—¿Aún crees que son todos de tu plena confianza? —Adriana se mostraba desafiante y cabreada mientras Martín permanecía en silencio—. Aquí tienes el teléfono de Eduardo. Analizadlo, seguro que os sorprenderá.

—Ha podido tratarse de un robo. —Germán trató de rebajar la tensión.

—¿Un robo? No me hagas reír. Han cogido los teléfonos del bolso de Fátima y se han dejado el reloj y el dinero. ¿Son coleccionistas de teléfono? —espetó Adriana—. Te voy hacer un resumen de lo sucedido: todo estaba planeado por Eduardo, trajo a Fátima engañada con el objetivo de quitarle el teléfono. Fátima se dio cuenta del engaño demasiado tarde, fue cuando recibió el golpe en la nuca que la mató en el acto y luego Eduardo disimuló su agresión para justificarse. Solo tienes que hacerte algunas preguntas. ¿Qué hacían aquí? ¿Por qué Eduardo no desenfundó su arma? ¿Por qué lo dejaron con vida si ya habían matado a su compañera? Ha sido Eduardo. Sabía que yo grababa todas las conversaciones y pensaría que alguna lo podía incriminar. Mañana iré a la comisaría a recoger mis cosas y dejaré mi dimisión sobre tu mesa, es hora de que me tome unas largas vacaciones.

Al día siguiente, se presentó en la comisaría y recogió sus pertenecías bajo la mirada de los que fueron sus compañeros. Antes de salir de la sala, volvió la mirada.

—Siento mucho la muerte de Fátima.

Entró al despacho de Germán y dejó la carta de dimisión en la mesa.

Al salir, se encontró con Martín. Se miraron, pero no dijeron nada. Martín entró a la sala de Homicidios hecho una furia, se sentó en una silla y no dejó de resoplar. Se levantó, le dio una patada a la silla y escupió varios improperios.

—Quiero que vayáis a casa de Eduardo y que la registréis hasta el último centímetro. Hablad con la madre, quiero saber cuándo se quedó en estado, en qué hospital dio a luz y sobre todo quién era su padre.

Félix y Lucia salieron escopetados de la sala. Martín llevó el teléfono de Eduardo al laboratorio para que sacaran toda la

información posible. Recuperaron los mensajes borrados que se enviaron desde el terminal y los recibidos. Un mensaje enviado coincidía con el día que se llevó a cabo el registro de la vivienda del sospechoso. Le avisaba de que debía abandonar el piso lo antes posible. También se recuperó el mensaje del asesino donde exigía los expedientes de Adriana y de Martín a cambio de una suma considerable de dinero. Las conversaciones telefónicas las tenían que pedir a la compañía y eso llevaría unos días.

Germán y Martín se presentaron en la sucursal del banco con una orden judicial para consultar todos los movimientos de Eduardo y de su madre, pero el director se opuso a darles la información.

—Escúchame bien, gilipollas, si no me entregas los movimientos, te arresto por obstrucción a la justicia, te pongo las esposas y te paseo por el banco para que todos te vean. Después, pasarás la noche en el calabozo con buena compañía. —Martín sacó las esposas y las dejó sobre la mesa.

—¿Desde qué fecha quiere los extractos? —balbuceó el director.

—Lo máximo que pueda.

—¿Le parece bien un año y medio?

—Sí.

Martín se quedó pensativo mientras el hombre tecleaba en su ordenador, no podía olvidar la imagen de Adriana saliendo de la comisaría.

—Adriana tenía razón sobre Eduardo, ha recibido grandes cantidades de dinero. Era cierto y yo no quise verlo. —Martín dio un puñetazo que hizo temblar la mesa, el director se asustó tanto que pensó que el siguiente era para él.

—Quiero que bloqueen la cuenta; si intentan utilizarla o hacer cualquier movimiento, que me avisen. Le dejo mi tarjeta.

Martín y Germán salieron del despacho del director con los extractos que incriminaban a Eduardo. El director del banco, algo más relajado, cogió la tarjeta de Germán. ¡Germán Salazar, comisario jefe de homicidios!

—¿Crees que Adriana presentará la dimisión o simplemente fue un calentón? —Germán se puso las gafas de sol y le dio los extractos bancarios a Martín.

—Esta mañana me crucé con ella en la comisaría y me apartó la mirada, llevaba una caja con sus cosas. Conociéndola, seguro que en tu mesa tienes la carta de dimisión. Es una mujer de mucho carácter y más cuando tiene razón.

Martín cogió un taxi para ir al hospital, había metido la pata y no sabía cómo pedirle disculpas, le preocupaba haberla perdido para siempre. Era uno de los peores días de su vida, se sentía engañado,

frustrado y muy cabreado. Antes de entrar a la habitación de Eduardo, habló con el médico y le preguntó por su estado.

—Nada serio, no tiene ningún hueso roto. Hemos descartado hemorragias internas. Estará unos días dolorido, pero nada más. Mañana recibirá el alta.

Martín entró en la habitación y vio a Eduardo medio traspuesto, quiso matarlo con sus propias manos, pero se contuvo. Quería saber de su propia boca lo que había sucedido; aparte del dinero, estaba seguro de que había algo más. Se sentó en la silla y esperó hasta que estuviese lo suficiente despejado para darle la oportunidad de explicarse. Estaba decidido a esperar todo el tiempo del mundo. Martín se sentía muy mal por la muerte de su compañera, le carcomía pensar que si le hubiese hecho caso a Adriana, quizás en estos momentos Fátima estuviese viva.

Eduardo abrió los ojos y vio a Martín mirándolo fijamente con frialdad.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Eduardo haciéndose la víctima.

A Martín se lo llevaban los demonios, pero inspiró antes de hablar con desprecio:

—Sabes muy bien lo que ha pasado, todo lo orquestaste tú. Llevaste a Fátima engañada a la fábrica abandonada con la intención de robarle el teléfono de Adriana. Todos sabíamos que grababa las conversaciones con el asesino y te preocupaba que tu nombre saliese a reducir.

—No sé de qué estás hablando, nos conocemos desde hace mucho tiempo, Martín. ¿Cómo puedes decir eso de mí? Yo apreciaba mucho a Fátima.

Los intentos de Eduardo por convencer a Martín fueron en vano.

—¿Qué fue lo que salió mal? —preguntó el teniente—. Me resigno a pensar que la llevaste a la fábrica simplemente por matarla. Tenemos los mensajes que intercambiaste con el asesino o, mejor dicho, con Rubén; la trasferencia a nombre de tu madre… Todo te relaciona con el asesino. Tendremos las conversaciones telefónicas en dos días como mucho, así que no te esfuerces en negarlo. Confié plenamente en ti y ahora me siento como una puta mierda.

Eduardo se vio acorralado y empezó a llorar, Martín lo miró sin inmutarse.

—No tenía que haber sucedido —confesó—. Simplemente tenía que fingir un robo, hablé con alguien y quedamos en la fábrica con la intención de que solo se llevaran el bolso de Fátima, pero ella se dio cuenta del engaño. Al ver a aquellos hombres, sacó la pistola y uno vino por detrás y golpeó a Fátima en cabeza con una barra de hierro. Todo se desmadró en cuestión de segundos, lo siento mucho.

Eduardo trató de demostrar que la muerte de Fátima fue un

accidente. Sin embargo, sus lágrimas no ablandaron a Martín, todo lo contario, hicieron que se enfureciera mucho más.

—Eres un miserable… Quedas arrestado por homicidio y colaboración criminal. Dos policías permanecerán en la puerta de la habitación y cuando el medico te dé el alta, serás trasladado a la comisaría para prestar declaración. —Martín lo esposó a la barra de la cama.

Salió del hospital y se sentó bajo la sombra de un chopo. En cuestión de días, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Primero, con la separación de su mujer y con la imposibilidad de ver a su hija; segundo, con la muerta de Fátima, a la que apreciaba mucho; y tercero, con Adriana, que presentó su dimisión. Mientras tanto, el asesino seguía libre y seguro que ya tenía otra identidad, toda la investigación se había ido a la mierda.

Horas más tarde, después de caminar por las calles de Madrid sin rubo fijo, decidió volver a la comisaría. Subió en el ascensor y pensó en parar en el segundo piso —policía científica—, pero sería una pérdida de tiempo. Adriana no estaría allí. Al pasar por el despacho de Germán, vio a Lucia y a Félix con unas capetas sobre la mesa. Entró, se sentó y se limitó a escuchar.

—Registramos la casa de Eduardo como nos pediste —empezó Félix—. Su madre estaba bastante fastidiada. Nos preguntó qué hacíamos en su casa y dónde estaba Eduardo. Lucia estuvo rápida de reflejos y le dijo que se encontraba a las afuera de Madrid por una investigación. Le dijimos que Eduardo necesitaba una documentación, pero no llegó a indicarnos dónde la guardaba por la mala cobertura que había. Al principio, la mujer dudó, pero Lucia la engatusó de tal manera que nos dijo dónde estaba todo.

—En una cómoda de su habitación hay un doble fondo donde guarda los papeles —añadió Lucia—. La mujer decía que eran cosas del trabajo y que no le gustaba que la limpiadora ojeara sus cosas.

—Encontramos treinta y ocho mil euros en billetes de cien, algunas fotografías de cuando estuvo en el ejército, expedientes de algunos policías, incluidos los nuestros, pero lo que más nos llamó la atención fue esta fotografía.

En ella salían el psiquiatra, Eduardo y un tercer hombre que suponían que sería Rubén. Martín se encontraba como si la cosa no fuera con él, tenía clavada en la cabeza la imagen del cuerpo sin vida de Fátima. De pronto, se levantó de la silla, cogió la carpeta con toda la documentación y las fotografías y salió del despacho. Germán intuyó lo que Martín iba a hacer y les dijo a Lucia y Félix que fuesen al hospital y que no lo dejaran solo con Eduardo.

Cuando Martín entro en la habitación, se sorprendió al ver a Lucia y Félix. Se e habían adelantado e intentaron convencerle de que no

hiciese ninguna tontería.

—Tranquilos, simplemente quiero hablar con él. —Martín cogió una silla, la colocó al lado de la cama y miró a Eduardo fijamente. Después sacó una grabadora y la puso encima de la mesita—. Escúchame bien porque solo te voy a dar una oportunidad: o haces una declaración voluntaria y yo mismo me encargaré de que tu madre esté bien atendida con el dinero que hemos encontrado en el cajón de la cómoda… o, de lo contrario, la meteré en la peor residencia hasta que se muera.

Eduardo miró a Martín y asintió con la cabeza. Martín puso las fotografías sobre la cama para refrescarle la memoria y encendió la grabadora.

—Conocí a Rubén en el ejército, hicimos buena amistad —relató Eduardo—. El psiquiatra se preocupaba mucho por él. La fotografía en la que salimos los tres se hizo un sábado que vino a verlo. Al principio, pensé que era su padre por la buena relación que tenían. Rubén estaba rebajado por las guardias y apenas salía del cuartel.

»Un fin de semana lo convencí para irnos de fiesta los dos solos. Ese viernes cogimos el tren con dirección a Tarragona donde tenía un amigo que trabajaba en un hotel, él nos alojó sin pagar nada. Así que el sábado por la noche salimos de fiesta, mi amigo nos llevó a una discoteca donde conocimos a unas inglesas. No sé cómo paso, pero al día siguiente cuando desperté, nos encontrábamos en una casa todos desnudos. Al ver la hora que era, busqué a Rubén, apenas teníamos tiempo de coger el tren para volver a Madrid. Lo encontré en una cama con dos chicas, salimos de la vivienda a toda leche.

»Llegamos al tren de puro milagro, ese fue uno de los pocos días que lo vi feliz. Pero esa felicidad terminó cuando pusimos un pie en el cuartel. El psiquiatra nos estaba esperando con su bata blanca. Rubén y él tuvieron una fuerte discusión, no supe nada de Rubén en tres semanas. Quise saludarlo y ver cómo estaba, pero me dijo que no me acercara por mi bien. No lo volví a ver durante el tiempo que estuve en el ejército.

»Hará unos meses, cuando fui al ambulatorio a recoger las recetas de mi madre, escuché que me llamaban. Al girarme, vi a un hombre con sombrero que me hablaba como si nos conociéramos. No lo reconocí hasta que se quitó el sombrero, nos dimos un abrazo y estuvimos hablando durante horas. Me contó lo del accidente y que sabía que trabajaba en Homicidios.

»Al poco, dejó que necesitaba mi ayuda… Sabía lo de mi madre y me dijo que me ayudaría económicamente si le pasaba algunos expedientes. Al principio, me negué, pero acabé accediendo, ese dinero nos vendría muy bien para el tratamiento de mi madre. Ese mismo día, me pidió unos expedientes de policías a cambio de

cuarenta mil euros, lo único que tenía que hacer era guardarlos en mi casa por si le hacía falta en algún momento.

»Durante un tiempo, no supe nada de él, pensé que se había olvidado de mí hasta hace unas semanas. Me llamó para que le enviase dos expedientes, el de Adriana y el tuyo. A cambio, recibiría una trasferencia de cien mil euros. Al día siguiente, comprobé la cuenta de mi madre y vi que era cierto. Recibí un mensaje con la dirección donde debía mandarlos, los saqué de la base de datos y lo hice.

—¿Le informaste de todos nuestros movimientos? —preguntó Martín, Lucia y Félix estaban perplejos.

—Sí, Rubén se cabreó mucho cuando se enteró del engaño del teléfono de Adriana y me exigió que lo recuperara. Yo no tengo que ver nada con las muertes de las tres mujeres —arguyó para eludir cualquier responsabilidad.

—¿Te parece poco inducir al asesinato de Fátima? —espetó Lucia —. Eres un miserable…

Martín la calmó cogiéndola de la mano.

—No lo detendréis y con la cirugía aún menos —dijo Eduardo.

—No te preocupes, ese ya no es tu trabajo. —Martín se levantó—. ¿Qué me dices de tu colaboración con Vicente, también fue coincidencia? Espera, no digas nada, prefiero no saberlo.

Martín obtuvo lo que quería: la confesión de Eduardo. Le dio la grabadora a Lucia para que se la llevase a Germán. Ya podían procesarlo.

CAPÍTULO 32

Tres semanas más tarde

Adriana había aumentado la dosis de pastillas para dormir porque le era imposible conciliar el sueño. Si lo conseguía, tenía pesadillas con la muerte de Fátima, nunca llegaba a tiempo para salvarla. Cuando despertaba y era consciente de la realidad, el dolor aún era más profundo.

Desde que presentó la dimisión, su aspecto se había deteriorado, su pelo ya no tenía brillo, su bonita cara lucía blanquecina y ojerosa… Cara herida deja un rastro fácil de seguir y el de Adriana estaba más que a la vista. Lo bueno era que no se había abandonado del todo, ocupaba el tiempo haciendo deporte, a veces incluso en exceso para agotarse lo máximo y estar tan cansada que su cabeza dejara de pensar. También le ayudaba la lectura, no había olvidado ni un solo instante la promesa que le había hecho a su hermano.

Miró una vez más el teléfono, siempre estaba encendido, pero había bloqueado a todos los contactos excepto uno. Rubén volvería a ponerse en contacto con ella, era algo que sentía en cada poro de su piel, solo debía tener paciencia. Sabía que la observaba desde algún lugar; por eso mismo, cada vez que salía de casa, se enfundaba en un disfraz de normalidad. Intentaba ocultar el dolor que habitaba en su pecho. Si hacía su papel como tocaba, Rubén bajaría la guardia y entonces, solo entonces, lo atraparía.

Salió a correr sobre las ocho y media de la mañana, a esa hora siempre hacía frío y la sensación punzante del aire gélido la reanimaba. Repetía patrones a sabiendas del porqué, a veces olvidaba el motivo real de aquella normalidad y se sentía libre. Pasó delante del escaparate de una librería contigua a su apartamento, se había provisto de infinidad de libros de allí, pero ese día uno llamó su atención.

—*Sin cambios, no hay mariposa* –susurró frente al escaparate.

Sonrió, volvió rápido a casa para ducharse y regresó a la librería, aquel libro de tonos verdes había llamado poderosamente su atención. Antes de lo pensado, se encontraba frente a la puerta de aquel lugar mágico que le abría un mundo de viajes y lugares para resguardarse. Miró disimuladamente la cámara que oculta en una esquina del establecimiento, siempre sabía dónde estaban, aunque no estuvieran a la vista. Empezaba a pensar que aquello era un talento. El libro ya no estaba en el escaparate, así que buscó a dependienta. La chica era

eficiente en su trabajo y le había recomendado buenos libros, aunque Adriana procuraba no hablar demasiado con nadie.

—Buenos días. —La dependienta la reconoció y le sonrió amable —. Hace un rato he pasado por aquí y he visto un libro que tenía en el expositor, es verde, *Sin cambios, no hay mariposa*.

La joven sonrió de nuevo y miró algo que tenía en las manos.

—Hoy es tu día de suerte, solo me queda un ejemplar. Me lo había reservado para mí, pero… esperaré a la próxima remesa.

—No es necesario, puedo esperar yo, de verdad. Mientras me lo reserves…

—No, mujer, este es mi negocio. ¿Qué clase de persona sería si no vendo aquello que me da de comer?

Adriana sonrió, no dijo nada más y pagó contenta de llevarse el libro. Con ganas de empezar a leer, pasó por una cafetería que le pillaba de camino, se asomó al interior por si quedaba una mesa donde tomarse algo calentito y empezar las primeras páginas. En ese momento, el corazón le dio un vuelco. Martín estaba sentado en una mesa apartada y solo. Aquella cafetería le pillaba lejos de su zona, por lo que llamó su atención.

Al entrar y verlo más de cerca, se dio cuenta de que él estaba muy lejos de allí, pensando en algo que lo tenía en otro lugar. Parecía decaído. Adriana se sintió verdaderamente mal por no haberse despedido de Martín, pero tenía que ser convincente. Pensó en darse la vuelta y marcharse, pero no pudo… Se tomaría un día libre de su rutina.

Se acercó a Martín, que miraba el café sin dar un trago, ni siquiera había notado que Adriana estaba allí. Para él tampoco había sido fácil, la echaba de menos y odiaba la sensación de haber dejado algo a medias, se culpaba por lo que ocurró y también soñaba con Fátima más veces de las que le gustaba admitir. Quería hablar con Adriana, pero sabía por qué se marchó. Al fin y al cabo, era muy bueno en su trabajo. De pronto, Adriana movió la silla frente a él y se sentó.

—¿Me invitarías a un café? —sugirió Adriana.

Martín no le quitaba ojo. Se quedaron en silencio unos segundos.

—Tienes un aspecto horrible —espetó Martín, haciendo reír a Adriana.

Se dieron cuenta del tiempo que llevaban sin reírse de verdad, Martín levantó la mano hacia el camarero, que entendió el mensaje y al poco llegó el café. Después de removerlo en silencio unos segundos, por fin Adriana se sintió fuerte para hablar:

—¿Como van las cosas por la comisaría?

—Llevo unos días sin ir… —respondió Martín—. He pedido unos días de asuntos propios. Necesitaba desconectar, he estado a punto de volverme loco.

Adriana se estremeció, lo entendía tan bien que se asustó.

—Debo decirte que no tienes mucho mejor aspecto que yo. —Ambos se miraron y se sonrieron—. Te aconsejo que ocupes la mente en algo, haz deporte, lee libros…

—Sí…, en hacer deporte estaba pensando yo. —Martín miró a otro lado mientras que Adriana negaba con la cabeza—. ¿Has tenido noticias de nuestro amigo?

—De momento, no. —Suspiró—. Pero tengo la sensación de que no tardará.

Adriana y Martín pasaron casi todo el día juntos, estuvieron el tiempo suficiente como para ponerse al día. Sentaba bien la compañía, sobre todo a Adriana, que se había aislado de todo. Sobre la seis de la tarde, llegó a su casa, cogió las gafas de lectura y se sentó en el sillón. Encendió la televisión y le bajó el volumen para que fuera un simple murmullo en la lejanía, era su manera de sentirse acompañada mientras leía. Cuando iba a empezar, el teléfono sonó. Llevaba sin sonar más de tres semanas…, aquello solo podía significar una cosa. Su piel se erizó por completo. El número era oculto, dio dos tonos y se cortó, sonrió al imaginar quién podía estar detrás. Dejó el teléfono sobre su regazo y suspiró. De nuevo, otra llamada, dos tonos y colgó.

—Parece que te aburres, querido… —susurró.

Volvió a sonar de nuevo, pero aquella vez fueron más de dos tonos. Adriana suspiró antes de aceptar la llamada.

—¿Sí? —contestó relajada, en esta ocasión le estaba esperando.

—¿Cómo llevas la excedencia? —dijo Rubén con tono alegre.

Adriana sintió arcadas, pero lo sobrellevó de maravilla.

—Sabes perfectamente que he dimitido.

—Cierto. ¿Sabes?, al principio me dio pena. —Adriana agudizó el oído por si escuchaba algo que delatara su localización, pero solo oía su respiración y su voz—. Es como su hubiéramos roto esto tan bonito que teníamos… En fin, nada dura eternamente, ¿verdad?

Retuvo la rabia que escapaba a raudales por su piel.

—¿Qué narices quieres, Rubén?

—¡Oh, vamos! No te enfades…, solo quería hablar con una buena amiga. Siento que haya terminado así para uno de los dos. ¿Sabes? Estoy pensando que ahora que ya no eres poli…, no tendrás interés en buscarme. ¿Significa eso que soy libre? —Adriana escuchó sus carcajadas, era exasperante, pero debía mantener la calma.

—Toda la Policia sabe que te has cambiado la cara, no escaparás, tarde o temprano darán contigo. Estás condenado, Rubén, en esta y en las otras vidas que vendrán. Sea como sea, tú ya no eres algo que me preocupe. No significas nada, simplemente eres un puto loco al que le hemos dado demasiada importancia. No eres nada ni nadie…

Le escuchó refunfuñar, le había provocado y eso era lo que

buscaba Adriana.

—¿No soy nadie? Bueno, quizás deberías hablar con tu amiga Fátima… ¡Ah, no! Que está muerta, ¡qué lástima!

—Muere gente todos los días… Ella sabía a lo que se arriesgaba. La lástima es que acabara con su vida alguien tan lastimosamente miserable.

—Eres una hija de puta, no creas ni por un momento que te has librado de mí. —Entonces fue Adriana quien se carcajeó—. ¿Te ríes de mí, puta?

Adriana volvió a reírse y colgó.

Mientras aún miraba el teléfono, resopló fuerte. Se levantó del sillón y caminó en círculos alrededor de la mesa, tenía las piernas entumecidas de la tensión. Se detuvo frente a la foto que tenía en uno de sus estantes, Fátima lucía resplandeciente junto a su trofeo de trivial. Adriana recodó cómo aquel día y de manera espontánea, su amiga le propuso acompañarla a un torneo de trivial que se organizaba en su pueblo. Adriana no era muy buena en esos juegos, pero accedió para acompañar a Fátima y pasar un día divertido. Lo pasaron en grande y ganaron gracias a Fátima, que era extremadamente inteligente. Un millón de lágrimas se agolparon en los ojos de Adriana, había evitado aquellos recuerdos como si así doliera menos lo ocurrido.

Su teléfono volvió a sonar, miró la foto de su amiga una vez más y tomó aliento.

—Primero mataré a tu compañero, para ti reservo una sorpresa muy especial…

—Recuerda que las sorpresas me gustan con mucho confeti —respondió Adriana acariciándose el cuello.

Unos días después

Desde que Adriana había presentado la dimisión, no solo se había dedicado a hacer deporte, no estaba dispuesta a dejar a las víctimas abandonadas. Tenía claro cómo debía actuar, aunque todo tenía que ocurrir a su debido tiempo, con calma. Días después de aquellas llamadas, Martín le hizo llegar la foto de cuando Rubén había estado en el ejército. Se preguntó qué había llevado a Rubén a ingresar voluntariamente, no imaginaba qué plan maquiavélico se ocultaba tras esa decisión, ya que no parecía un hombre al que le gustara seguir las directrices de nadie.

Cuarenta y ocho horas después de la amenaza y con la ayuda de Toño, instaló un software fotográfico para reconstruir caras partiendo de una imagen. Escaneó la fotografía de Rubén, recortó la cara y la envejeció unos años. A continuación, le añadió una cicatriz en el parietal derecho y e hizo montajes hasta conseguir tres imágenes faciales que podían coincidir con Rubén en la actualidad. Tras la operación podría haber mil variaciones, pero esperaba acercarse lo máximo posible.

Aprovechando que habían hecho obras en la entrada del patio, Adriana colocó una cámara diminuta que iba conectada al software del ordenador, ese programa se encargaba de reconocer las caras, guardaba la información en una base de datos y buscaba coincidencias. Una vez las encontraba, avisaba con un mensaje. Todas las precauciones eran pocas, así que convenció a Martín para que hiciese lo mismo.

Adriana tenía que comprobar que todo funcionase bien y para ello probó con una fotografía suya; cada vez que se ponía en frente de la cámara, le enviaba un aviso al teléfono. Tecnológicamente hablando, estaba todo hecho, ahora solo cabía esperar que aquel desgraciado cumpliera su amenaza, no tendrían otra oportunidad en caso de fallar.

Los siguientes días pasaron sin novedad, Adriana revisó varias veces el ordenador por si se hubiese desconfigurado algo, pero la cámara no había captado ninguna cara que coincidiese con la de Rubén.

Adriana y Martín quedaron la noche del viernes para cenar en casa de Adriana y hablar de sus avances. Martín acudió con otro coche que no era el suyo por precaución, su vehículo seguía aparcado frente a su domicilio. Se puso una gorra y accedió al edificio de Adriana a través del garaje, nadie hubiera podido saber que Martín estaba allí. Se había movido por la cuidad como si fuera un fantasma. El teniente pensó que así debía sentirse Rubén y se dio cuenta de lo difícil que sería atraparle.

Para no preocupar a Adriana, no le habló nada de esto. Ella seguía

bastante desmejorada y sabía que vivir bajo ese estrés le pasaría factura tarde o temprano. Adriana había hecho la cena y él se había encargado de llevar el vino y el postre. Obviamente, aquella compra la hizo otra persona para que no lo siguieran. Si alguien le estaba vigilando, no se hubiera dado cuenta de lo que se tejía por detrás.

Cenaron y bebieron tranquilamente. Pasados unos minutos, se centraron únicamente en temas superficiales para soltar la tensión que los acompañaba. El ambiente estaba tan distendido que era la primera vez en demasiados días que Adriana había olvidado el móvil en un rincón del sofá.

Adriana se pasó al agua cuando sintió que el mundo se movía a sus pies, Martín remató la botella de vino y, junto con el café, se tomó un brandy. Cuando Adriana se miró en el espejo, sus mejillas la hicieron reír, el rubor causado por el alcohol le habían dado color a su piel pálida. Las horas pasaron deprisa. Sn darse cuenta, el reloj marcó las dos de la madrugada, fue entonces cuando Martín se puso en pie para marcharse a su casa, pero apenas dio unos pocos pasos y tuvo que volver al sillón.

—Dios mío, qué viejo estoy…

—No te voy a decir que no estás viejo porque lo estás —Le guiñó un ojo a Martín— . Pero esta vez creo que es más por la falta de costumbre, ¿cuánto llevas sin beber?

—Demasiado para cómo está mi vida ahora mismo —susurró taciturno.

—Vamos, duerme aquí, tengo una habitación de invitados con una cama extremadamente cómoda.

—Y aunque no lo fuera, creo que sería capaz de dormir en una silla.

Adriana le ayudó a llegar a la habitación y lo dejó tumbado y cubierto con una manta, en apenas unos segundos escuchó su respiración calmada, había caído como un tronco. Volvió a la cocina, dejó unas pocas cosas en la pila y se fue a la cama. Tardó media en conciliar el sueño, ya que le dolía bastante la cabeza. No supo cuánto tiempo llevaría dormida cuando un sonido extraño le hizo abrir los ojos, no sabía si ese ruido había sido real o producto de algún sueño, quizá fuera Martín yendo al baño.

Cuando iba a volver a tumbarse, se dio cuenta de que la pantalla de su teléfono se había iluminado. En ese momento, la adrenalina se adueñó de ella. Tenía un aviso de un reconocimiento facial hacía unos 15 minutos. Tragó saliva, por suerte, las habitaciones estaban al fondo del piso y estaba segura de que lo que había escuchado provenía del salón.

De puntillas y con mucho cuidado, salió de la habitación. Durante muchos días paseó a oscuras por su casa, contando los pasos que había

de un lugar a otro para no chocarse con nada, era como una *ninja* en su terreno. Cuando llegó a la habitación de invitados, vio que Martín seguía profundamente dormido. Se llevó las manos a la cabeza, de todos los escenarios que había imaginado, aquel en el que ambos iban bebidos no existía.

Se acuclilló junto él y lo zarandeó varias veces sin hacer ruido. Al poco, reaccionó y Adriana le puso la mano en boca y se llevó un dedo a los labios. Cuando Martín parpadeó varias veces y sus ojos se hicieron a la oscuridad, asintió y ella le liberó la boca.

—Esta aquí… —susurró.

El sentimiento de angustia se adueñó de él, no porque tuviera miedo, sino porque sabía que en aquellas condiciones era una presa débil. Se puso de pie y sintió cómo todo se movía alrededor, después se escuchó otro ruido y la adrenalina que le ayudó a serenarse un poco.

Martín colocó a Adriana detrás de él y salieron juntos al largo pasillo, no se veía nada y aunque Adriana parecía confiada, él no conocía la casa como ella. Cuando llegaron al salón, estiró la mano para encender la luz, Adriana intentó impedírselo, pero ya era tarde, una sombra se abalanzó hacia ellos y apenas pudieron reaccionar.

Adriana recibió un empujón y fue a parar detrás de sofá. Martín, quien se había mantenido en pie, quiso defenderse, pero recibió un golpe en la cabeza que hizo que se desplomara aturdido. En ese momento, Adriana agazapada detrás del sofá cual gata y saltó sobre Rubén, le clavó las uñas a conciencia, traspasando el pasamontañas hasta arrancárselo. En el forcejeo recibió algunos golpes, pero estaba tan clavada a él a través de su agarre que apenas sentía dolor.

Martín consiguió recomponerse e intercambió varios puñetazos con Rubén, pero el alcohol le nublaba los reflejos y le hacía ser algo más lento. Sin embargo, Martín tenía una fuerza portentosa, si conseguía conectar un buen derechazo, podría tirarlo al suelo. El momento se dio y gracias a un descuido de Rubén, se llevó un golpe monumental en la cara. Sangró a borbotones por la nariz y la boca. También se podían ver los arañazos profundos en sus mejillas causados por Adriana. Quedó tan noqueado que a punto estuvo de caerse. Adriana aprovechó aquel momento para darle un golpe por detrás, pero en un movimiento rápido Rubén le dio un codazo en la mandíbula y cayó sobre el sofá completamente fulminada.

Viendo aquella escena, Rubén se vino arriba y se abalanzó sobre Martín, tirándolo al suelo. Estuvieron forcejeando unos minutos hasta que Rubén consiguió acertarle varios golpes en la cara lo suficientemente fuertes como para dejarlo inconsciente. Entonces fue hacia su mochila, sacó el cuchillo y se dirigió hacia Martín. Antes echó una última mirada a Adriana, que seguía inerte en el sofá. Parecía que

estuviera muerta, eso le disgustó, tenía todo un espectáculo preparado para ella, así que rezó para que estuviese viva. Se relamió solo de pensar en lo que iba a hacerle.

Se sentó sobre las piernas de Martín, que respiraba con dificultad, sujetó el cuchillo con las dos manos y levantó los brazos para coger mayor impulso. De pronto, Martín abrió los ojos y eso fue el aliciente necesario para rematar la faena.

Estaba casi a punto de clavarle el cuchillo a Martín cuando algo tiró de su pelo y tras un grito espeluznante, un cúter seccionó su tráquea. Martín tenía los ojos muy abiertos y su cara se llenó de sangre, Adriana había apretado tanto el cúter que le costó sacarlo de la garganta de Rubén. Cuando lo consiguió, cayó a un lado, agonizante. Adriana se volvió abalanzar sobre él, recogió el cuchillo del suelo y lo apuñaló una y otra vez mientras gritaba y lloraba. Empleó una fuerza nunca vista, Rubén ya había muerto, pero ella seguía apuñalándolo.

Martín salió del *shock* y se levantó para apartar a Adriana. Podía entenderla, aunque aquella escena superaba todo lo imaginable. Cuando pudo quitarla de encima, estaba recubierta de sangre, tenía la mirada ida y apretaba tan fuerte el cuchillo que no consiguió que lo soltara, jadeaba como si aún le estuviera asestando puñaladas.

—Adriana, mírame, mírame, ya está… —Le acarició la cara y se llevó muchísima sangre de sus mejillas—. Se acabó, Adriana, está muerto.

En ese momento, ella lo miró y volvió en sí. Él también estaba lleno de sangre. Al verse la sangre de las manos, soltó el cuchillo y le empezaron a temblar. Se había cortado, pero apenas notaba el escozor.

—¿Ya está? —Miró a Martín mientas sollozaba—. ¿Se acabó?

—Sí…

Adriana abrazó a Martín y rompió a llorar. Por Fátima y por todas las víctimas que habían sido vengadas. Nada las traería de vuelta, pero su asesino se pudriría en el infierno. Lloró y lloró hasta desfallecer y en todo aquel rato Martín no la soltó ni un solo momento.

Dos horas después

Martín le estaba curando las heridas de los dedos a Adriana mientras ella no apartaba la vista de Rubén, quien yacía muerto en el centro del salón. Martín le había quitado la ropa al asesino y había recogido un poco la sangre, todo olía a hierro y a salado. Catorce puñaladas contó Martín.

—Nadie sabe que es él… —susurró Adriana mientras Martín le ponía el ultimo apósito.

—Este corte necesitará puntos… —Martín la miró a los ojos.

—Nadie sabe que es él —repitió ella—. Se ha cambiado la cara, los dientes… ¿No lo ves? No hay rastro que pueda demostrar que él es quien es… ¿Qué haremos ahora?

—No te preocupes, Adriana, está todo pensado…

—¿Qué quieres decir?

—Cuanto menos sepas, mejor.

Minutos después, Martín volvió del garaje con una maleta enorme. No hablaron nada más, Adriana y él metieron el cuerpo de Rubén dentro. Fue algo complicado porque ya estaba entrando en *rigor mortis*, pero rompieron un par de huesos y cupo a la perfección. Poco después, Martín salió de la casa con la maleta.

Todo estaba planeado en su cabeza desde hacía mucho tiempo. No ocurrió como había pensado, siempre creyó que iría primero a por él, pero Rubén planeaba hacerse con Adriana para torturarle a él. Miró la maleta, no podía evitar visualizar a Adriana sobre él, apuñalando su cuerpo una y otra vez. En ese momento, se dio cuenta de que no la apartó antes porque estaba disfrutando de ver aquello. Tragó saliva, la venganza no sirve de nada, pero había disfrutado al ver morir a un asesino, eso para él era justicia, pero no para los jueces…

Sacó un móvil viejo sin GPS que tenía guardado por casa y mandó un mensaje, estaba llegando a su destino. Media hora después, llegó a un desguace perdido de un pueblo, un hombre esperaba en la puerta y cuando vio llegar a Martín, acudió rápidamente. Era el dueño, desde hacía un tiempo vivía allí sin nada más que la compañía de sus perros. Cuando asesinaron a su hija, toda su vida se vino a pique. Nunca superó lo ocurrido a su pequeña, pero por primera vez en mucho tiempo sintió alivio. La llamada de Martín es lo que le había mantenido con vida aquellos últimos meses.

Martín, conocedor de que no se podría hacer justicia de manera legal, había pensado en su propia justicia, y ahí entró el padre de la tercera víctima de Rubén.

—Aquí lo tienes. —Martín le entregó la maleta—. Aquí tienes al asesino de tu hija.

—¿Cómo ha sido? —preguntó el hombre con cierto brillo en los ojos.

—Le he degollado con un cúter y le he propinado catorce puñaladas. Agonizó mientras le apuñalaba una y otra vez.

—¿Ha sufrido?

—Ni te lo imaginas… —Martín agachó la mirada—. Tal y como te dije, se ha cambiado la cara. Nos sería muy difícil demostrar nada, no ha dejado rastro, es como si fuera…

—Un fantasma… —susurró el hombre mirando la maleta—. Gracias por cumplir tu promesa. Me desharé de él.

—Esto no te devolverá a tu hija…

—Lo sé, pero me hará dormir en paz. —Miró la maleta con asco—. Este ser no volverá a respirar más. Ahora, después de mucho tiempo, yo podré respirar.

Se miraron fijamente, Martín nunca volvería a ver aquella mirada de profundo agradecimiento. Se dieron las manos y cada uno fue para un lado como dos extraños. Miró una vez más aquella maleta, no sabía qué sería de ella o del cadáver de Rubén. Miró al cielo y resopló, justo entonces pasó una estrella fugaz.

EPÍLOGO

Dos años después

Adriana había salido a correr como cada mañana, correr junto a la playa era una auténtica delicia. Era el único momento donde su mente no iba más allá. Después de todo lo ocurrido, se mudó a una pequeña casa en la playa, muy humilde y pequeña, pero alejada de todo lo que ahora se le hacía un mundo. Ahora se ganaba la vida trabajando a distancia para una empresa que le pagaba bien y apenas tenía que hacer nada. La idea de volver a formar parte de la Policía desapareció por completo, y más después de aquella noche.

Martín la visitaba de vez en cuando y cenaban juntos, se hacían compañía y ella le ayudaba de manera extraoficial en algunos casos más complicados. Adriana tenía un talento especial para esas cosas, pero había decidido no continuar. También era recomendación de su psicóloga, acudía una vez al mes y tomaba antidepresivos que le habían ayudado bastante. Nunca imaginó que un caso terminaría por destrozarla… Lo que había aprendido de todo aquello es que estaba bien darse cuenta de cuándo uno ya no puede más.

Aquella mañana, al llegar a su casa, vio a una persona sentada en el porche, no pudo evitar sonreír al reconocer a Martín.

—Imaginé que estarías corriendo. —Martín sonrió y le tendió un café.

—Gracias, amigo. —Olió el café y le dio un sorbo—. ¿Cómo estás?, ¿algún caso complicado?

—Bien. No, venía a verte a ti, ¿cómo va todo?

—Bien, aquí… —Adriana se encogió de hombros intentando disimular que seguía teniendo pesadillas y que apenas podía dormir.

Lo que ella no sabía es que a Martín le pasaba lo mismo, pero ambos preferían ocultar sus fantasmas para no preocupar al otro.

—¿Has pensado en volver a la cuidad? Aquí estás muy lejos de todo. —Martín insistía siempre, pero Adriana hacía oídos sordos.

—Ya sabes que no quiero volver a la ciudad…

—Aquí estás muy aislada.

—Es donde quiero estar. —Suspiró—. Martín, déjalo.

Adriana se puso de pie y se fue hacia la barandilla. Miró el mar y después sus manos, Martín se levantó tras ella y vio que acariciaba con el pulgar una cicatriz que tenía en el dedo corazón. Tal y como dijo Martín aquella noche, esa herida necesitó puntos, y no pocos. Levantó la vista hacia Adriana y se encontró con sus ojos.

—Ha pasado mucho tiempo, Adriana…—susurro Martín acariciando su espalda.

—No para mí…

—Oye. —Martín puso las manos en sus hombros—. No pudo contigo, hiciste justicia y estás a salvo… ¿Acaso no lo ves?

Adriana lo miró unos segundos, ojalá pudiera contarle todas las cosas que pensaba, ojalá él pudiera entenderla de verdad… Hay heridas que no cicatrizan.

—Él no me mató, Martin, claro que no, pero de alguna manera yo fui su quinta víctima.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Primero de todo, gracias a ti por acompañar a Carla y Martin en esta historia que tanto he disfrutado escribiéndola.

Gracias a mi familia por estar para todo, por ayudarme cuando estaba atascado y por el sin fin de ideas macabras que me ayudaban a imaginar, prometo que todo es ficción.

Gracias a mi mujer en especial, por estar a mi lado en todo… por aguantar los dos millones de películas de acción que odias, pero terminas viendo conmigo, aunque no dejes de protestar… por ser mi pepito grillo para todo. Quererte se queda corto para expresar lo que siento por ti.

A mi hija Miriam, la otra escritora de la familia, *te dije que eran demasiadas puñaladas*… Luego ella es la que escribe romántica, <no quiero decir nada> Yo también te quiero, aunque cuando tú me lo dices, yo diga *vale*.

A mi hijo Emilio, por desesperarme como nadie, pero sacarme una sonrisa aun cuando no quiero. No dejo de pensar que serias mejor escritor que tu hermana y yo, teniendo en cuenta las historias que te montas para todo… no me faltes nunca. Te quiero

Nerea, en otra vida quiero tener tú trabajo, no diré más.

Mía, te espero con ansias.

Gracias a todos los que están y a los que ya no, el corazón nunca olvida.

Saray, gracias como siempre por tú impecable trabajo como correctora, no las hay mejores.

Marien, gracias por tú trabajo, por tu creatividad y por entender cuando me bloqueo con las ideas para la portada y te dejo todo el trabajo para ti. Como siempre es un placer contar contigo.

Y a ti que me estás leyendo, gracias de corazón,

Nos leemos pronto.

Felipe Ojeda